

SARAH RUSELL

Confinados POR SORPRESA



Confinados
POR SORPRESA

Confinados por sorpresa

©Todos los derechos reservados.

©Sarah Rusell

1ªEdición: Octubre, 2020

Es una obra de ficción, los nombres, personajes, y sucesos descritos son productos de la imaginación del autor.

Cualquier semejanza con la realidad es pura coincidencia.

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, sin el permiso del autor.

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Epílogo](#)

Capítulo 1

Salí a la terraza de la habitación del hotel y comencé a hiperventilar, no podía creer lo que estaba sucediendo. Me puse las manos en el pecho y comencé a llorar con toda la tristeza y desesperación del mundo.

Encendí un cigarrillo, me senté en una de las sillas de plástico que había en una esquina de la terraza, no dejaba de moverme de adelante hacia atrás, me balanceaba de los nervios que tenía, aquello era una pesadilla y yo quería despertar de ella.

Acababa de terminar mi carrera de turismo y me habían ofrecido un trabajo en una agencia de viajes, donde me incorporé hacía un mes y, acto seguido, me propusieron venir una semana a Samaná, una isla de República Dominicana para conocer un *resort* nuevo y poder hablar bien de él a los clientes en la agencia. Acepté inmediatamente, era la oportunidad de mi vida, un “todo incluido” gratis en una isla del Caribe. Hasta ahí, todo perfecto e idílico.

Era marzo, pero aquí el calor era como en verano en España, así que por esa parte todo estaba perfecto, nada de aglomeraciones y viviría una semana de ensueño.

Había llegado hacía dos días, el primero casi lo perdí pues entre que llegas por la tarde, te trasladan al hotel, una cosa y otra, día perdido y el segundo día me desperté y comencé a moverme por el hotel y la playa, disfrutando de todo aquello que era un paraíso rodeado de mar.

Por la tarde nos reunieron a todos en el hotel para darnos una noticia, y es que se había detectado un posible caso de un nuevo virus importado de Asia llamado Coronavirus y desde ese momento tendríamos que quedarnos todos en las habitaciones hasta nuevo aviso. Me quedé en *shock* y comencé a investigar por la red, ya hasta había más casos en España también, esa noche me acosté de lo más preocupada sin saber que lo peor estaba por venir.

Me levanté esa mañana y me trajeron el desayuno a la habitación, me asusté al comprobar que el chico iba con guantes de látex y una mascarilla, como si de un doctor se tratara. ¿Qué estaba pasando?

Puse las noticias internacionales y me encontré al presidente de mi país diciendo que entraban en estado de alarma y que las personas debían de permanecer, en principio, quince días aisladas, se cerraba el espacio aéreo y no podía haber movilidad de ningún tipo más que para salir a por comida, a la farmacia y poco más.

No podía creerme nada, aquello era surrealista, hablaban de una pandemia mundial y el mundo entero se estaba contagiando.

Mi jefe de la agencia de viajes me llamó en ese momento y me puso al tanto de todo. Por ahora no podían llevarme de vuelta y el Gobierno de España se iba a encargar de repatriarnos a todos los que estuviéramos fuera, el hotel se haría cargo de todo el tiempo que tuviera que estar y la agencia ya tenía sus puertas cerradas. ¡Me iba a volver loca!

Mi vida era una mierda, literal.

Mi madre me crio siendo madre soltera, ya que mi padre no quiso saber nada de mí desde que ella le dijo que estaba embarazada, así que me llevó hacia adelante sola y trabajando como profesora en un colegio, eso nos ayudó mucho, ella jamás rehízo su vida.

Un año atrás le detectaron un tumor cerebral y en tres meses murió, me arrebataron ese día la vida, era lo único que tenía. Me quedé sola en el piso que ya había pagado con su esfuerzo y sacrificio, sola terminando una carrera que me faltaban pocos meses para finalizar y que conseguí

acabarla gracias a los ahorros que me había dejado.

Mi amiga Carla me llamó preocupada por videollamada y rompí a llorar como una niña pequeña que se encuentra aterrada y sola. Me calmó como pudo y me dijo que como ella también estaba confinada pues que pasaríamos horas juntas así.

—Es que no me lo puedo creer, Carla. Que estoy aquí en la Conchinchina, más sola que la una —seguía llorando mientras veía a mi amiga a través de la pantalla.

Bueno, lo de verla es un decir porque con los ríos de lágrimas que me caían, no veía una mierda. Vamos, que Carla era algo así como un manchurrón borroso que yo sujetaba con la mano.

—Tranquila, cariño, no llores. No estás sola, ¿eh? Cuando necesites hablar, desconectar, gritar o algo de eso, me llamas y listo, charlamos un ratito y arreglado.

—¡Igualito es! —grité, hecha un mar de lágrimas.

Lo que me faltaba, que ni siquiera mi mejor amiga me entendiera. No era tan difícil, ¿no? Que me tenían aquí recluida en un hotel lejos de mi casa y sola.

Vale que la habitación pequeña no era, pero no se podía comparar estas cuatro paredes con cuarto de baño, a la casa que yo tenía en España.

Aquí las paredes eran en color salmón pastel, muy cálidas y alegres, las cortinas al igual que toda la ropa de cama en color blanco, mientras que los muebles eran de madera de cerezo, era precioso el contraste que hacía su tono rojizo con las paredes y la ropa de cama.

—Mira, ahora con esto del confinamiento yo tengo que dar las clases *on-line*, verás tú qué apaños con mis chiquitines. Y muchos de ellos que no tienen ni Internet, ya me dirás. Con lo que quiero yo a mis *Minions* y sin poder verlos —me dijo con pena.

Me reí un poco en cuanto dijo eso de “mis *Minions*”, y es que Carla era profesora en un colegio de nuestra ciudad y daba clases a niños de siete años, y claro, esas criaturas en edad de que todo lo quieren saber, no llegaban ni al metro y medio, y ella decía que se sentía como la agente *Lucy Wilde* de la película *Gru 2*.

Reconozcamos que razón para decir eso no le faltaba porque, igual que ese personaje animado, mi amiga era alta, delgada, de cabello casi anaranjado y ojos verdes.

Solo le faltaba el marido y esas tres niñas tan divertidas y tendríamos nuestra propia versión española de la peli.

—Si los padres de esos niños supieran cómo los llamas, aunque sea de manera cariñosa... —le dije secándome las lágrimas.

—¡Uy, pero si lo saben! Y más de un papá ya me ha llamado Lucy cariñosamente —comentó mirándose las uñas, así como si no hubiera dicho nada.

—¿Cómo de cariñosamente, guapita? —pregunté, porque mi amiga, que tenía veinticuatro años igual que yo, era bien guapa y la jodía iba por ahí rompiendo corazones.

—Digamos que el papá de Samuel es el que más cariñosamente me lo dice.

—¡Cuéntame eso ahora mismo! —pedí emocionada. Al menos, mi amiga estaba consiguiendo aquello que sabía qué hacía de manera sutil, calmar mis nervios.

—Sabes que se separó, ¿verdad? —preguntó y yo asentí— Pues este último año ha venido más veces él a recoger al niño que su ex mujer. Y desde hace unos meses no deja de preguntarme si tomaría una copa con él.

—Y tú le has dicho que no, como si te conociera.

—¿Y qué iba a hacer? Es el padre de un alumno —me contestó poniendo el brazo que tenía libre en jarra.

—Hija, ni que en el contrato de trabajo pusiera que no puedes hacer vida fuera de ese colegio.

—No, pero con un papá de mis niños pues...

—Mira el lado bueno, al hijo ya le tienes ganado.

—Pues, visto así...

Seguimos charlando un rato y prometimos hacerlo siempre que alguna lo necesitara, pero bien sabía yo que no me haría falta llamarla pidiendo auxilio puesto que hablaríamos mínimo, una vez al día.

Me dijo que no me preocupara y que se iba a encargar de remover todo bajo cielo y tierra para solventar mi situación. Lo bueno es que su padre era un alto cargo de un partido político y digo yo que algo podría hacer para ayudarme a volver a casa. Que su padre me quería como a una hija más, ¿eh?

Nos despedimos entre risas, alguna que otra lágrima que se me escapó y muchos besos que nos mandamos.

Me encendí otro cigarrillo cuando me hice un café de la máquina que había en la habitación por cortesía del hotel, eso sí, también había nevera con refrescos, bebidas alcohólicas y de todo. Era un *resort* al que no le faltaba detalle, pero bueno, que yo lo único que quería era regresar a mi país y meterme en mi casa.

Necesitaba un poco de aire, así que salí a la terraza y contemplé esas vistas que nos regalaba aquel lugar paradisíaco.

Desde allí podía ver la maravillosa piscina que tenía el *resort* donde había un bar acuático. El día que estuve conociendo el lugar me sorprendí al verla y sabía que no podía irme de allí sin haber disfrutado de una de esas bebidas ricas con zumos de fruta y esa pizquita de alcohol que ofrecían. Ahora lo veía complicado, las cosas como son, porque salir de la habitación iba a ser como escapar de Alcatraz, sí, esa prisión tan famosa de la Bahía de San Francisco.

La barra donde los visitantes podían dejar sus copas era de granito gris y en cada esquina había una columna azul con cenefas en sus cuatro lados. El techo del bar, del que pendía una lámpara ventilador para que, en esas tardes o noches calurosas, los camareros no se asaran como pollitos en horno, tenía en el borde la misma cenefa de pequeños azulejos que las columnas y la parte de arriba acababa como en una especie de chimenea, pero eso era más adorno que otra cosa.

Alrededor de la piscina estaban bien colocadas las tumbonas, una al lado de otra, y algunas sombrillas de esas que el techo es como de paja, simulando las chozas de los poblados que se ven en esos documentales de la televisión.

Desde donde estaba el bar acuático, podía verse también una piscina con un montón de palmeras, a la que me moría por ir.

Y, a lo lejos, contemplaba el mar. Respiré hondo a ver si me llegaba ese olor que tanto me gustaba, como cuando iba a la playa.

Me asomé a la barandilla y miré hacia un lado, a la terraza que tenía contigua y en la que deduje que había alguien, ya que sobre la mesa vi un cenicero con dos colillas, un paquete de tabaco y un mechero. En la terraza del lado contrario también había gente porque tenían ropa en el tendedero portátil del que todos disponíamos. Al menos sabía que no estaba sola y había gente a mi alrededor, no es que me tranquilizara, pero es que en esa época había tan poca gente en el hotel que miedo me daba pensar que me vería como en una peli de terror, una de esas en las que todos iban desapareciendo, poco a poco, de manera misteriosa y a mí me olvidarían allí.

Vi a las limpiadoras por los jardines y me fijé que todas iban con guantes y mascarilla. Terror me daba esa imagen, de verdad que sí. Qué miedo daba el simple hecho de pensar que, de la noche a la mañana, el mundo se estaba paralizando y cambiando.

Me metí hacia dentro de nuevo, entré a hablar con mi amiga, una cosa llevó a la otra y cuando quisimos darnos cuenta, casi era la hora de la comida. Pronto me trajeron una bandeja con todo, además de una bolsa llena de galletas, patatas *chips*, frutos secos y cosas para dejar en la habitación, al menos estaban atentos a que no nos faltaran de nada.

Era un día raro, triste, lleno de sentimientos aterradores, me imaginaba unos escenarios que daban pavor y me lo pasé viendo las noticias internacionales, cómo las ciudades se volvían solitarias, las personas en sus balcones aplaudiendo ese primer día de confinamiento al personal sanitario que estaba en primera línea, y cómo todo un mundo se unía para intentar algo, acabar con ese maldito virus que ahora mismo se sabía poco de él, solo que era muy letal y estaba llevando a mucha gente a las UCI a ser entubadas.

Capítulo 2

Resoplé al abrir los ojos y recordar en el momento en el que me encontraba. ¿Hasta cuándo tendría que estar aquí encerrada y apartada del mundo?

Tecleé el número del servicio de habitaciones para que me trajeran el desayuno, mientras llegaba me di una ducha rápida y después puse las noticias, al tiempo que me preparaba un café de la máquina.

No tardó en llegar el chico con el carro y mi bandeja con una jarra de zumo, café, aunque a mí me gustaba el de la habitación, bollería, pan, mermeladas y embutidos. Aquello era increíble y yo con el estómago cerrado.

Saqué todo a la terraza ya que era donde podía fumar y yo, a estas alturas de la película, de fumar poco iba a pasar a fumarme hasta la hierba del césped, que me veía venir. Menos mal que en el avión pillé un par de cartones ya que costaban muy baratos, aunque en el hotel vendían y te lo llevaban a la habitación.

De repente un chico de la terraza de al lado se apoyó mirándome por encima de ese muro que nos separaba a la altura del bajo pecho. Chico susto me llevé, que casi escupí el café que acababa de beber

—Hola, me llamo Daniel. ¿Todo bien por aquí?

—Hola —sonreí—. Encantada, me llamo Davinia. Aquí confinada, como tú. Qué faena, ¿eh? ¿También eres de España?

—Sí, de Málaga.

—¡Yo también! —reí emocionada al saber que tenía cerca a alguien de mi tierra.

—Espera, voy a por un café y me lo tomo contigo.

—Sí, por favor, que me voy a volver loca —contesté más contenta que todas las cosas.

—No tardo —me hizo un guiño.

Eso era como una aguja en un pajar, estar a miles de kilómetros de casa, en una isla y que la persona que se te ponga a hablar sea paisano y encima simpático, hasta solté el aire un poco aliviada.

No tardó en aparecer y apoyó su café sobre el muro que nos separaba.

—¿Estás sola? —preguntó y miró disimuladamente hacia el interior de la habitación.

—Sí —le expliqué el porqué estaba allí.

—Es todo muy caótico, estoy en *shock* igual. Yo vine a disfrutar una no luna de miel —sonrió.

—¿No, luna de miel? —Mi gesto fue de sorpresa.

—Sí, me iba a casar hace unos días y reservamos esta luna de miel, pero me dejó tres meses antes por un amigo y aquí estoy, solo, disfrutando de lo que iba a ser el comienzo de una vida en común con la que ahora es mi ex —sonrió—. Yo la había pagado y qué mínimo que fuera yo quien aprovechara el viaje, aunque, visto lo visto, mala elección —se encendió un cigarrillo y me ofreció uno, pero le dije que yo tenía y además fumaba otra marca.

—Lo siento...

—No, ahora me alegro, prefiero que fuera antes de ese gran paso, a saber, después qué clase de persona sería, pero bueno, cada vez duele menos.

—Entiendo.

—Vaya faena, lo del virus ese, todo lo que se ha liado y la que está cayendo, se me pusieron

los pelos de punta cuando han declarado en España el estado de emergencia sanitaria.

—Yo me pasé ayer todo el día llorando —negué con tristeza.

—Son momentos inciertos, yo me como mucho la cabeza también y cuando supe las normas del hotel, que no podemos salir a las zonas comunes y esas cosas, pensé que era una broma.

—Por lo visto en las noticias dicen que hay que tener distanciamiento social para no transmitirlo.

—Sí y llevar mascarillas, lavarse las manos de manera más regular y una serie de cosas que dejan pensando bastante.

Comenzamos a charlar, me contó un poco de su vida y yo de la mía. Era bombero, hacía *surf* y tenía treinta y siete años, trece más que yo.

Estuvimos toda la mañana charlando y comimos juntos, bueno, él en su terraza y yo en la mía, pero de pie mientras hablábamos, pusimos cada uno la mesa pegada al muro y ahí estuvimos sintiendo un poco menos esa soledad que nos azotaba a todos.

Daniel era divertido, muy tranquilo, con una sonrisa preciosa, se podía hablar con él de cualquier tema. Estuvimos bromeando de que por la noche saltaríamos por la terraza y nos iríamos a tomar algo a la playa, total, teníamos de todo en la habitación, pero claro, solo bromeábamos. No nos podíamos jugar que nos cayera una multa o incluso nos llevaran detenidos, la cosa iba en serio y todos los países se estaban dejando la piel en atajar la pandemia fuera como fuese.

Después de comer decidimos descansar un rato, así que quedamos en vernos más tarde para cenar y charlar otro poco.

Hice una videollamada con Carla y al ver su cara sonreí como una niña pequeña el Día de Reyes.

—¡Carla! Pero qué guapa estás, chiqui —dije sonriendo.

—Ni que hiciera un siglo que no me ves, exagerada, que hablamos ayer.

—¿Un siglo? ¿Tú sabes lo que has dicho? Si tuviera un siglo de edad, o varios, sería inmortal, como los vampiros esos de las series.

—Pues a mí no me importaría ser vampira, por lo de la inmortalidad, que lo de beber sangre no me va —dijo ella poniendo una cara de asquito, que era para verla.

—¿Te imaginas? Nosotras vampiras, viviendo durante años y conociendo todas las épocas. A mí me hubiera gustado estar en el siglo XVIII, con esos vestidos pomposos.

—Mira que te gusta a ti un vestido de esos, con lo incómodos que tenían que ser, y lo que deberían pesar, madre mía.

—Pero eran bonitos.

—Sí, sí, lo que tú digas. Bueno, que, ¿cómo va tu estancia en aquel paraíso? —preguntó.

—Algo mejor, hoy he conocido a mi vecino.

—Un vecino, ¿eh? Y qué, ¿es mono?

—No, es malagueño —contesté y empezamos a reír.

Le hablé de Daniel, de lo bien que me había caído y de que al menos ya no me sentiría tan sola y me dijo que se alegraba mucho por mí.

Quedamos en volver a charlar al día siguiente y nos despedimos con un brillo en los ojos, que dejaban claro que ambas estábamos a punto de soltar la lágrima.

Después de ese ratito con la compañía virtual de mi amiga, puse las noticias mientras intentaba coger el sueño, yo era de las que me gustaba echarme un poquito después de comer.

Cada vez había más contagiados y la cosa se estaba poniendo muy fea, era increíble ver ciudades como Madrid, París y Roma, sin un alma por la calle. Era como una de esas películas de

ciencia ficción donde tras una catástrofe no quedan más que rincones vacíos. Imponía mucho ver los negocios cerrados y todo de aquella manera, las imágenes hacían daño, era ver el mundo desde un punto totalmente desconocido para el ser humano.

Conseguí quedarme dormida no sé en qué momento, hasta que me desperté como siempre cuando mi cuerpo sabía que el descanso había acabado. Ni alarma ni nada me ponía en esas siestas. Salí de nuevo a la terraza y ahí estaba Daniel tomando un refresco, me hizo un guiño y vino hacia el muro.

—¿Cómo ha descansado la princesa? —me preguntó con una sonrisa.

—Pues bien, la verdad. Me ha sentado genial el descanso.

—Me alegro. Y dime, ¿qué planes tenemos para esta noche?

—¿Planes? Pues, veamos... Con la maravillosa temperatura que tenemos en este paradisíaco lugar, había pensado bajarme a la piscina del hotel a darme un bañito nocturno, tomarme un rico combinado de frutas en el bar acuático y bailar si ponen música —contesté poniendo los ojos en blanco, cosa que le hizo reír.

—Te voy a decir una cosa, no es mala idea. Yo aquí veo poca altura —dijo mirando hacia el suelo desde su terraza—. Que, si me doy un salto hasta ahí abajo, te espero a que te lances y te cojo en brazos.

—¡Qué dices, loco! Te puedes romper un tobillo, una pierna, o algo, no sé, ¿la espalda?

—Recuerde usted, señorita, que soy bombero, lo que quiere decir que estoy preparado para ese tipo de saltos —me dijo apoyándose en el muro mientras guiñaba el ojo.

—Sí, sí, lo sé, pero imagina que caes mal, te tuerces el tobillo y te haces un esguince. Aquí en la Conchinchina encerrado y con muletas. Apañado irías para asearte.

—No sería la primera vez que, por un esguince, me las tengo que arreglar solo.

—¿No te ayudaba tu ex?

—No vivíamos juntos, ella era muy independiente. Decía que su espacio era suyo y el mío, mío. Que su pisito de soltera era su santuario. Vamos, que no me iba a dejar meter ni un calzoncillo en el cajón, y no digamos un vaquero o una camiseta en su vestidor.

—Y si os hubieseis casado, ¿qué pensaba hacer? ¿tener un vestidor para ella sola?

—Pues mal lo hubiese llevado en mi casa, que era donde pensábamos trasladarnos, tengo un piso de dos habitaciones y la libre está con algunas cosas de gimnasio.

—Vamos, que igual os quedabais en el suyo, que lo veo venir.

—No, no, ese lo iba a dejar para tener sus cosas hasta que nos compráramos otra casa.

—Pero ella, ¿a qué se dedicaba?

—Era algo así como asesora de imagen o estilista particular para gente con pasta.

—¡Acabáramos! Una pijita estúpida —dije sin pensar—. Lo siento, no pretendía...

—Nada, tranquila, ahora lo pienso y... sí, era un poquito glamurosa ella. Igual por eso dejó a este simple bombero por su amigo, el dueño de una buena firma de ropa, tanto para hombre como para mujer.

—Pues ser bombero es una muy buena profesión. A ver, es un poquito peligrosa, como la de policía, guardia civil, o militar. Pones tu vida en riesgo por salvar a otros, pero a mí me parece muy loable, la verdad.

—A ella le gustaba más poder ir de cena en cena, a desfiles y cosas de esas. Dios me librara de llevarla a comer un bocadillo de calamares. Eso no era *chick*.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Claro, dime.

—¿Cuántos años llevabais juntos?

—Cuatro.

—Y siendo como era, que, por lo que dices, poquitas cosas en común teníais, ¿por qué ibas a casarte con ella?

—Porque la quería, o al menos eso pensaba. Sé que sí, de lo contrario, no habría hecho nada para que nos casáramos, y creía que ella también, pero, al parecer, no era tan recíproco como debería.

—Pues ella se lo pierde. Ha cambiado un chico estupendo y divertido por un estirado, seguro —dije sonriendo.

Y lo decía en serio, Daniel me parecía un chico de lo más divertido, además de amable.

—Muchas gracias, por el cumplido —sonrió y me guiñó un ojo.

—¡¡Hola, vecinos!!

De repente nos saludaron desde el otro lado de mi terraza, nos hizo gracia y les devolvimos el saludo, sonrientes. Ellos se presentaron, eran Alberto y Dalia, dos chicos cubanos que vivían en Estados Unidos y que les había pillado de vacaciones aquí, justo cuando iban a volver. Eran de lo más simpáticos y bromistas, como buenos cubanos. Comenzaron a charlar con nosotros como si nos conocieran de toda la vida.

—La que nos ha caído, *mi amol* —dijo Dalia, encogiéndose de hombros—. Al menos ahora sé que no vamos a pasar solos nuestra estancia aquí.

—Cierto, podemos salir a la terraza a despejarnos y charlar con los vecinos —comenté mirando a unos y otro.

Estuvimos charlando y cuando nos trajeron la cena, también lo hicimos juntos. Dalia decía que si nos tenían muchos días allí terminaríamos volviéndonos parientes, yo no podía dejar de reír con esa mujer, daba gracias al cielo, al destino o a quien quiera que fuera, por esos vecinos que de repente habían aparecido en mi vida y que si algo tenía claro es que, si salíamos de esa, se iban a convertir en personas importantes para mí.

Cada uno nos preparamos un Ron con Cola después de la cena y seguimos charlando, la verdad es que aquello se hacía más llevadero y aunque la expectación a lo que iba a pasar seguía ahí, con ellos era todo mucho más ameno.

Capítulo 3

Resoplé al abrir los ojos escuchando a Dalia gritar que era la hora de desayunar, me reí y llamé para que me trajeran el mío, mientras aproveché para ducharme y mejorar la cara que llevaba, que parecía un alma en pena.

Cuando me trajeron mi bandeja, salí a la terraza y ya estaban los tres desayunando, los saludé riendo, porque era la última en levantarme, pero es que se me habían pegado las sábanas de forma literal. No recordaba una noche en la que hubiera reído tanto como la anterior.

Dalia estaba desfásada, decía que esa noche había fiesta de blanco, que teníamos que hacer cada día algo temático y quitarnos la cara de agobio que llevábamos. Me tuve que echar a reír, pero aceptamos la idea.

Alberto era todo un personaje, decía que sería el DJ de todas las noches que nos quedara por vivir confinados allí.

Daniel estaba guapísimo con una camiseta blanca que llevaba hoy y el pelo moreno al aire, me encantaba, además era muy educado, correcto y tenía unos modales de esos que cautivaban, eso, o que ahora mismo era la única alegría que tenía para mis ojos.

Bueno, Alberto era un cubano guapísimo, pero ese estaba pillado por Dalia y yo donde hay pareja, no echo el ojo, siempre tuve claro que jamás me metería por medio de una pareja, jamás, nunca haría lo que no quisiera que hicieran conmigo.

¿Y qué hacía yo pensando en hombres? Madre mía, que estaba como una cabra, en plena emergencia sanitaria, con un problemón que teníamos encima y yo pensando en eso, en fin, con una camisa de fuerzas iba a acabar.

Un chico del hotel pasó por delante de nuestras terrazas, eso sí, estábamos en una planta baja y podíamos saltar por la terraza, pero recaía sobre una cuestecita en césped y luego estaba el camino de hormigón.

—¡¡¡Perdone!!! —gritó Dalia, para llamar la atención del trabajador.

—¿En qué puedo ayudarla?

—¿Cuándo vamos a poder salir de aquí?

—No lo sé, pero toda prevención que se lleva a cabo es para que estén protegidos, hagan caso a las recomendaciones.

—Si son recomendaciones, me las paso por el “arco del triunfo” y me voy a la playa —contestó Dalia y tuve que aguantar la risa mirando a Daniel, que hasta tragó saliva y puso un gesto de miedo.

—No lo haga, señora, puede poner en riesgo su salud —contestó el chico sonriendo.

—¿Señora? —preguntó ella con los ojos tan abiertos, que creí que se le saldrían de un momento a otro— ¡Señora, dice! ¿Tú le has oído, *mi amol*? —preguntó, mirándome mientras dejaba una mano sobre su cintura y con la otra señalaba al chico—. ¡¡¡Pero si soy un bomboncito!!!

—Bueno, señorita —respondió él, con una sonrisa.

—Dicen que la sangre hace pariente y la lealtad, apoyo y unión hace familiar —le gritaba al chico—. Al final me llevo a estos dos —nos señaló a Daniel y a mí— de familia y me veo en España comiendo jamón —su marido comenzó a reír mirándonos mientras negaba con la cabeza.

—Disfruten de esa compañía y con ese distanciamiento social —le contestó el chico

despidiéndose con la mano.

—Tranquilo, y avisa a los del servicio de habitaciones que dicen que vendrán mañana a reponer las bebidas y a limpiar, de que traigan unos condones que me estoy quedando sin reserva.

En ese momento se me escapó una carcajada de esas bien fuertes, miré a Daniel y estaba con los dedos frotándose los ojos y riendo, se agradecía en esos momentos tener una Dalia que nos diera esos “momenticos” como ella decía.

—Os juro por mi vida, que cualquier día salto, me pongo ahí en medio a tomar el sol y me siento con una cervecita en la barra de la piscina —dijo señalándola.

—Es tremendo ver todo esto y no poder disfrutarlo, esto es un castigo de la madre naturaleza —dijo Alberto.

—Pues me cago en su puta madre —solté rompiendo todo ese lenguaje cuidadoso que poseía, pero joder, es que no era normal. Miré a Daniel que reía mirándome.

—Yo voy a decir una cosa, está bien que nos dejen atrapados aquí, pero joder que nos dejen disfrutar, no solo mirar —decía Alberto sofocado.

—Dos días más y me tiro rodando —Dalia era tremenda, me encantaba escucharlos a los dos, hacían un tándem perfecto.

—Y yo voy detrás contigo —solté riendo.

—Hasta yo —dijo Daniel, levantando la ceja.

—Nos vemos aquí a la hora de comer, que yo ya no quiero estar ahí encerrada en la habitación —comentó Dalia, cuando acabamos de desayunar.

—Ni yo, me agobio mucho. Nos vemos, chicos —me despedí de mis tres vecinos agitando los dedos y cuando entré escuché que sonaba mi móvil.

Esa era mi amiga, que seguramente me estaba echando de menos.

—¿Se puede saber qué haces despierta a estas horas de la mañana? —pregunté, porque para mí eran las seis, pero ella con seis más que yo no solía estar levantada nunca.

—Que no podía dormir. Me acosté temprano, porque estaba cansada y a las cinco me desvelé.

—¿Cansada de qué? Y no me digas que de ir de un lado a otro que no puedes salir de casa.

—Pues eso precisamente, de ir de un lado a otro de la casa. ¡He hecho limpieza de armario!

—¡No! —contesté sorprendida.

Y es que esa loca lleva diciendo que iba a hacer limpieza de armario y tirar o dar todo aquello que ya no le servía o que era de épocas pasadas, ni sé el tiempo. ¿Meses, o puede que años?

—Lo que oyes. Empecé ayer y todavía me queda, pero va bien la cosa. Tengo una de espacio ahora para comprarme ropa nueva...

—Si no coges peso, que tú sin salir de casa sabes que te da por meter dulce al cuerpo.

—Calla, calla, que ayer cuando volvía de comprar me crucé con mi vecina Manoli en el portal, la cajera del súper, ¿te ubicas? —pregunto, y yo asentí.

Y sí, claro que me ubicaba. Manoli era nuestra mejor informadora en lo referente a los chismes de los que no nos enterábamos nosotras. Y con chismes me refiero a todo aquello jugosito de la farándula televisiva. Que si fulanita se había liado con menganita, que si menganita y fulanita ya no estaban juntos... un *crack* nuestra Manoli.

—Hija, debe ser que lo de la compra se ha convertido en algo así como una carrera por la supervivencia, porque dice que se forman unas colas. Y ella, que ya sabes cómo es, me dijo con todo su desparpajo “Hija, estoy hasta el toto ya de tanto, Manoli, ve a reponer el papel higiénico. ¿Es que la gente piensa hacerse calditos con eso? Un poco más de arroz y así no les dan las cagalindres de la muerte”.

Tuve que reírme, no solo por imaginarme a Manoli y su singular hasta el tofo, es que Carla la imitaba que parecía que estuviera hablado con ella y no con mi amiga.

Charlamos un poco más hasta que llegó la hora de comer y llamé para que me trajeran el almuerzo, en cuanto lo tuve salí a la terraza y poco después se reunieron conmigo Dalia y Alberto. Al ver que Daniel no salía, empezamos a comer los tres, hasta que se nos unió el cuarto vecino.

Dijo que estaba hablando con un compañero de trabajo que le dijo que todo el mundo estaba haciendo cuanto podía para ayudar.

Después de comer y de estar un buen rato de cháchara tras tomarnos el café, nos echamos a dormir, había que descansar ya que quedamos en que a las ocho nos veíamos vestidos de blanco para la noche temática que se le había ocurrido a Dalia, y es que esa mujer tenía una chispa increíble.

Me eché y me quedé dormida enseguida, casi sin darme cuenta, cosa que agradecía porque lo que menos me apetecía era ponerme a dar vueltas pensando en todo lo que estaba pasando.

Cuando me levanté empecé a arreglarme y me puse un vestido blanco de tirantes finos, era por encima de la rodilla, eso sí, iba descalza que pasaba de usar tacones para estar en mi terraza, de blanco sí, sufriendo no.

Salí a la terraza y allí que estaban todos esperándome, me sentí como una de esas actrices que llegan en el último momento al estreno de su película.

Me hizo gracia el vernos a todos así de esa guisa y con la música que puso Alberto, un poco de todo, salsa, bachata, reguetón...

Daniel me cogió las manos por encima del muro para bailar salsa, menuda idea había tenido, ponerse a bailar conmigo con un muro de por medio. Me reí mucho y es que, si nos vieran los del hotel, nos matarían por eso de juntar las manos y el distanciamiento social, pero joder, que estábamos aislados y cualquier contacto era muy importante para lidiar esas horas encerrados en una habitación. Yo lo pensaba y menos mal que había terraza, de lo contrario, sería insoportable y a estas alturas estaría ya con un ataque de ansiedad y empezando a sufrir claustrofobia.

Cada vez que pasaba un trabajador nos poníamos a vitorearle y aplaudirle, nos miraban riendo y hasta nos sacaban el dedo pulgar, al final íbamos a ser el alma de aquel hotel que yacía en un absoluto silencio.

—¿Qué hacemos mañana? —preguntó Dalia apoyada en su muro.

—Pues podíamos ir a la playa, que me apetece darme un bañito, mira tú por dónde —contesté y ella empezó a reír.

—*Mi amol*, a la playa quiero ir, que me quedo con las ganas de estrenar el bikini que compré.

—*Mamita ya tú sabe* que el bikini te lo puedes poner, que yo lo quiero ver —le dijo Alberto abrazándola por detrás, sacándome una sonrisa a mí. Se veía que se querían.

—*Ay, papito, ya yo sé, pero tú sabe* que el bikini era para lucir allí, en el mar, y en una tumbona tomando el sol. No aquí, en la habitación encerrados.

—Pues te lo pones para tomar el sol aquí en la terraza, mujer —comenté y ella me miró con una sonrisa que me recordó a la de una niña pequeña a punto de hacer una travesura.

—¡Y tú también, *mi amol!* —gritó ella, señalándome.

—No, no, que yo no me compré ningún bikini para estrenar —reí negando.

—Pero habrás traído, porque no creo que fueras a ir a la piscina del hotel con una camiseta.

—Dalia, cuando nos dejen libertad de movimientos me pongo el bikini y nos vamos tú yo solas a la piscina, a la playa y a las tumbonas, pero para estar aquí mejor con ropa —le dije.

—¿Cómo que solas? —preguntó Daniel. ¿Y nosotros qué? ¿Nos quedamos aquí?

—Hombre, eso ya lo que queráis —respondí.

—Pues nada, nosotros a la playa también a tomar el sol —dijo Alberto.

Entre risas consumimos las copas rápidamente, una tras otra, mientras bailábamos, charlábamos, bromeábamos y conspirábamos...

Sí, conspirábamos, ya que Dalia decía que pensaba que lo del virus era mentira y que seguro que nos habían metido en un programa de esos de investigación y nos estaban usando de experimento social para ver cómo actuarían algunas personas si se desatara una pandemia real. Nos tuvimos que reír un buen rato. Vamos, que, según la cubana, aquello era poco más que un Gran Hermano, de esos en los que te vigilan las veinticuatro horas hasta cuando estás sonándote la nariz. Era para verla, porque no contenta con lo que acababa de soltar, se subió a la silla a mirar si la bombilla del farolillo de la terraza tenía una cámara escondida. ¡Y tan convencida que empezó a girarla y comprobarla! En fin, al final íbamos a salir muy tocados de esta, aunque con tal de salir que fuera como fuese, pero joder es que no sabíamos nada de lo que pasaría con nosotros. Todo era un misterio que no teníamos ni idea de por dónde iba a salir.

Capítulo 4

Si la cosa se trataba de animar esos días como si no pasara nada, para eso estaba Dalia y lo digo con fundamento de hechos.

Siete de la mañana, típico levantarse a esa hora en aquellos lares del mundo, la música de Dalia a todo volumen, la canción *No se me quita*, de Maluma y Ricky Martin sonando a toda hostia. Me eché a reír mientras llamaba para que me trajeran ya el desayuno y entraba al baño a asearme.

En nuestro edificio solo había seis habitaciones, las tres que nosotros ocupábamos en esta planta baja y otras tres arriba en las que sabíamos que no había nadie, eran como bloques pequeños por todo el hotel, pero es que no había apenas gente cuando yo llegué.

Salí hacia fuera y ahí estaban ya los chicos charlando. Dalia me dijo que siempre era la última en levantarme.

—Claro, ni que tuviera una razón para ponerme la alarma —reí mientras sostenía el café en la mano.

—Nosotros, *mi hija*, nosotros.

—Eso es —dijo Daniel, levantando la ceja y mirándome fijamente.

—¿Y a ti qué te pasa hoy que estás protestón? —le pregunté frunciendo el ceño, pero no me contestó.

Y es que en ese momento pasó un trabajador y Dalia que le vio, le metió un chillido al pobre chico que, si hubiese estado más cerca, le habría dejado con sordera.

—¡Schhh, perdone! —Le hizo un gesto con la mano para que se acerca, y el muchacho lo hizo.

—Buenos días —nos saludó con una sonrisa—, díganme.

—¿Cuántas personas estamos alojadas en este hotel ahora mismo? —le preguntó Dalia, que parecía una reportera de las noticias.

—Pues según lo que sé, en esta parte ustedes, en la de atrás otras tres habitaciones, al otro lado igual, y ya, creo que son veinte huéspedes en total repartidos en varias zonas.

—¿Veinte nada más? —gritó sorprendida.

—Sí, hubo muchas cancelaciones unos días antes de países que estaban perjudicados, además, antes de pasar esto salieron como cincuenta huéspedes y ya no dejamos entrar a nadie más, vamos, ya no permitieron el paso a la isla a ningún turista.

—Gracias —dijo Dalia sonriendo y el chico se marchó haciendo un gesto con la mano—. No entiendo nada, solo somos veinte personas y no nos dejan las zonas comunes con distanciamiento, estoy a punto de liar una al hotel de dos pares, no me va a aguantar ni Dios.

—Tranquila, *mamita*, que verás cómo pronto pasa esto y nos dejan salir.

—Eso espero, porque, aunque tengamos la terraza, necesito estirar las piernas fuera de aquí.

Las noticias ponían las cosas en España muy mal, las estaba escuchando desde la terraza ya que subí el volumen y algo me decía que íbamos a estar en esta situación un buen tiempo.

Llamaron a nuestras puertas y nos quedamos extrañados, salimos y era un chico que iba entero tapado con un traje de hospital totalmente cubierto. Nos hizo una prueba metiéndonos un bastón en la nariz y nos dijo que en unos días nos darían los resultados. ¡En unos días! Ni especificaba si dos, cinco o diez. Eso ya era lo que me faltaba a mí para volverme un poco más loca todavía, tener que estar esperando “unos días” a que me dijeran si estaba o no contagiada de ese virus.

Volvíamos a la terraza y nos pusimos a hablar incrédulos.

Joder cómo molestó esa prueba, pensé que me traspasaba con el bastoncillo hasta el cráneo, me dejó estornudando un buen rato y con una incomodidad increíble.

—Porque he visto que era un bastoncillo —dijo Dalia de repente—, si no os habría asegurado que era una de esas cámaras pequeñitas con las que te ven por dentro.

—Dalia, qué cosas tienes... —me reí por la cara que había puesto.

—¡Ay, Davinia, *mi amol!* Mira que, si intentaban mirarnos el cerebro con eso, que no sé para qué, porque digo yo que poco se verá, ¿no? Solo una masa viscosa y ya.

En ese momento sonó su teléfono y entró corriendo a la habitación, en cuanto gritó que era su madre Alberto se despidió de nosotros y la siguió.

—Desde luego que, aburrirnos en este confinamiento, no nos vamos a aburrir, ¿eh? —comentó Daniel, una vez nos quedamos solos.

—No, esa mujer es la bomba. Una cámara para mirarnos las ideas —dije y empecé a reír a carcajadas.

Daniel y yo bromeábamos diciendo que, si salían negativas, que casi lo teníamos todos claro ya que nos sentíamos bien y no teníamos ni lo más mínimo de síntomas, se pasaba a mi habitación y al menos quitábamos un muro de en medio, además que había dos camas gigantes en cada una de ellas. Eso sin permiso del hotel, si nos lo daban bien y si no, saltaba el muro, vamos que lo teníamos decidido y yo lo prefería, joder demasiadas barreras entre ellos para un momento tan catastrófico.

—Mi mamá está bien, gracias a mi diosito —nos informó Dalia.

—Me alegro mucho, que si es mayor tiene que cuidarse más —le dije.

—Sí, sí, ¡ay mi viejita! Qué lejos la tengo —le vi los ojos vidriosos y me acerqué al muro, no podía darle un abrazo para consolarla, pero sí cogerle la mano con cariño.

—Tranquila, que verás cómo todo va bien. Tu viejita seguro que es tan fuerte y luchadora como tú —le dije.

—Mi Davinia, que te estoy cogiendo un cariño yo a ti. Como a una hermana pequeña.

—Y tanto que pequeña, que tú ya estás en los cincuenta y yo no llego a los veinticinco.

—Si algo saco de esto de estar confinados por sorpresa, es que del hotel de Samaná me llevo dos buenos amigos, *mi amol* —Dalia sonrió y me tiró un beso, que ni eso podíamos hacer.

Toda medida de seguridad era poca, aunque nosotros ya estábamos aquí aislados prácticamente cuando sucedió todo, y virus me daba a mí que no nos rondaba ninguno a los cuatro.

Dalia entró a la habitación y cogió el teléfono inalámbrico para llamar a recepción preguntando que, si se podía salir por turnos a bañarse a la piscina o a la playa, le respondieron que en cuanto tuvieran los resultados de los huéspedes, si todos daban negativo, nos dejarían libertad de movimiento por el hotel y la zona de la playa limitada de ellos.

En ese momento me puse hasta a rezar, por Dios, si teníamos que estar ahí algunas semanas, que fuera con libertad de movimiento, pasear por las zonas, hacer algo, pues de estar metidos en la habitación íbamos a acabar todos con angustia. Dadas las semi buenas noticias que nos habían dado los del hotel, nos pusimos a fantasear sobre ello.

—Al final vas a poder estrenar el bikini, Dalia —le dije y ella empezó a aplaudir.

—Sí, necesito darme un baño en el mar, que para eso vine a este paraíso, no para estar viéndolo desde la terraza.

Lo peor que llevábamos era la falta de información, todo era escueto, a cuenta gotas, lo que íbamos sabiendo era lo que escuchábamos en las noticias, pero cuando nos enterábamos de las

cifras de contagiados... se nos ponían los vellos de punta. Y más aún, al saber los casos en los que no habían superado la enfermedad y fallecían.

En el hotel se volcaban con nosotros y traían comida muy bien preparada, en cantidad y muy diversa, además para merendar nos servían helados, tartas y si llamabas porque querías algo también lo traían.

Esa noche decía Dalia que teníamos que salir vestidos de Fin de Año, ¡la madre que la parió! De Fin de Año en pleno mes de marzo. Que vale, que sí, que en marzo en según qué país hacía fresquito, pero aquí teníamos una temperatura como para que me dijera que nos ponía para cenar un caldito de pollo, vamos y además confinados en una habitación. Menos mal que llevaba un vestido negro que me podía ayudar a dar el pego, eso sí, nos estábamos haciendo un maratón de fotos todos los días que iban a quedar para el recuerdo.

Antes de empezar la noche llamé a mi amiga, necesitaba verla y saber que estaba bien, me mataba tenerla tan lejos, pero era lo que tocaba.

—¡Hola, guapísima! —saludó agitando la mano.

—Hola, cariño. ¿Vas bien por allí?

—Sí, tranquila. ¿Tú cómo lo llevas?

—Mejor de lo esperado, entre Daniel y mis vecinos cubanos, al menos tengo la mente ocupada.

—Eso está bien, me alegro. Oye, a ver si me los presentas, ¿eh?

—¡Claro! Mira, esta noche tenemos cena de Fin de Año.

Carla empezó a reírse y más, cuando le conté la idea que había tenido la loca de Dalia. Mi amiga decía que ella también quería juntarse algún día con esa cubana, que seguro que harían buenas migas.

Nos despedimos con un beso y le dije que le mandaría alguna foto de nuestra cena. Me pidió que me divirtiera y le aseguré que eso iba a hacer, que no se preocupara.

Me puse el vestido y unas sandalias altas del mismo color, eso sí, me iban a durar puestas el tiempo de que me echaran alguna foto de cuerpo entero, no tenía yo ganas de soportar tacones para estar en una terraza.

Comenzaron a piropearme cuando salí y Daniel me miró con unos ojos que, por el brillo que tenían, parecía que le gustaba lo que veía, me sonrojé cuando me dijo que estaba preciosa y luego me hizo un guiño.

Alberto preparó los cubatas en su habitación, me dio el mío y el de Daniel para que se lo pasara, la música ya estaba a toda leche, total, en esa parte del hotel solo estábamos nosotros y se suponía que no íbamos a molestar a nadie.

En ese momento se me pasó por la cabeza mi amiga Carla, así que entré en la habitación, cogí el móvil y le hice una videollamada.

—¡Coño, que lo de Fin de Año era verdad! —se rio en cuanto me vio maquillada y con el cabello recogido en un moño de tomate.

—Claro, ¿qué te creías? A ver quién le dice que no a mi cubana. Oye, ¿tú estás visible? —le pregunté mirándola, ya que solo le veía la cara.

—¿Para qué?

—Para que conozcas a mis vecinos de confinamiento. A ver, pelo bien, no tienes ojeras, la cara impecable como siempre y no vas en pijama. Ale, sonrío que vienes un ratito a la fiesta.

Carla no es que sonriera, es que empezó a partirse de risa y cuando salí a la terraza y empecé con las presentaciones, en cuanto Dalia vio a mi amiga dijo que tenía que conocerla, que esos ojitos le decían que era una muy buena niña.

A Daniel lo dejé para el final. Estaba apoyado en su muro, con un cigarro en la mano y al ver a Carla, la saludó con la otra y una media sonrisa.

—¡Jesusito, menudos vecinos tienes, Davinia! —gritó Carla, sin cortarse ni un pelo.

—¿A que son guapos, *mi amol*? —le preguntó Dalia.

—Sí, sí. Tú tienes un marido que es un bombón, hija de mi vida. Y yo aquí con Manoli, Paquita, Rosario y Don Anselmo —nos dijo nombrando a sus cuatro vecinos—. A ver, que con Manoli me rio, Paquita es un encanto de niña y Rosario me trae comida que le sobra, pero Don Anselmo... Si a ese hombre le digo un piropo igual le da un mareillo y de la emoción, le mando con el de ahí arriba.

—Pues nada, no piropées al viejito, *mi hija* —le dijo Dalia—. Tú haz como nosotras, sales a la terraza y piropéas a algún jovencito que pase por allí.

—Pues como no sea al que va con el camión de reparto, mal lo llevo. Por aquí no se ve un alma, me siento como una peli de zombis, de verdad.

Soltamos una risa con el comentario de Carla y poco después nos despedimos, y es que mi amiga iba a preparar una de esas clases *online* que daba a sus peques.

Le preguntaría en otra de nuestras llamadas qué tal lo llevaban sus *Minions*.

Esa noche en nuestras terrazas, los cuatro bailamos, reímos, gritábamos y nos emocionábamos con cada tema que Alberto, nuestro DJ particular, ponía. Y es que esa era la forma de olvidar todo lo que estaba pasando y que no podíamos hacer nada por solucionarlo así que, qué mejor manera de intentar pasarlo bien y evadir las penas.

Daniel cada vez estaba más suelto y soltaba muchas ironías que nos hacía reír y contestarle a lo bruto, total dos cubanos y dos andaluces, así que las lenguas eran de lo más originales para soltar de todo.

Esa noche sí que bebimos, no recuerdo ni darles las buenas noches, solo sé que me tiré en la cama, me tumbé boca abajo y todo me daba vueltas, había bebido más de lo que recordaba jamás y es que aquello ya era una forma de supervivencia.

Capítulo 5

—¡¡¡Me aburro de follar, de beber, de fumar, de bailar y de aguantar a mi marido!!! —escuché gritar desde el balcón a Dalia y me entró un ataque de risa.

Estaba en el baño cuando llamaron a la puerta y dejaron el desayuno. Salí al balcón riendo y miré a Dani que estaba ahí tomando un café. Sí, ya había un poquito de confianza y la noche anterior me dijo que podía llamarlo así.

—¿Qué le pasa a Dalia? —reí.

—Dice que se aburre, joder y eso que nos lleva ventaja —murmuró refiriéndose a que hasta follaba. Me eché a reír y casi escupo el sorbo de café que había dado.

—A mí me llevan ventaja de toda la vida —reí más intensamente.

—No te entiendo... —Levantó la ceja.

—¡Va! Da igual —me sonrojé y me maldije por tener la lengua tan larga a veces. Si mi madre ya decía que dándome un puntito en la boca iba a ir mejor.

—¿Me has querido decir que nunca te has acostado con un hombre? —preguntó bajito, con la cabeza por encima del muro, y con una cara de incredulidad que hizo que me sonrojara.

—Así es —apreté los dientes.

—¿En serio? —No daba crédito a mis palabras y lo entendía, pero siempre hay alguien que es la excepción y en este caso era yo— Davinia, ¿te estás quedando conmigo?

—No, por supuesto que no, tengo veinticuatro años de pureza —reí—. Bueno, de pureza relativamente...

—Vamos por partes... —Puso la taza sobre el poyete y soltó el aire.

—¿Por partes? —reí.

—Me has dejado loco, te lo juro —reía suavemente, mirando con esa intensa mirada que cada día me gustaba más, es más, no quería irme de esa isla en un mes, solo que me dejaran usar las instalaciones y quitar esas malditas barreras que nos separaban.

—¿Por qué? —Ahora la que no entendía nada era yo.

—No sé, hoy en día es raro que alguien a tu edad no se haya acostado con nadie.

—Bueno, sí, es raro, pero soy atípica —sonreí.

—¿Y besar?

—Claro, que soy virgen, no monja, hijo —reí.

—¿Te tocaron? —Me hacía gracia verlo tan interesado por saber de mi vida sexual.

—Una vez el pecho —arqueé la ceja.

—¿Solo el pecho?

—Sí —apreté los dientes.

—Imagino que tú...

—Solo el clítoris, no me metí nada por mis partes —di un trago al café aguantando la risa, pero era la verdad.

—Voy a por otro café —puso cara de conmoción y se giró para entrar a su habitación, pero, antes de entrar, me miro, entrecerró los ojos y volvió a preguntarme— ¿En serio no te has quedado conmigo?

—Que no, de verdad. Palabrita de Sor Davinia —ambos reímos a carcajadas y le vi entrar

negando, vamos, que no me creía.

Dalia y Alberto no estaban en la terraza, imagino que estarían en la ducha o follando como ella decía, habían desayunado con Daniel, pero cuando yo salí ya no estaban.

Y es que, si para las siestas mi cuerpo estaba bien espabilado y me despertaba sola, cuando me metía en la cama por la noche si no ponía alarma al día siguiente, no me despertaba demasiado temprano y aquí, que no tenía nada que hacer, pues para qué me iba a dar un madrugón.

Ahora me encontraba con él, hablando de cosas íntimas de las que, quizás, no hubiese hablado con otro hombre, pero con él ya había un vínculo, era como parte de mí, al igual que Alberto y Dalia, y es que verte en una situación así, encerrados, sin nadie de nuestro entorno, a miles de kilómetros y sin más noticias que las de la tele que, dicho sea de paso, pintaban muy mal, al final te veías aferrándote a esas persona que la vida había puesto en tu camino en un momento tan fuerte y aterrador como el que se nos había presentado.

Volvió a salir con esa sonrisa contenida y mirándome fijamente.

—Me has dejado en *shock* —confesó dando un sorbo a su taza de café.

—Ya —reí.

—Imagino que es porque quieres llegar virgen al altar —levantó la ceja.

—¡No! —reí de nuevo, esta vez más fuerte— Es porque no se dio la situación de llegar a desear tanto a una persona como para hacerlo, me gustaron muchos chicos, pero no era ese sentimiento tan fuerte como para traspasar una barrera que quiero hacer con alguien con quien me sienta segura. Mi padre abandonó a mi madre cuando se quedó embarazada de mí, la usó para luego dejarnos tiradas, siempre pensé que fue porque no había sentimientos de verdad, al menos por su parte. Por parte de mi madre no dudo que sí los había y es por eso que siempre he tenido miedo a que me utilicen, aunque, ojo, entiendo que hay personas que disfrutan del sexo con total libertad, yo soy diferente, no digo que con quien lo haga vaya a ser el hombre con el que me vaya a casar, no digo eso, pero sí una persona que sepa que, si pasa algo, no me va a fallar.

—¿Y eso cómo lo puedes saber? —preguntó al tiempo que se encendía un cigarro.

—No lo sé, imagino que mi corazón me mandará algún mensaje y por supuesto se equivocará, asumo ese riesgo.

—Alucinando estoy —negó rápidamente sonriendo.

—¡¡¡Chicos!!! —Escuché a Dalia, salir gritando.

—Hola —sonreí.

—He hablado con recepción y he pedido que, por favor, hoy nos traigan paella española, tortilla de patatas y eso que tanto os gusta beber, el gazpacho andaluz —dijo dándolo por echo.

—Una comida muy española, sí señor —respondió Dani, mirándome sonriente.

—Algo bueno que le va a entrar a una por el cuerpo hoy —dije con segundas y Dani se echó a reír.

—A mí ya me entró otra cosa, bendito Pinocho —soltó con sorna y nos miramos riendo.

Alberto salió levantando la mano y sonriendo, miró a una chica que pasaba por allí de la limpieza y le dijo que necesitaba veinticuatro rollos de papel, que había escuchado en las noticias que estaban arrasando con ellos mundialmente, nos echamos a reír, la chica indudablemente también.

Había media hora en la mañana que debíamos permanecer en la terraza ya que entraban a limpiar, aunque nosotros estábamos toda la mañana, así que, no nos interrumpían nada.

Dani se tiró toda la mañana haciéndome gestos que entendía, aún seguía en *shock* por lo de mi virginidad, al final me veía causándole un trauma.

A mediodía comenzamos a comer y el gracioso de Alberto, nos tiró arroz y nos salpicó por entero, solo puedo decir que comenzó una guerra de comida por las terrazas y nuestros cuerpos, que no iba a haber Dios que limpiara eso, la habíamos liado parda y lo último fue cuando Dalia le echó por la cabeza a Alberto el gazpacho, en fin, la habíamos liado.

¿Lo peor? Ni escoba, ni fregona, así que había que salir al cuarto de la limpieza a cogerlas para poder limpiar, todo esto sin que nos vieran y lo peor aún, no teníamos mascarillas.

Alberto cogió la funda de la almohada y se la lio a modo de mascarilla, pero parecía más un bandolero a punto de asaltar la diligencia de los ricos, que un pobre hombre con mascarilla. Él dijo que iría, todos nos asomamos a la puerta del pasillo aguantando la risa y viéndolo por los pasillos corriendo hasta el cuarto de la limpieza, volvió con una fregona, una escoba y el recogedor.

Limpiamos las terrazas, nos íbamos pasando las cosas por ese muro y luego volvió a llevarlo todo a su sitio como si no hubiera pasado nada. Yo solo esperaba por nuestro bien que ahí no hubiera cámaras, porque aparte de flipar en colores, el que nos viera se iba a reír de lo lindo en ver a Alberto correr como si fuera un lagarto de esos, andado sobre las aguas.

Qué espectáculo, por favor.

Media hora después teníamos a una chica de recepción debajo de nuestras terrazas diciendo que habían visto a uno de nosotros por los pasillos con utensilios de limpieza, y ahí mis temores se hicieron realidad. La chica decía que estábamos poniendo en grave peligro al hotel, pero vamos, ni que estuviera repleto y nosotros contagiados, en fin... La escuchamos los cuatro serios y nos pidió que la próxima vez llamáramos que ellos nos darían lo que necesitáramos.

Cuando se fue estallamos en risas, seguro que nos habían visto por las cámaras de los pasillos, que resulta que sí que había, mira tú de lo que se entera una por hacer una travesura. Joder pues sí que nos tenían vigilados.

Nos fuimos a descansar un rato, bueno lo de descansar era un decir, pero que también cansaba el estar en una terraza todo el tiempo.

Cuando me levanté de esa siestecita llamé a Carla, que estaba terminando de preparar una nueva clase para sus niños.

—¿Y cómo lo llevan los peques? —le pregunté.

—Dentro de lo que cabe, bien, pero a mí me da una penita verlos a través de la pantalla. Con lo que me gusta que me achuchen. Ya sabes que mis niños lo son todo.

—Lo sé, pero ya verás cómo pronto puedes abrazarlos otra vez.

—¿Sabes lo que me ha dicho hoy Martina? Que le diera mi dirección a su mamá para que me pudiera mandar una de las magdalenas que hace, como alguna mañana me había llevado al colegio.

Y, como no podía ser de otra manera, empezó a llorar con toda esa pena por no poder ver a sus *Minions*.

La calmé un poco y conseguimos acabar riendo porque se había encontrado con Manoli.

—Le he dicho que me traiga papel higiénico del súper, no vaya a ser que eso se convierta en un bien de lo más preciado y yo me quede sin mis rollitos —me dijo—. Qué mal debe ver la gente la cosa, porque por lo visto había una mujer en una de las cajas con cuatro carros de la compra llenos. Y claro, me dice Manoli... “*Chiqui, que debe ser que viene eso del Apocalipsis y unos se han enterado mejor que otros, porque, no me digas, cuatro carros de la compra que llevaba Conchita, la nieta de Juana la de la calle de la floristería. Si es que esa debe tener línea directa con el maligno, que ya decía su abuela que la niña muy santa no era*”.

Rompí a reír lo que no estaba escrito, si Manoli viera a Carla imitarla, le daba una torta, pero con cariño, que Manoli nos quería mucho a las dos. Anda que no le hicimos veces de niñera de sus hijos. Menos mal que ya estaban los dos en el instituto. Menudos piezas eran de pequeños.

Me despedí de ella, pedí la cena y salí a la terraza a encontrarme con mis adorables vecinos.

Daniel seguía lanzándome miradas y sonrisitas, vamos que debía ser yo un bicho raro a sus ojos para que estuviera así conmigo. Imagino que no seré la única virgen de veinticuatro años en el mundo, ¿no? Las de países en los que las muchachas no pueden tener relaciones hasta que estén casadas no cuentan.

Cenamos y poco después ya estaba Alberto con los copazos en la mano, y la música de fondo.

En esta ocasión acertó de lleno con la que había elegido, una que me daba una vidilla a mí cada vez que la escuchaba...

Más, de Ricky Martin, y es que esa parte del estribillo en la que cantaba eso de pedirle más a la vida, y que no importe más lo que digan, como si fuera la última noche de tus días.

Pues así me sentía yo en ese instante, que en este paraíso en el que me había tocado estar confinada y lejos de mi amiga y de sus padres, eso que me tenían como a una más de su familia, al menos tenía unos vecinos con los que las horas, y los días, se hacían más llevaderos.

Empecé a bailar como cuando salía con Carla a la discoteca, saltando, cantando a la par que lo hacía Ricky, dejando la melena al viento, y en ocasiones mi mirada se cruzaba con la de Daniel, que me observaba con una sonrisa en los labios.

Una sonrisa que cada vez me gustaba más y es que, esa en concreto, solo me la dedicaba a mí. A Dalia le sonreía de otra manera diferente.

Acabé la noche agotada de tanto reír, bailar, beber y, sobre todo, aplaudir. Sí, aplaudir. A cada empleado del hotel que pasaba por allí, nos poníamos los cuatro a aplaudirle como si no hubiera un mañana. Porque en el resto del mundo aplaudían a los sanitarios, esos que estaban en primera línea combatiendo con el virus, luchando por conseguir salvar una vida más. Muchos eran los que se merecían esos aplausos.

Camioneros que llevaban mercancías, policía, guardia civil y demás cuerpos y fuerzas de seguridad.

Y aquí, en este pequeño rincón de una isla caribeña, para nosotros, estos empleados se lo tenían, pero que muy merecido, porque se encargaban de que no nos faltara nada, de que todo estuviera en orden y de regalarnos la mejor de sus sonrisas cuando nos veían.

Me dejé caer en la cama con un dolor de cuerpo, que no sabía si era mío o de Dalia, y es que la cubana me había seguido el ritmo en cada canción que el DJ particular que teníamos ponía, bailando las dos como si estuviéramos juntas en una discoteca.

Cerré los ojos y ni consciente fui de cuándo me dormí.

Capítulo 6

Pedí el desayuno y cuando me lo dejaron, vi que en la bandeja había un sobre, coloqué todo encima de la cama antes de salir y lo leí.

«Estimada, Davinia.

Nos complace informarle que están libres de virus usted y la zona en la que ahora se encuentra en confinamiento. Por el momento y hasta que no lleguen los resultados del resto de huéspedes del hotel, deberán seguir de la misma manera. Pronto le daremos más noticias.

Un saludo».

Lo primero que hice fue ponerle un mensaje a Carla, le había puesto al tanto por el mismo medio de la prueba que nos habían hecho y ahora tenía que confirmarle que estaba sana, sanita.

Salí afuera y los chicos comenzaron a aplaudir, sabía que a ellos también les había llegado la misma noticia, y es que, aunque estábamos convencidos de que no lo teníamos, era bueno que nos lo confirmaran y saber que al menos nuestra zona estaba segura.

—Hoy lo celebramos —dijo Dalia dando unos pasitos de baile—. Esta noche una copita y a bailar.

—Pues como las anteriores —la miré riendo— ¿Qué diferencia va a haber?

—¡Ay, *mi amol!* No te me pongas protestona que me enfado. Haz caso a tus mayores, *mi hija*.

Tuve que reírme porque no podía con esa mujer. Desde luego mayor que yo era, que por edad podría ser mi madre, aunque a sus cuarenta y cinco años estaba bien guapa y con un cuerpo, que ya quisieran algunas. Con curvitas donde debían estar.

Daniel entró por el teléfono inalámbrico de su habitación y llamó a recepción pidiendo el cambio de habitación a la mía. Les dijo que como ambos estábamos libres de virus y nosotros éramos amigos, preferíamos pasar esto juntos y se lo aceptaron, lo único que nos pidieron fue que los cuatro permaneciéramos separados, que no nos juntáramos aún, sabían que estábamos siempre de fiesta en las terrazas y ya nos tenían calados. Al final sí que iba a pensar que en el hotel nos tenían como en el Gran Hermano, vigilados las veinticuatro horas a través de las cámaras.

Nos pidieron que no saliéramos de la habitación, solo podía hacerlo Daniel para ese cambio y que se lo llevara todo de golpe, así que lo que hizo fue darme las cosas por el muro y luego saltó él. Era para verlo, de locura. Menos mal que, como él decía, al ser bombero estaba bien entrenado y preparado para esas cosas.

En cuanto cayó en mi terraza, se paró ante mí, sonrió y abrió los brazos esperando que acertara esa pequeña distancia que nos separaba y me acercara. Lo hice, nos abrazamos riendo y sintiendo una felicidad increíble de por fin haber tirado la primera barrera que nos separaba en aquel lugar.

Dalia y Alberto comenzaron a aplaudir con vitoreo incluido, mientras nosotros permanecíamos en ese abrazo que nos había dado mucha fuerza a los dos, ya no estábamos solos, al menos íbamos a tener la compañía el uno del otro.

Entramos para que él colocara sus cosas, había un armario entero libre y el baño era amplio con dos senos de lavabo, así que también tenía el mismo espacio.

Se sentó al borde de la cama cuando una vez tuvo todo colocado y me extendió sus brazos para que lo volviera a abrazar, me sentó de lado en sus rodillas rodeándome por la cintura.

—¿Sabes? —preguntó mirándome al tiempo que llevaba un mechón de cabello detrás de mi oreja.

—Dime —estaba sonrojada, pero feliz.

—Los dos primeros días te escuché llorar, no te quise decir nada y me partió el alma cuando tras eso, nuestras miradas se cruzaron por primera vez y sentí rabia de no poderte consolar. Ahora más que nunca no quiero que te sientas sola y de aquí saldremos juntos, librando esta batalla y volviendo a nuestras casas, a nuestra vida. Quiero ser el apoyo que necesitas en estos momentos y que me veas, no como un amigo, sino como alguien de tu familia dispuesto a protegerte —en ese momento comenzaron a caerme unas lágrimas y lo abracé con fuerza.

—Gracias, Dani, te has convertido en alguien muy importante para mí.

—Y tú, pequeñaja —besó mi cuello—. Aunque aún me tengas en *shock* —me hizo un guiño y sonrió, sabía que se refería a lo de que yo era virgen.

—Bueno, si nos dicen que vamos a morir aquí, te pediré el favor de que me hagas la faena para saber qué se siente —aguanté la risa mientras lo miraba.

—Joder, ¿solo en ese caso? —Levantó la ceja y me besó de nuevo la mejilla.

—Bueno si nos dicen que nos vamos a quedar aquí mucho tiempo, también, no vaya a ser que se me pase el arroz —reí tirándome hacia su hombro.

Nos quedamos como un minuto abrazados, Dani para mí se había convertido en esos días en la fuerza y el motor para luchar contra esa tristeza y miedos que me entraron con todo lo sucedido, además de Alberto y Dalia por supuesto, pero con Dani sentía una conexión total.

Salimos a la terraza con cuatro copas de vino, avisamos a los chicos y nos las tomamos con ellos, pusimos la mesa pegada a su parte de muro y empezamos a charlar felices por ese pasito más que habíamos logrado.

Por allí no dejaron de pasar empleados, y Dalia les informaba de lo más contenta que los cuatro estábamos libres del virus, ellos sonreían con pulgares hacia arriba. Incluso una de las chicas nos dijo que siguiéramos como hasta ese momento, haciendo caso a las indicaciones y, sobre todo, no abandonando nuestras habitaciones.

Y no, no lo íbamos a hacer, pero ya teníamos ganitas de poder ir a darnos un bañito a la piscina o a la playa.

Escuché sonar mi móvil que estaba en la habitación y entre corriendo, esa era Carla.

—¡Ole tú, guapa! —gritó cuando descolgué y me vio la cara—. Me alegro que estés bien, allí desde luego estás menos expuesta, como sois poquitos.

—Sí, los chicos también han dado negativo, estábamos tomando un vino. ¿Quieres verlos? —le pregunté y ella sonrió asintiendo.

Salí fuera de nuevo y en cuanto me vieron con el móvil en la mano todos la saludaron y ella les dijo que se alegraba de que estuvieran bien.

Incluso se ausentó un momento para ir a ponerse ella una taza de café, dada la diferencia horaria entre ella y nosotros.

Charlamos un rato y nos dijo que la avisáramos para hacer una de esas cenas chulas, que, aunque fuera temprano para ella, nos acompañaría con café y galletas.

Dalia soltó una carcajada y Carla le dijo que tenía muchas ganas de conocerla, que le caía genial.

—Bueno, os voy a dejar seguir con vuestro día, que yo empiezo ya el mío. Voy a dar la clase

online a mis pequeñines —Carla lanzó un beso y agitó la mano.

—Adiós, cariño. Hablamos en otro ratito.

—Sí, guapísima. ¡Ah, chicos! —les llamó a los tres antes de cortar la llamada—. Cuidarme bien a Davinia, que es la única que tengo, ¿vale?

—Claro, *mi hija*, tranquila que la cuidamos todos —le respondió Dalia.

Y ya sí, mi hermana me mandó un beso, me dijo que me quería y dejé de verla.

Esos momentos en los que podíamos charlar, aunque fuera un poquito y vernos la cara, me daban la vida, pero la echaba mucho de menos. Aquí no estaba sola, tenía la compañía de tres personas que desprendían una alegría inmensa, pero quería volver pronto a casa y estar más cerca de mi amiga. Aunque no pudiéramos juntarnos.

A la hora de la comida me sentí feliz de poder hacerlo al fin sentada con Dani, pues siempre comíamos de pie para vernos unos a otros, esta vez lo pudimos hacer todos ocupando las mesas y sillas que teníamos en las terrazas, ya que estábamos acompañados.

Dani era muy atento y caballeroso, ahora lo podía apreciar mejor, era de esos hombres que se desvivían por atender a una mujer, cosa que a mí me encantaba, debo de reconocer que me hacía sentir bien.

Tras la comida nos despedimos de nuestros vecinos y fuimos a tumbarnos un rato. Las camas estaban pegadas y las dejamos así ya que eran extragrandes las dos. Decidimos ver una peli y así pasar el tiempo hasta la hora de cenar.

Yo tenía la sensación de sentirme más cómoda, más segura, más arropada y era increíble cómo me había venido arriba. Estar en compañía de Dani era lo mejor que me había podido pasar en ese viaje, pero, sobre todo, por la situación en la que se encontraba el mundo entero.

Terminó la peli y nos giramos uno hacia el otro, totalmente tumbados, sonriendo y hablando sobre qué nos había parecido.

—Ha sido divertida, al menos me he reído unas horitas —le dije.

—Sí, solo habría faltado que nos pusiéramos un dramón.

—¿No te gustan las películas sentimentales? —pregunté intrigada.

—Sí, pero ahora mismo lo mejor es reír, nada de llantos.

Dani hablaba tocándome el cabello, luego dejó caer su mano en mi cintura y se pegó a mí para darme un abrazo. En ese momento un cosquilleo recorrió mi cuerpo y, finalmente, pasó. Nos besamos. Fueron besos cortos y seguidos, con delicadeza, mientras me apretaba contra él.

No dijimos nada, solo nos dejamos llevar por esos sentimientos que habían nacido entre nosotros en ese momento tan turbio, me encantaba sentirme entre sus brazos. Que me arropara de ese modo, en el momento en que más necesitaba a los míos y los tenía tan lejos, era increíble.

Estuvimos así hasta casi la cena en la que nos duchamos, primero lo hice yo y luego él, y mientras lo hacía salí a la terraza a esperarlo con los chicos.

Esa noche cenamos de pie charlando y tomando vino, Dani me besaba de vez en cuando o me abrazaba por detrás mientras charlábamos con ellos. Dalia aplaudía constantemente mirándonos y Alberto sonreía, eran cómplices de lo que estaba pasando entre nosotros.

—Venga, vamos a bailar. *Papito*, pon música —dijo Dalia.

—Ahora mismo, *mamita* —Alberto entró en la habitación y poco después regresó con el móvil y el altavoz portátil que tenía—. DJ Al Berto, en una nueva *night dance session*.

Empecé a reír, pues ese hombre tenía un salero que no se podía aguantar. Era tremendo. Nos sacaba la risa de la manera más fácil.

Y ahí empezó una noche más de risas, miradas y, esta vez sí, bailes bien pagaditos con Daniel.

Qué manera de moverse, por favor, no tenía nada que envidiar a las caderas de Ricky Martin, ¡madre mía!

Acabamos la noche muertos de risa, ya que Alberto se vino arriba con eso de ser el DJ oficial y empezó a decir que después de esto iba a enviar vídeos de estas sesiones a las discográficas. Sí, que lo estaba grabando todo con el móvil de Dalia. Solo le faltaban las luces estroboscópicas, esas de las discotecas y unos platos de mezclas, pero vamos que ganas le ponía las mismas que David Guetta.

Nos despedimos de ellos hasta el día siguiente y fuimos a cambiarnos, me puse mi pijama de tirantes de algodón con el pantalón corto, él estaba con un pantalón de *sport* también corto y una camiseta, la verdad es que se veía guapísimo.

Se tumbó en la cama y me hizo un gesto para que me pusiera a su lado, en la suya, y ni lo pensé, ahí que fui con mi Dani a que me diera mimos, y es que no había mejor persona ahora mismo para ello.

Me tapó con la sábana y entrelazamos nuestras piernas, mirándonos con la habitación iluminada por la tenue luz de una vela que encendió ante la oscuridad de la noche.

—Te juro que me da miedo tocarte —sonrió mientras me abrazaba y acariciaba mi espalda por debajo de la camiseta.

—¿Miedo? —resoplé riendo.

—No sé cómo actuar, primero por la diferencia de edad, jamás estuve con alguien con tantos años menos que yo, y luego por lo que me dijiste, me da cosa que un movimiento en falso te haga sentir mal.

—¿Qué dices?! —reí— Hombre, no me digas que lo vamos a hacer porque aún no me he hecho a la idea —solté una carcajada mientras él sonreía mirándome con ese brillo en los ojos que me encantaba—, pero me puedes acariciar sin miedo y dejarte llevar por lo que te apetezca.

—No, no te voy a arrastrar a hacerlo, me refería a otras cosas, otro tipo de abrazos, a acariciarte, no me hagas caso —me besó y me pegó más a él, de modo que pude notar su miembro.

—Pues hazlo —reí y me subí a su regazo, se puso boca arriba y ahí que me senté yo cogiendo las palmas de su mano y sonriendo.

—Eres preciosa, Davinia, me llenas de vida con tu sonrisa y juventud —soltó mis manos y las puso en mis caderas—. Quiero que te sientas cómoda y que, si hay algo de mí que no te guste, me lo dices, todo se puede cambiar, pero vamos a vivir esto de una forma bonita, intentaremos que estos malos tiempos no nos limiten a vivir cada día.

—Estoy de acuerdo —me eché hacia adelante y lo besé—. Solo te pido que no tengas miedo, contigo estoy a gusto, eres lo mejor que me ha pasado en estos momentos, pues por ti estoy superando esto tan fuerte que nos azotó. Eso sí, tenme paciencia, ve poco a poco, pero no tengas miedo a nada que no me voy a romper.

—Me dolería mucho que te hiciera sentir mal cualquier cosa que pudiera hacer sin mala intención.

—Tranquilo, sé por lo poco que te conozco cómo eres y no te preocupes, nada me sentará mal —lo besé, pero en un beso largo de esos que las lenguas se entrelazan y te dejas llevar por la pasión, esa que comenzaba a sentir tan fuertemente por Daniel.

Me apretaba los glúteos, me acariciaba la espalda y esa sonrisa me hacía ver que estaba tan feliz como yo. Notaba que su miembro se endurecía cada vez más, lo podía sentir rozarse por mi parte sensible y eso me ponía más tontita, por no decir calentita.

Luego nos cambiamos de posición, quedando yo debajo y él entre mis piernas recostado con

cuidado mientras mordisqueaba mis labios, se puso de lado y echó su pierna por encima, metió la mano por debajo de mi camiseta y comenzó a acariciar mis pechos, no llevaba sujetador así que lo tuvo fácil y con el camino libre para masajearlos a su antojo.

Lo miraba sonriendo, lo besaba y me sentía en otra dimensión en esos brazos que sabían calmar todos mis temores. Nos pasamos dos horas entre besos, caricias y miradas que se decían todo lo que nuestras bocas callaban.

Dani era de lo más cuidadoso, me tocada de una forma tan delicada, que parecía como si tuviera entre manos una pieza de porcelana.

Yo sonreía, le miraba y no podía evitar acariciarle la mejilla. Sabía que estaba controlándose mucho, porque la erección que tenía era como el algodón al pasarlo por la suciedad, que no engañaba.

Al final acabé de espaldas a él, que me rodeó con sus brazos y nos quedamos dormidos así. Fue un momento de lo más bonito desde que había pisado esa isla, era algo que no me esperaba en ningún sentido, primero por lo sucedido a nivel mundial y segundo por, en esos momentos de incertidumbre, encontrar a esa persona que había buscado toda mi vida.

Capítulo 7

Jamás había estado con un hombre como Dani, con esa diferencia de edad, él también decía que tampoco tuvo nunca una pareja tan joven, yo no sabía qué sentía exactamente, pero a mí me encantaba pues me veía como más segura y protegida.

Aún lo tenía en mi espalda abrazándome, noté que se había despertado cuando besó mi cuello y sonreí, luego me giré para darle los buenos días.

—¿Cómo has dormido? —preguntó después de besarme en la frente.

—Como hacía tiempo que no lo dormía —reí.

—Me alegra saberlo —me pegó a él, rodeándome con esos brazos que tanto me gustaban.

Me senté encima de él, agarró mis caderas, sonriente, empezó a jugar con mi vientre y me hizo gracia su pregunta:

—¿Puedo? —dijo refiriéndose a la camiseta para quitarla.

—Inténtalo —sonreí mordisqueándome el labio.

Y se deshizo de ella sonriendo mientras me miraba a los ojos y a los pechos simultáneamente, me había quedado solo con ese *short* corto y suelto, estaba ruborizada y me encantaba que manejara la situación, pero, para algo sabía un poco más que yo del tema.

Puso sus manos en mis pechos y comenzó a acariciarlos, no apretaba, los masajeaba lo justo para encenderme, pero sin pasarse, se veía que tenía muchísimo tacto, aunque yo estaba deseando dejarme llevar por todo lo que él quisiera hacer conmigo.

Notaba su miembro dispuesto bajo mi sexo y me estaba encendiendo como una mecha a punto de explotar, él lo notó y me dejó caer sobre la cama.

Se puso encima de mí, sentado y comenzó a besuquearme los pechos, el estómago, mientras yo resoplaba por la excitación que me estaba causando.

Puso cada mano a un lado de mi cintura agarrando el pantalón como para quitarlo, pero se detuvo, me miró y así, sin hablar, tan solo con esa mirada, me pidió permiso e hice un gesto de conformidad. Juraría que estaba nervioso cuando empezó a bajarlos y se llevó hasta mi braguita con ellos, dejándome desnuda completamente ante él. Jamás había estado así con otro hombre, pero con él me apetecía, lo deseaba, aunque me daba un poco de miedo a que llegara el momento culminante por todo lo que había escuchado.

Se sentó sobre sus piernas y llevó mis caderas un poco hacia él con una pierna a cada lado, abierta, y me miró con un gesto de esperar de nuevo mi aprobación para seguir jugando conmigo, le dije que no se preocupara, que estaba bien, sonrió al ver que me faltaba un poco de respiración.

—Hoy no lo haremos, tranquila, pero quiero que disfrutes y te dejes llevar un poco —murmuró mientras acariciaba mi entrepierna.

—Tranquilo, que, ni me estoy negando, ni mucho menos quejando —reí.

—Si te molesto un poco en algún momento, me lo dices, ¿ok?

—Vale —respondí notando que me empezaba a costar un poquito respirar.

Me miró y llevó sus manos a mi zona, con una me abrió un poco los labios y con la otra, puso dos dedos sobre mi clítoris y comenzó a acariciarlo, me retorció un poco de placer y, en respuesta a ese gesto por mi parte, se fue hacia mi cavidad, puso un dedo en la entrada y me miró,

esperando. Le dije que sí, me hacía gracia que me pidiera permiso para todo, pero era como si necesitara buscar mi aprobación, por supuesto la iba a tener.

Metió el dedo con cuidado y con la otra mano siguió tocando mi clítoris, me encendí totalmente, gemí y noté cómo sacaba el dedo para, acto seguido, introducir dos.

Los movía con cuidado de no lastimarme, ahora bien, lo que comenzó a mover con rapidez y apretando fue mi clítoris, notaba que iba a llegar al orgasmo y me agarré fuerte a las sábanas, soltando todo, dejando que el intenso placer que me invadía, se liberara. Me encantó cómo había manejado la situación.

Se echó a mi lado y acarició mi barriga, al tiempo que me repartía besos por la cara y me dio las gracias.

—¿Perdona? —le dije riendo, levantando la cara para mirarlo a los ojos—. Las gracias te las debería de dar yo a ti —reí.

—No —me besó en los labios—. Las gracias te las doy por confiar en mí, prometo que iré, poco a poco.

—Nadie te pidió que lo hicieras, solo que tuvieras paciencia conmigo —reí—. Puedes continuar.

—No, ahora nos vamos a la ducha —dijo tirando de mis manos y cogiéndome en brazos cuando se bajó de la cama.

Me sentó en el lavabo del cuarto de baño y se desnudó, dejándome atontada cuando lo vi, como Dios le vio nacer. Tenía un cuerpo de esos impresionantemente currados, con un físico espectacular, se notaba que por su trabajo debía mantenerse en forma. Me impuso mucho ver su miembro erecto, estaba excitado. Solo de imaginar tener todo eso dentro, me daba hasta mareo, reí al pensarlo y me preguntó, se lo dije y se echó a reír.

—Tranquila, iremos poco a poco, esto se bajará en un rato —rio bajándome de ahí.

—Nooo, no te pienso dejar así —me senté en el filo del baño y le pedí que se acercara.

Sonrió y lo hizo. Le miré a los ojos fijamente mientras era yo quien, en esta ocasión, le daba una mínima parte del placer que él me había entregado. Comencé a lamerlo con todas mis ganas, nunca antes había hecho algo así, tocar sí, que tonta y demasiado tímida no era, pero jamás tuve a alguien en mi boca. Me gustaba ese hombre en todos los sentidos, sus gemidos entrecortados me hicieron saber que estaba disfrutando de aquello y eso era lo que yo quería, que fuera un cincuenta por ciento para cada uno, no era justo que solo yo me desahogara.

Justo antes de correrse, apartó mi boca y apuntó al bidé, que luego lavó para después cogerme de la mano y meterme con él en la ducha.

Me puso de espaldas a él y comenzó a enjabonarme con suaves caricias y masajes de sus manos, luego por delante, me encantó cuando llegó a mi entrada y metió el dedo con mucho cuidado, yo abrí las piernas para dejarle libertad de movimiento y él me mordisqueó el labio sonriendo.

Nos besamos un buen rato bajo el agua que nos cubría, mientras me abrazaba con mucho cariño, deseo, y con ese aire protector que llevaba como escudo para combatir mis miedos, para protegerme de todo aquello que me causaba tristeza. Dani no solo era un caballero, un señor, sino también todo un buen amante.

Cuando salimos y cogí la crema hidratante con la que me embardunaba cada vez que me duchaba, me la quitó de las manos y me dijo que me fuera a la cama. Del modo en el que lo hizo me sonó a orden, pero reí al verle señalarla con el dedo.

—Yo te la pongo —me hizo un guiño.

Me tumbé boca abajo y comenzó a extenderme por todo el cuerpo, con delicadeza, en plan masaje, hasta por dentro de mis dos cachetes del culo, sin llegar a pasar de fuera de esa zona que eso para mí, ya eran palabras mayores.

Luego me puse boca arriba y siguió con el masaje cubriendo con crema esa zona, me excitaba muchísimo con aquellas manos que sabían cómo tocar mi cuerpo.

Me hizo flexionar las rodillas y extendió la crema por mis partes, aprovechó para meter de nuevo un dedo con delicadeza, me estaba volviendo a encender, pero intenté relajarme, solo era un masaje.

Tras eso agarró mis manos, me levantó y, poniéndome de pie en la cama de modo que quedara frente a él que estaba en el suelo, me abrazó fuerte, lamió mis pechos y me miró sonriente antes de coger el teléfono y llamar para que nos trajeran el desayuno.

Y así me iba a dejar, con la miel en los labios.

Una vez acabó de hablar le miré con la ceja arqueada y los brazos en jarras.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—¿Te parece bonito lo que has hecho?

—¿El qué? ¿Darte un masaje?

—Dejarme un poquitín perjudicada, guapito —contesté frunciendo los labios.

—Así que... perjudicada, ¿eh?

—Sí, un poquitín —hice un puchero, lo reconozco.

—Y, ¿qué podemos hacer, pequeña? —Dani se acercó, me rodeo por la cintura y lo siguiente que sentí fueron sus labios sobre los míos.

Nos besamos entre caricias hasta que el momento se acabó por ir al traste cuando escuchamos a Dalia gritando desde su terraza.

—¡¡El desayuno, *mi hija*!!

Dani y yo empezamos a reír, nos separamos y tras vestarnos fuimos a la terraza. Cuando llegaron con nuestro desayuno fue él a recogerlo y ahí que estuvimos disfrutando de las vistas, café, zumo, fruta, bollería y, lo mejor de todo, la compañía.

En esa situación en la que nos encontrábamos, no estar sola era esencial. Necesitaba tener a alguien cerca o acabaría volviéndome loca.

Cuando terminamos el desayuno le mandé un mensaje a Carla para ver cómo estaba. No contaba con que me contestara en ese momento, así que dejé el móvil sobre la mesita y me tumbé en la cama. Allí poco más podíamos hacer.

Dani se unió a mí y pusimos la televisión, más que nada, para tener de fondo y por si daban alguna noticia importante sobre lo que estaba pasando, porque estábamos leyendo algunas en *Internet*.

Era triste saber la cantidad de gente que se estaba llevando el virus y en tan poco tiempo, y emocionante los actos de humanidad de muchos ciudadanos. Como los taxistas, por ejemplo, que ponían a su disposición el taxi con el que se ganaban el pan cada día para llevar a la gente que salía del hospital de vuelta a sus casas, o a los sanitarios a la suya una vez acababan sus largos turnos.

A la hora de comer lo pedimos y salimos a la terraza con nuestros amigos y vecinos cubanos.

Dalia nos contó que había podido hablar con su viejita y que estaba bien, seguía sola en su casa, pero uno de los médicos de su pequeño pueblo se había encargado de que no les faltara de nada a sus pacientes y, sobre todo, a los más mayores, que en algunos casos no podían salir de sus casas.

Comimos entre risas, como siempre, hasta que me llamó Carla por videollamada y ahí que estábamos los cuatro.

—Hola, guapa —me dijo con su preciosa sonrisa— ¿Cómo estás, aparte de muy, pero que muy bien acompañada? —preguntó al ver a Dani muy cerquita de mí.

—Bien, pasando esto como podemos. ¿Y tú?

—Aquí ando, que, entre preparar las clases *online*, la limpieza de armario y que me ha poseído el espíritu de Don Limpio, tengo el piso como los chorros del oro —dijo encogiéndose de hombros.

—Yo también habría aprovechado para hacer limpieza, veremos cuando regrese si no me encuentro la casa llena de ratas, o a saber.

—Anda bobá, tengo llaves, puedo ir cuando salga a hacer la compra y le doy un vistacito —se ofreció, pero no quería que se expusiera más de lo normal, así que le dije que no—. Como quieras. Bueno, ya veo que estabais comiendo.

—Sí, ya habíamos acabado, íbamos a prepararnos un café —dijo Dani que, al tiempo que se levantaba, me dio un beso en los labios.

La cara de mi amiga se acercó aún más a la pantalla del móvil al tiempo que se le abría la boca, se había quedado loca perdida, vamos.

—Me parece que tienes algo que contarme, ¿no? —preguntó, y yo solo me encogí de hombros — Vale, lo dejamos para otra ocasión, pero no te vas a librar de contármelo to-do.

—Que sí, anda, nos vemos. Cuídate, un beso.

Después del café nos fuimos a descansar, aunque descansar, pues no mucho, porque nos pasamos el tiempo entre besos y caricias, hasta que tocó la hora de cenar, que salimos a la terraza a compartir de nuevo ese momento con nuestros vecinos.

Dalia y Alberto se fueron temprano para dentro, y es que la cubana decía que quería ver una peli. Sí, sí, una peli, claro... Los chillidos que daba mi amiga llamando a su *papito* eran de la película también.

Nosotros, por nuestra parte, tonteamos un poco, entre beso y beso caía alguna caricia, hasta que ambos acabamos desnudos en la cama, saboreándonos, explorándonos como si quisiéramos aprendernos el cuerpo del otro de memoria para cuando todo esto acabara tener un bonito recuerdo y, tan solo usando nuestras manos para darnos el placer que necesitábamos. Llegamos a un orgasmo tan fuerte, que en cuanto me recosté y Dani me abrazó, me quedé dormida.

Capítulo 8

Dos golpes en la puerta hicieron levantar de inmediato a Daniel, escuché afuera el murmullo de Dalia y Alberto hablando con alguien.

Me puse la camiseta del pijama corriendo, ya que estaba desnuda, y no tardaron en entrar los dos eufóricos, me dieron un abrazo saltando mientras Dani me miraba sonriendo.

—¡Somos medio libres! —gritaba Dalia, comiéndome a besos.

—Explicadme eso —reí.

—El hotel está libre de coronavirus y los pocos trabajadores como no salen de aquí, ya no hay riesgo.

—¿Y?

—Pues... ¡Que podemos movernos libremente por las instalaciones! —me informó con un grito y dando palmas— Ya no entregan la comida en las habitaciones, han dejado abiertos la cafetería de la al lado de la piscina, el bar acuático de dentro y el restaurante que está entre la playa y la piscina, así que nos vamos a desayunar y que nos dé el aire.

—Sí, por favor, yo quiero mucho mar y piscina —dije saltando emocionada.

—Venga, nos vamos a cambiar y ahora nos vemos en la cafetería de la piscina —comentó Dalia.

Dani cerró la puerta y me lancé a sus brazos, estaba súper emocionada de poder salir de allí después de una semana metida en la habitación. Rodeé mis piernas en su cintura y me lo comí a besos, estaba sonriente y feliz.

—¿Feliz? —me preguntó.

—Mucho, aunque reconozco que desde que estás conmigo, aquí ya lo estaba más —respondí sonriendo.

—No me voy a ir porque nos den libertad de movimiento por una parte del hotel —carraspeó pegándome a él y besándome.

—¡Ah no!, no te pensaba dejar escapar —le mordisqueé el labio.

—Eres mi chiquitina y como tal, te debo de cuidar hasta que llegemos a nuestro país.

—Claro, y una vez allí ya que me den por saco —lo abracé riendo.

—No, una vez allí me vas a tener que aguantar, pienso ser tu sombra —se sentó en el filo de la cama conmigo sobre él a horcajadas.

—Te aburrirás de mí —hice un gesto de tristeza.

Y es que en ese momento lo sentí así. No sería lo mismo cuando volviéramos, esto acabaría aquí, el día que nos dijeran que podíamos regresar a nuestro país de origen.

—¿Cómo dices eso? —Me hizo cosquillas en las costillas y me tiré hacia la cama intentando deshacerme de él, pero fue imposible ya que al final se tiró entre mis piernas.

Nos empezamos a besar entre risas, me encantaba estar entre los brazos de ese hombre que me hacía sentir segura con su madurez, protección y esos gestos tan bonitos que tenía.

—Me estoy poniendo malo —confesó con la frente apoyada en mi hombro, mientras me rozaba con su miembro mi sexo.

—Y yo —reí.

Me quitó la camiseta que me puse para ver qué pasaba cuando llamaron a la puerta y bajó mi braguita.

Se apartó, colocándose justo entre mis piernas y comenzó a besar mi zona, me retorcí de placer, ese hombre sabía cómo ponerme a mil por hora. Bueno, no es que hubiera tenido a nadie más entre mis piernas con quien comparar, pero con él me sentía bien, con ganas de llegar a más.

Comenzó a tocarme el clítoris y me revolví de placer agarrada a las sábanas, me besaba, metía sus dedos con cuidado y notaba que no quería llegar al fondo, seguro que pensaba que me podía lastimar.

Sabía que, para él, aquello suponía un esfuerzo y de los grandes, un hombre acostumbrado a tener sexo con su pareja y que de repente se ve con una chiquilla más joven y encima sin experiencia porque es virgen.

Cuando le contara esto a mi amiga Carla, iba a alucinar, vamos.

Cerré los ojos y me dejé envolver por lo que ese hombre me estaba haciendo sentir, eso iba más allá del sexo. Era delicado, cuidadoso, se preocupaba en todo momento de que me sintiera bien, que no estuviera incómoda en ningún momento.

Y acabé llegando al orgasmo entre gemidos que me salieron de lo más hondo de mi ser, y es que me llevaba de una forma que creía que iba a desfallecer.

—Quiero hacerlo —dije cuando terminó.

Dani se me quedó mirando con los ojos muy abiertos, tanto que hasta me asusté. Vamos, que le acababa de decir que quería acostarme con él, no que me donara un riñón. Aunque, con eso de que quería cuidar de mí y protegerme, seguro que hasta me lo daría.

—¿Estás segura? —preguntó arqueando la ceja.

—Claro —reí.

Se levantó, cogió un preservativo de su cartera y se lo puso.

Sonreía, pero a la vez le veía gesto de preocupación y le dije que no me iba a romper, se echó a reír.

Se puso entre mis piernas flexionadas y acercó poco a poco la punta a la entrada de mi sexo, me miró, respiró hondo y me acarició la mejilla.

—Voy a ir muy lento, si te duele quiero que me lo digas, ¿vale?

—Vale —respondí casi sin aliento.

Dani empezó a acercarse más, iba entrando poco a poco, pero le vi pararse, resoplar y mirarme. Tanto miedo a romperme no podía tener, por el amor de Dios, que era un hombre con experiencia.

—Dani, ¿estás bien?

—Sí, pero, joder no quiero... —se quedó callado mientras se pasaba la mano por la frente. Sudando y todo le vi y no había hecho esfuerzo alguno.

Aquello empezó a entrar y pensé que me iba a partir en dos, o la tenía gigante o yo era demasiado estrecha. Me agarré con fuerza a sus brazos.

—¿Te duele? —preguntó sin haber llegado al fondo.

—Lo puedo aguantar —sonreí.

—No quiero hacerte daño, tengo toda la paciencia del mundo. De verdad, puedo esperar, Davinia.

—No quiero que esperes, estoy lista, de verdad. Tú solo... hazlo —le pedí mirándolo a los ojos.

Dani asintió, siguió entrando poco a poco y noté cómo llegó al final.

Comenzó a moverse despacio, hacia fuera y de nuevo entrando con cuidado, me dolió un poco, pero a la vez sentía un placer que me hacía aguantar esa molestia que notaba al fondo.

Acariciaba mi pelo mientras me miraba y penetraba con ese cuidado que tenía.

—Voy a ir más rápido, si te molesta mucho me lo dices y paramos, podemos probar en otro momento.

—No, quiero que me lo hagas ya, aquí y ahora.

—Vale.

Sus movimientos fueron más rápidos, en un momento noté algo dentro que me hizo meter un chillido. Aquella barrera acababa de desaparecer de mi cuerpo.

Paró y le dije que siguiera, se le veía la preocupación en el rostro mezclada con el placer, y eso me encantaba.

No dejaba de besarme, de acariciarme y preguntarme si me gustaba. ¿Gustarme? Joder, como para no gustarme con lo bien que se movía. Que no podía comparar con otros, pero oye, que este lo daba todo.

Se corrió dentro de mí, continuó besándome hasta que la sacó y a mí me temblaba todo el cuerpo.

—¿Estás bien? —preguntó acariciándome la mejilla.

—Claro —dije levantándome y cuando quise andar me di cuenta de que me dolía toda la zona íntima y que me costó incluso andar hasta el cuarto de baño.

Su cara pasó a no un poco de preocupación, sino a mucha.

—¿De verdad que estás bien?

—Sí —reí—, pero siento por ahí algo raro.

—¿Raro?

—Sí como escozor o algo, pero se me pasará.

Oriné y al secarme me di cuenta de que estaba manchando un poco de sangre, se lo dije y comenzó a buscar en *Internet* qué hacer en ese caso, yo reía diciendo que no era nada, que no me iba a desangrar, pero el pobre tenía una preocupación impresionante.

Me fui limpiando hasta que me di cuenta de que ya paré de sangrar, el pobre aún seguía liado mirando el móvil y le dije que parara, que nos pusiéramos los bañadores y a disfrutar del día.

Ya se fue tranquilizando, me hizo gracia ya que jamás lo había hecho con una chica virgen, encima la diferencia de edad, en cierto modo me veía como una cría y le daba miedo lastimarme. ¡Era tan mono!

Mientras Dani entró a ducharse yo aproveché para llamar a Carla. Que la iba a despertar, seguro, pero tenía que hablar con ella.

—¿Diga? —preguntó, con voz de dormida.

—Hola, buenos días.

—¿Qué hora es? —Escuché ruido y supe que estaba buscando el reloj en su mesita de noche— Pero, ¿se puede saber qué demonios pasa para que me llames a esta hora? Más te vale que sea importante, porque si no, te juro que...

—Acabo de perder la virginidad.

—¿Cómo?! ¡No me jodas! Te estás quedando conmigo, ¿verdad?

—No, no me estoy quedando contigo. Me acaba de desvirgar Daniel.

—¡Perra con suerte! —gritó y empecé a reír— Chica, ese hombre está tremendo. ¿Le has preguntado si tiene un hermano o un primo para tu mejor amiga?

—Pues no hemos hablado de nuestras familias, la verdad.

—Claro, que idiota yo, pudiendo follar quién habla —reí porque me imaginaba a mi amiga poniendo los ojos en blanco mientras lo decía.

Y es que ella era así, muy educada y demás, pero de un bruto cuando estábamos las dos solas, que nunca sabía por dónde me podría salir.

—Y dime, ¿te ha dolido mucho? Todavía recuerdo yo al torpe de Genaro, pero claro, con ese nombre y a los diecisiete años, ya me dirás tú. ¿Ha tenido cuidado? ¿Se ha puesto gomita? Mira que te quiero y deseando estoy que me digas que voy a ser tía, pero no hay prisa, ¿eh?

Solté una carcajada y me tapé rápidamente la boca con la mano porque no quería que Dani me escuchara. Es que Carla era tremenda, de verdad que sí.

—Ha dolido un poco. Sí, ha sido muy cuidadoso, si hasta se ha puesto a sudar antes de entrar del todo, me ha parecido de lo más mono. Es un hombre hecho y derecho y... tenía miedo de hacerme daño. Y sí, se ha puesto gomita así que nada de sobrinos todavía.

—Bien, bien, ese hombre vale la pena. Tiene cara de hombre decente, no parece que seas un polvo y ya.

—Eso creo, dice que cuando nos permitan regresar a España, no va a cambiar nada.

—Espera, eso te lo ha dicho antes o después de meterte la anaconda.

—¡Carla! Mira que eres bruta, hija mía. Parece mentira que tus padres pagaran esos colegios tan caros —la regañé riendo.

—¡Eh! Que los colegios caros no están reñidos con las palabras mal sonantes. Si tú supieras lo que se aprendía en esos colegios. Va, pero dime, ¿cuándo ha dicho tal afirmación?

—¿Acaso importa?

—Pues mira, sí, un poquito. Porque si lo ha dicho antes, puede ser que lo hiciera para llevarte a la cama. Y si lo ha dicho después... puede que sea verdad o solo quiera repetir.

—Lo ha dicho antes, pero Dani no es como Genaro.

—No, desde luego, al menos tiene veinte años más de madurez de la que tenía ese pobre chiquillo.

Escuché que Dani cerraba el grifo de la ducha y me despedí de Carla, prometiéndole que la tendría al tanto de todo. Anda que no era cotilla mi amiga, luego decía de nuestra Manoli, pobre mujer.

Cuando él salió del baño entré yo para darme una ducha rápida y asearme esa zona, a ver si conseguía calmar un poquitín del dolor.

Salí y Dani aún estaba sin vestir, sonreír y negué al ver que se levantaba de la cama y acabamos vistiéndonos entre besos, abrazos y en sus ojos podía ver que era feliz conmigo, pero era tal su modo de protección, que no se relajaba como debía.

Antes de dejar la habitación se paró frente a mí, me cogió el rostro con ambas manos y me dio el beso más dulce y con más sentimiento que me hubieran dado nunca.

Porque sí, era virgen, pero me habían besado más de una vez en mi vida y ninguna fue como esta.

Capítulo 9

Salimos del edificio y no me podía creer tener una visual para todos los lados, era como una libertad perfecta, encima en una isla, con él, con esos amigos que había conocido y es que en esos momentos me sentía dichosa.

Llegamos hasta los chicos que ya estaban sentados en la terraza, en la que había cuatro mesas ocupadas por parejas, pero todas alejadas unos de otros. Me senté sonriendo y feliz, aquel primer café al aire libre después del confinamiento en la habitación me supo a gloria.

—Pues en cuanto podamos volvemos a España —dijo Dalia, cosa que me sorprendió porque no sabía que habían estado allí.

—¿Volvéis? ¿Es que habéis estado antes? —pregunté.

—¡Claro *mija!* Hemos ido muchas veces. Estuvimos por Madrid, Barcelona, Cádiz, Marbella y algún lugar más. Todo precioso, pero con poco tiempo para el turismo. Es lo que tiene el trabajo de representante de artistas, que vas de un lado a otro, un estreno, una nueva exposición, y nada de disfrutar.

—No sabía que os dedicarais a eso —dijo Dani, mirando a Alberto.

—Sí, hemos llevado a nuevos pintores al éxito. Muchachos y muchachas que empezaban en el mundo y necesitaban un empujoncito —contestó Alberto.

—Pero mis preferidas son las niñas que hoy cumplen el sueño de ser actriz. Idaina Cabello, Aliet Acosta y Yadira Duarte. ¿Las conoces? —me preguntó Dalia.

—¡Claro! Son las tres protagonistas de la telenovela que arrasa en todo el mundo. Son guapísimas y se las ve simpáticas.

—Son un encanto, las tengo como a hijas prácticamente.

—Pues debes ser una buena madre —reí al imaginarme a Dalia con sus hijos.

—Lo habría sido, sin duda —contestó Alberto cogiéndole la mano.

—¿He dicho algo que no debía? —miré a Dalia y vi que le brillaban los ojos, como si estuviera a punto de llorar.

—Nada, *mija*, nada. No tuvimos hijos.

—Lo siento, no pretendía...

—*Mi amol* —Alberto, que estaba a mi lado, me cogió la mano con una sonrisa en los labios—, no has dicho nada malo, puesto que no podías saberlo. No tuvimos hijos de sangre, pero a cada muchacho y muchacha que hemos ayudado, los queremos como si lo fueran.

Después de esas confesiones, desayunamos relajadamente entre risas. Era increíble la manera que tenía Dalia de llevar la vida con esa alegría y la sonrisa por bandera a pesar de que, sin que me contara ciertas cosas, seguro que fácil no lo había tenido.

Aunque procurábamos pasarlo bien y no dejarnos vencer por el miedo, también sabíamos y siempre estaba presente que el resto del mundo lo estaba pasando realmente mal y eso me preocupaba. En España todos estaban confinados y con unas medidas sin precedentes.

Dalia era lo más gracioso del mundo y es que ese carácter cubano era muy parecido al andaluz. Soltaba cada cosa que no podíamos dejar de reír, a los dos camareros los acabaría volviendo locos.

—Qué bien se está, respirando el aire de la libertad —decía ella con los ojos cerrados, recostada en el respaldo de la silla y mirando hacia el cielo.

—*Mamita*, que desde la terraza también se respira —le contestó Alberto.

—Sí, sí, pero esto es mejor, que aquí se pueden estirar las piernas.

—Desde luego, en eso te doy la razón. Un día más sin poder salir de esa habitación y habría acabado con ansiedad —dije encogiéndome de hombros.

Tras el desayuno nos fuimos a la playa directamente a darnos un baño en ese mar caribeño que teníamos a nuestros pies, aquello parecía una isla desierta, no se veía apenas gente y de nuestro hotel habían sacado hoy a los huéspedes de tres habitaciones que eran de República Dominicana, y al no ser positivos lo trasladaron de vuelta para sus casas.

En definitiva, que quedábamos unas doce personas alojadas en el hotel, así que todo aquello era casi para nosotros.

—A ese hombre le gustas mucho —dijo Dalia cuando estábamos en el agua las dos a solas mientras Dani y Alberto nos esperaban en la orilla charlando.

—Si te cuento...

—¿Pasó algo? —preguntó arqueando la ceja.

—Esta mañana lo hicimos... —sonreí avergonzada.

—¡Ay, *mija!* Yo pensé que eso lo hicisteis en el momento en que él se cambió de habitación.

—No —reí—. El caso es que yo era virgen —apreté los dientes.

—¿Cómo que tú eras virgen con veinticuatro años? —me preguntó incrédula.

—Sí —reí y le conté un poco por encima mi vida y me abrazó.

—Pues, ¿sabes? Me alegro de que haya sido con Dani, lo veo un buen hombre y, además, deja ya de aguardarte que el sexo es lo mejor que la vida nos puede brindar —volvió a abrazarme.

—Jamás pensé que perdería así la virginidad con un hombre, tan rápidamente y encima mucho mayor que yo.

—Pues mejor, así tiene más cabeza y seguro que fue muy cuidadoso.

—Sí, se preocupó cuando supo que manché un poco.

—Pero eso es normal. ¿Mucha cantidad? —Como buena mujer que había pasado por lo mismo, quiso saber y me sentí bien, dado que al menos en cuestión de dudas podría acudir a ella.

—No, solo manché.

—Perfecto entonces. Imagino que usaríais preservativo, ¿no? —me preguntó preocupada.

—Claro, él tenía uno en su cartera.

—Yo tengo cajas —soltó una risa mientras hacía un gesto con la mano como quitando importancia a lo que acababa de decir—, luego te paso una.

—No, no hace falta. Aquí en el hotel venden en la tienda, y dice que luego comprará.

—No, no, te lo doy yo. *Mija*, respeta las decisiones de tus mayores, ¿sí?

—Vale, vale —levanté las manos en señal de rendición mientras reía antes de abrazarla, y es que Dalia era muy importante para mí en esos momentos, al ser también mayor pues me sentía muy arropada por ella.

—Debes tener en cuenta que las primeras veces te dolerá un poco, pero irá pasando.

—Ya, pero me encanta, es muy sutil, atento, tiene un don especial.

—Lo imagino, se le ve, ya te digo que soy muy bruja y ese hombre es un buenazo, su ex no sabe lo que se perdió. Los trenes que pasan por nuestra vida hay que cogerlos, si los perdemos... no vuelven a pasar. Y, a veces, si lo hace otro, quizás no es el mismo. Esa mujer es bien loca —dijo poniendo los ojos en blanco.

—Eso pienso yo —reí—, pero mejor, así lo disfruto yo ahora.

—Claro que sí, así se habla. ¿Al pajarito no quisiste? Pues ya le doy mi alpiste.

No pude evitar reír a carcajadas al ver a esa mujer poniendo las manos en las caderas y moviéndolas en círculos. De verdad, era la bomba, no se podía tener más gracia.

Salimos afuera con los chicos y nos fuimos a la piscina a tomar un coctel de esos granizados que tan buena pinta tenían, escuchando música mientras charlábamos con el camarero, que se reía con las cosas que le soltábamos.

La verdad es que poder disfrutar, aunque fuera solo un poco de todo aquello que nos ofrecía este pequeño paraíso caribeño, era increíble.

El buen tiempo, la leve brisa que hacía mecerse las hojas de las palmeras y el sonido que las acompañaba. El mar a lo lejos con sus aguas cristalinas, era la estampa perfecta de un día de relax.

Y empezó a sonar una bachata que había escuchado cientos de veces, esa que me hacía mover las caderas incluso cuando estaba tumbada en la cama, vamos que yo era andaluza, pero llevaba el baile en la sangre como si hubiera nacido en la mismísima Cuba.

Dalia que me vio, no dudo en cogerme la mano y llevarme con ella para que bailáramos juntas, hasta que se animaron los chicos a acompañarnos, y Daniel se pegó a mi espalda susurrando justo cuando *Romeo Santos* cantaba.

—Mi sacramento fue en tu cama, bautizándome en tus aguas.

Giré el rostro para mirarlo y después de guiñarme un ojo, me besó en los labios.

Dani estaba de lo más atento conmigo, Dalia me hacía gestos con los ojos y yo tenía que aguantar la risa, la entendía a la perfección y sabía que ella disfrutaba con nuestra historia, esa que a mí me estaba haciendo sentir un montón de intensas sensaciones.

Estuvimos bailando y bebiendo en la piscina hasta la hora de la comida que decidimos ir al restaurante y nos dimos un atracón impresionante ya que era *buffet* libre, así que comimos como si el mundo se fuera a acabar.

Después nos fuimos a las hamacas a tumbarnos al sol un rato y disfrutar de esa tranquilidad que nos rodeaba. Nada de ir a encerrarnos a la habitación, ni en pintura la queríamos ver, con eso nos reímos un montón.

—La habitación para dormir, salsear y ducharnos —soltó Dalia, y se quedó tan ancha.

—Si con salsear te refieres a...

—Sí, *mija*, a lo que *ya tú sabe, mi amol*.

Esa mujer era simplemente tremenda, y con ese levantamiento de cejas acompañado de una pícaro sonrisa mientras me decía aquello, consiguió que los tres riéramos a carcajadas.

Dani estaba en todo momento pendiente de mí, luego después de ese descanso y mientras Alberto y Dalia seguían durmiendo, nosotros nos fuimos a dar un baño al mar.

Me llevaba de la mano, me besaba, abrazaba y en el agua jugueteamos un buen rato entre esos arrumacos que me hacían sentir como una niña pequeña el día más feliz de su vida, y es que Dani se estaba convirtiendo en todo para mí.

—Me encanta verte reír, pequeñaja —me dijo Dani, abrazándome estando aún juntos en el agua.

—Bueno, ahora que nos permiten salir un poquito, es motivo para ello. Aunque estando en la habitación también podía hacerlo porque os tenía a vosotros.

—A mí me vas a tener hasta que tú quieras —se inclinó y me dio un piquito en los labios.

—Me dejarás tú antes, ya lo verás.

—¿Por qué estás tan convencida?

—Porque lo estoy, eso es todo —respondí encogiéndome de hombros y después lo abracé con

fuerza—. Pero de momento quiero vivir esto, lo que sea que haya, hasta que llegue el día en que acabe.

No dijo nada, pero noté que me abrazaba aún más fuerte y dejaba un beso en mi cabeza.

Si pudiera quedarme en un sitio el resto de mi vida, sin duda alguna sería ahí, en ese lugar del mundo rodeada de tanta belleza y con Dani como única compañía.

Ese día lo pasamos entero por el hotel, ni subimos a cambiarnos para cenar, total para cuatro gatos que había en todo el recinto tampoco era necesario vestirnos de gala, así que fuimos al restaurante de la misma guisa que llevábamos todo el día.

Y allí nos quedamos tomando copas hasta las tantas, vamos el chico estuvo ahí en la barra hasta que nos fuimos y entonces cerró.

Dalia le hizo conectar su móvil a la música para que sonara el repertorio que tenía bajado, todo música latina, que esa era la que ponían en el hotel, pero ella decía que quería sus canciones y como solo estábamos nosotros, nos complacían en todo. Bueno, era eso o que simplemente lo hacían para que nuestra cubana favorita se callara la boca, cosa que eso con ella era difícil, pero vamos, que el camarero se tiró todo el tiempo charlando y riendo con nosotros.

Llegamos a la habitación y yo iba de lo más graciosa, me había pasado un poquitín con las copas, eso lo que suele pasar cuando una no está acostumbrada a estar de fiesta todo el día. Dani el pobre iba pendiente de mí todo el tiempo.

Nos quitamos la ropa y nos acostamos como Dios nos trajo al mundo, eso sí, abrazados y sin que pasara nada más allá de besos, mimos y abrazos, él estaba muerto de risa conmigo y creo que con esas copas de más ni se atrevía a tocarme, de todas formas, no sé en qué momento, nos quedamos dormidos rápidamente, al menos yo que estaba agotada del día tan intenso que habíamos tenido en las instalaciones del hotel.

Capítulo 10

Lo vi mirándome con esa sonrisa mientras volvía a la vida, me estiré sonriendo con sus manos que me abrazaban y esos besos que comenzaba a dejarme por el cuello.

Lo abracé y comencé a besarlo, me ponía ese hombre como una moto y ahora me había acabado de arrancar.

Se colocó encima de mí, entre mis piernas, noté su miembro y solté el aire, ya estaba encendida y por la sonrisa que tenía sabía que, a él le gustaba verme así.

Se incorporó y se sentó apoyado sobre el cabecero, sonrió al tiempo que con el índice hacía el gesto de que me acercara. Lo hice y me pidió que me sentarme sobre él, de espaldas. No dudé en hacerlo.

Me senté con las piernas flexionadas y sus manos comenzaron a acariciarme el pecho, cerré los ojos y dejé caer la cabeza hacia su hombro.

Llevó la mano que tenía libre hacia mi sexo y puso dos de sus dedos en el clítoris, empezó a acariciarlo lentamente, comenzó a fallarme la respiración y sentí que me faltaba el aire, me puso a mil por hora en dos segundos. No tardó en bajar la otra mano y meter los dedos lentamente hacia lo más hondo de mi ser, solté el aire de la excitación.

Sus dos manos fueron jugando de forma sincronizada, yo me estaba empezando a volver loca, soltaba gemidos de explosión, y aunque al fondo notaba un poco de incomodidad, el placer era más fuerte.

Movía las caderas a su ritmo, me estaba excitando cada vez más, luego me echó hacia un lado y se puso entre mis piernas a continuar la faena con su lengua, esa que me hizo gritar de placer y por la que no tardé mucho en llegar al orgasmo. Ese hombre conseguía que aquello fuera una total explosión de sensaciones.

Se recostó a mi lado mirándome, acariciándome el vientre mientras esperaba un poco a que me repusiera, luego se puso un preservativo de la caja que me dio la noche anterior Dalia, y se colocó entre mis piernas con ambas manos en mi cabeza, mirándome fijamente.

Esos ojos marrones de mirada profunda, que cuando estaban puestos en mí conseguían que me sonrojara de pies a cabeza. Me ponía nerviosa, aunque me mirara con ese brillo que reflejaba tranquilidad.

Mi madre siempre dijo que la mirada es el reflejo del alma y la de Dani era tan transparente, que sabía que nunca jugaría conmigo como hizo mi padre en su día con la mujer a la que debía amar.

Y así, con sus ojos conectados con los míos, comenzó a penetrarme y tuve que agarrarme con fuerza a su espalda, arqueando la mía al mismo tiempo que le notaba dentro de mí. Me preguntó en dos ocasiones entre su falta de aire si estaba bien y yo sonreí afirmando con la cabeza y con esa respiración entrecortada, provocada por todo cuanto me hacía.

Y es que con Daniel podría decir que llegaría a rozar el cielo con las manos. Se le notaba la experiencia.

Cuando terminó nos fuimos a la ducha donde seguimos con abrazos y caricias, aquel hombre sabía cómo tratar a una mujer y a mí me hacía sentir completamente a sus pies, derretida por cada músculo de su cuerpo.

Tras acabar y secarnos, cogió mi crema hidratante, se sentó encima de la tapa del váter y me

pidió que me pusiera de espaldas a él, comenzó a masajearme con ella por todo el cuerpo y a extenderla con mucho mimo, me encantaba sentir el tacto de sus manos mientras se deslizaban lentamente, incluso cuando la extendía entre mis glúteos y la parte exterior de mi ano, eso me encendía, era una sensación de lo más extraña y placentera.

Me giré y le vi sonriente, una de esas sonrisas que solemos poner cuando disfrutamos de lo que hacemos. Yo debía tener la misma porque si él disfrutaba tocándome, no digamos yo al sentirlo. Se volvió a echar crema en las manos para masajearme por delante, comenzando por los hombros, recreándose en mis pechos con esa mirada que hacía que todo me comenzara a arder.

Era sensualidad lo que me provocaba, esa que toda mujer desprende cuando se siente la más bonita y hermosa delante del hombre que la acompaña. Y con ella, cada sensación que causaba el tacto de sus manos en mi piel.

Me echó un poco hacia delante para que quedara por encima de sus piernas y acarició la que hasta hacía bien poco era mi zona más íntima y personal, esa que no había compartido aún con nadie pero que él había sabido tratar con la paciencia y el cariño necesarios dadas las circunstancias. Metió los dedos y jadeé, luego siguió por la parte interior del muslo y las piernas, aquello era de lo más erótico y sensual, estaba de nuevo excitada, al punto de que me costaba contener los jadeos que escapaban de mis labios, y él se había dado cuenta.

Me llevó hasta él, sentándome sobre su miembro y me agarró por las nalgas, estaba de lo más excitada y comencé a moverme para notarlo rozándose con mi clítoris, empecé a volverme loca con esa fricción mientras él mordisqueaba levemente mis pechos y me miraba sonriente ayudándome con esos movimientos que me estaban elevando a lo más alto. La excitación se iba acrecentando y yo, no paraba de moverme cada vez más rápido hasta que volví a tener un intenso orgasmo tan solo con ese contacto, con el leve roce de nuestros sexos y algunas caricias por su parte. Me dejé caer en él, que me abrazaba de una forma de lo más bonita mientras besaba mi hombro, acariciándome despacio la espalda, subiendo y bajando por ella con la yema de sus dedos.

Me levantó y me apoyó en el lavamanos, mirando al espejo, me abrió un poco las piernas y me dijo que no me moviera, sabía que iba a por un preservativo con el que volvió ya colocado.

Me levantó las caderas, se agarró a ellas y me fue penetrando lentamente, mientras yo lo miraba por el espejo al igual que él a mí, con los ojos puestos en los del otro, contemplando nuestros rostros, esos que reflejaban la excitación que llevábamos y no podíamos contener por mucho que lo intentáramos.

Daniel me cubrió los pechos y comenzó a apretarlos un poco más fuerte de lo normal, me encantaba, era capaz de mezclar la delicadeza necesaria para con una mujer que acababa de perder su virginidad, con la pasión y fiereza que estaba segura que poseía, esa que conmigo tanto controlaba para no dañarme.

Terminó en un orgasmo mientras mordisqueaba mi hombro y yo supe que ese hombre es el que quería tener entre mis piernas para toda la vida.

Se volvió a meter en la ducha para lavarse un poco mientras yo sonreía encendiéndome un cigarrillo, no fumaba en la habitación, pero ahí con el extractor y ese momento que habíamos vivido, me apetecía.

Sabía que ese era el principio de muchos momentos intensos con él, y ahora mismo estaba flotando, no había nada que no me gustara de ese hombre que me causaba un montón de sensaciones desde que se había venido a mi habitación, aunque debo reconocer que ya me había causado muchos cosquilleos antes.

Recibió una llamada de teléfono y me dijo que era uno de sus compañeros, así que me puse el albornoz rápidamente, cogí mi móvil y fui hacia la terraza y aprovechar para llamar a Carla.

Necesitaba hablar con ella y vale que no era una hora muy decente, pero quería compartir con alguien la felicidad que sentía en ese instante.

—Si vas a coger por costumbre llamarme a estas horas... —fue su saludo nada más descolgar.

—Buenos días, ¿eh?

—Buenos días. ¿Qué tal?

—Pues bien, en una nube de felicidad.

—Uy, ¡tú has hecho arroz! —dijo recordando así al anuncio de televisión en el que una vecina encuentra a otra más sonriente de lo normal. Y eso que verme no me estaba viendo la cara de atontada que seguro que tenía.

—Sí, sí, y del bueno —respondí riendo.

—¡Qué puñetera eres! Vamos, que el bombero sabe usar bien la manguera, ¿eh, pillina? — preguntó con ese tono de risilla que solía poner ella— Necesitamos saber, y con urgencia, si tiene hermanos o primos solteros que busquen una futura esposa. También me sirven amigos, seguro que conoce a un montón de buenas personas. Yo quiero un hombre como él en mi vida.

—No le puedo preguntar de buenas a primeras si tiene un familiar o amigo disponible para ti.

—Claro, para qué conocer un poquito de vuestra vida, no sé, aficiones, gustos musicales, si tenéis familia o no... Cuando en lo que podéis emplear el tiempo es en copular como conejos.

—Tampoco exageres, que solo han sido dos veces.

—Pues ya son dos más que yo en los tres últimos años. Que tú eras virgen y a mí al final se me reconstruye otra vez, ya verás —reí porque me la imaginaba poniendo los ojos en blanco, y es que mi amiga era así, una niña muy educada y de buenas formas, pero cuando se ponía en plan brutita era la mejor.

Y ahora que lo pensaba, Dalia me recordaba mucho a mi amiga Carla, ese salero y desparpajo para soltar las cosas y hacerte reír sin parar.

—Bueno, que le preguntes que yo también quiero probar a hacer ese arroz tan rico que has hecho tú.

—Carla, que con esto del confinamiento no puedes salir a ver a nadie —le recordé.

—Bueno, pues nos vamos conociendo por videollamada y listo. Además, si hay buen *feeling*, existe el llamado ciber...

—¡Vale! Ya sé yo lo que hacías tú con el novio ese que te echaste de América, y me imagino lo que harías ahora mientras estás confinada en tu casa. No quiero detalles.

—Hija, de verdad, todavía pareces virgen. Que ya has dejado que el bombero juegue con su manguera en tu boca de incendios, por el amor de Dios.

Solté una carcajada y cuando vi a Daniel acercarse a la terraza me despedí de Carla, le dije que hablaríamos en otro momento y me imploró que, a poder ser, no fuera a la hora en la que ni siquiera estaban puestas las calles. Volví a reír, así era ella y no iba a cambiarla después de veinticuatro años.

—¿Todo bien? —le pregunté cuando salió y me dio un beso en los labios.

—Sí, genial. Venga, vamos a prepararnos para salir.

Nos vestimos para ir a dar el encuentro a los chicos y disfrutar de otro día por delante y es que ahora era todo más emocionante y divertido, a pesar de la situación que se estaba viviendo tan trágica, nosotros éramos unos privilegiados por poder estar desconectados del mundo, en aquel paraíso dominicano que era toda una belleza natural. Ahora sentía que no me había podido tocar

mejor lugar que este para vivir lo sucedido, de esta manera es en la que he podido conocer a un hombre que está poniendo mi vida patas arriba y haciéndome sentir cosas totalmente desconocidas para mí hasta ese momento, y es que, en estas circunstancias, tenía que estar incluso agradecida.

Capítulo 11

DANIEL

Todo me estaba saliendo como el culo, al final terminaría majara en ese viaje en el que iba a una misión y todo se estaba liando de forma sorprendente.

Primero: no contaba con que iba a pasar lo del estado de emergencia en España. Segundo: Davinia, ¡no entraba en mis planes! Y, tercero: ¿cómo le decía yo a lo que realmente me dedicaba y lo que me había llevado hasta allí? Y ella creyendo la historia que le conté el primer día que hablamos, que estaba allí por la luna de miel que había reservado con una ex, una que ni siquiera existía. ¡Joder, joder, joder! ¿Se podía liar más todo aquello? Era para flipar, yo esto se lo contaba a los compañeros y se pasaban una semana riéndose a mi costa. ¡Qué digo una semana! Un mes entero, como si no los conociera.

Que me pasara todo eso a mí, un tío centrado en el trabajo, con muchas misiones acabadas con éxito absoluto, reconocimiento del jefe y de alguna que otra personalidad importante, estas últimas en el más absoluto secreto, es que era de película.

¿Qué coño había hecho yo en otra vida para encontrarme ahora en esta situación? Jodido, pero contento, que se decía.

Porque me estaba jodiendo, a niveles insospechados para mí hasta el momento, el tener a esos dos delante de mis putas narices y no poder hacer nada.

Y desde luego que no podía estar más contento por tener a una mujer como Davinia a mi lado. No me cabía duda que sería la que todo hombre querría en su vida, pero me iba a asegurar de que no se fuera de la mía jamás.

Le eché el brazo por el hombro y le besé la mejilla mientras íbamos al encuentro de Dalia y Alberto, mis peores enemigos y Davinia sin saberlo, no me jodas. Lo peor de todo es que yo me había enamorado de esa chica, pese a su corta edad, me había hecho mover unos sentimientos muy fuertes. Para colmo, me recordó desde el minuto uno a mi última novia, Selena, fallecida cuando tenía veintitrés años en un accidente de tráfico por una persecución que jamás debió ocurrir y en la que yo iba al volante, desde entonces, y ya habían pasado algunos años, nunca estuve con una mujer más que alguna noche.

Sentía que todo me iba del revés, que la cosa se iba a poner muy fea cuando ella, inevitablemente, se acabara enterando de mi objetivo y a estas alturas yo quería a esa mujer a toda costa y por encima de todo, no la podía dejar escapar, era lo único capaz de hacerme sacar una sonrisa en este momento tan crítico.

Notaba un pinchazo en el corazón, tenía ganas de llorar, me sentía culpable por la mentira que había creado alrededor de Davinia, pero estaba condenado a seguir fingiendo ser o estar donde no me pertenecía y lo que me había llevado precipitadamente a embarcarme en ese viaje.

Joder, si empezaba a sentirme culpable hasta por respirar, por tocar ese cuerpo que me volvía loco y que estaba deseando manejar sin miedo para disfrutar de todo eso que ella me hacía sentir.

—Hola, parejita —nos saludó Dalia y ahí empezaba el *show*, el mío, por supuesto.

—Buenos días. ¿Qué tal sienta la libertad? —le preguntó Davinia, mientras se abrazaban.

Yo quería apartarla de esa mujer, quería evitar a toda costa que metiera sus mierdas en la cabeza de mi chica. Joder, mi chica, si es que hasta me sonaba bien.

Ya me veía de vuelta en España, con ella de la mano, presentándosela a mis compañeros

“Colegas, ella es Davinia, mi chica”.

Incluso a mi padre, ese policía de la vieja escuela, ya retirado, y es que ya lo decía el refrán, “de casta la viene al galgo”. Él no hacía más que decirme que encontrara una mujer para que no me pasara como a él y acabara solo en la vida.

Mi madre, cómo la echaba de menos, y cuánto le gustaría Davinia, pero las circunstancias quisieron que la perdiéramos hace ya algunos años, muchos, siendo sincero, demasiados. Tantos, que ni siquiera conoció a Selena.

El día fue transcurriendo como el resto, lo pasamos con los chicos, desayunando, en la playa, comiendo, descansando en las tumbonas y cenando. Yo procuraba hacer como siempre, que mis preocupaciones no se reflejaran en mi cara, ni mi odio por Alberto y Dalia, los culpables de todo, los que fingían ser felices y tener una vida idílica, iba a por sus cabezas y no pensaba parar hasta conseguirlas.

Regresamos a la habitación y fuimos directos a la ducha. Me encantaba ver su sonrisa, la forma tan descarada e inocente que tenía desnudándose para mí y, a pesar de saber que conmigo estaba experimentando emociones nuevas, me daba la sensación de fragilidad que me impedía ser totalmente yo, ese que en el sexo, desde que pasó lo de mi ex, me había convertido en lo más sediento, en llegar a momentos de esos que se mezcla el juego con el placer, yendo más allá de lo que se entiende por normalidad.

Con ella me iba a ser imposible, sentía demasiada protección, respeto y me conformaba con llevarla a lo común, no quería asustarla enseñándole un más allá que realmente pensaba que con Davinia no pertenecía, a pesar de sus locuras era demasiado inocente y eso es lo que me había hecho sentir eso tan fuerte que ahora sentía por ella y en tan poco tiempo.

Me encantaba enjabonarla, cómo se dejaba llevar por mis manos llenas de gel acariciando cada parte de su piel. Me hacía sonreír cada vez que abría sus piernas cuando iba a esa zona, sin dudarle, dejándome lavarla libremente mientras me miraba con esa preciosa sonrisa que me tenía embobado. Se quedaba inmóvil mientras mis dedos iban adentrándose en ella, mientras le frotaba los pechos pellizcándolos con cuidado, inclusive cuando la tocaba por la parte trasera, esa que sabía sería zona prohibida durante algún tiempo, para ponerle gel. No se quejaba de nada, confiaba en mí y eso me gustaba.

Salimos de la ducha y la envolví conmigo en la toalla mientras seguíamos besándonos, esa parte tan juvenil de ella elevaba mis demonios y sacaban todo eso de mí que me hacían entrar en una espiral de pasión increíble.

La dejé caer en la cama y abrí la toalla, solté el aire al verla así expuesta para mí, con sus rodillas flexionadas, ofreciéndome la libertad de hacer con ella lo que quisiera, mi miembro no tardó en endurecerse.

Sonreía y eso me volvía más loco, y es que me encantaba verla feliz entregándose a mí. Me gustaba que confiara sin miedo.

Cogí la crema hidratante que a ella le gustaba ponerse después de la ducha y se la eché sobre el pecho, el vientre, ese pubis perfectamente depilado. No, no tenía ni un solo pelo, y a mí aquello me enloquecía y excitaba, esa suavidad que su zona desprendía.

Se la extendí, poco a poco, por todo el cuerpo, recreándome en sus senos, en su zona íntima, esa que fui tocando mientras se retorció de placer. Llevé un dedo a la entrada de su ano, no la pensaba penetrar con él, pero sí ocasionarle más placer, sabía que aquello la encendería mucho más y aunque me advirtió que, ni de broma, entre risas y nervios, se dejó llevar confiando en mí. Aquello la hizo volver loca, se agarró a las sábanas y fue llegando al tan ansiado orgasmo.

Me senté sobre mis piernas en medio de ella, las suya las puse a un lado cada una y la penetré agarrándola por las caderas.

Lo hice mientras ella me miraba con ese rostro colmado de placer, sin perder esa sonrisa y con esa falta de aliento que se le notaba cada vez más. Ella disfrutaba conmigo y eso me hacía sentir bien, me gustaba comprobar que se dejaba llevar ante todo lo que le iba aportando. Y yo la hubiera devorado de mil maneras, pero su inocencia me hacía contener esa pasión desmesurada que iba formándose con cada una de esas situaciones tan apasionadas que vivía a su lado.

—Buenas noches, pequeñaja —le susurré al oído, cuando volví del cuarto de baño.

Estaba preciosa así dormida, pero aún más lo estaba con el rostro sonrosado después de que la hubiera hecho mía, con los labios rojos e hinchados por los besos que le había dado.

Era preciosa, y mía, quería que siempre fuera mía.

Dormimos desnudos y abrazados tras ese momento que sumaba más a lo nuestro, al menos así lo sentía yo, me gustaba descubrir que tras esa inocencia había un corazón que latía por todo lo que yo le entregaba.

Capítulo 12

DANIEL

Me levanté sigilosamente para no despertarla, me vestí y fui a recepción. Quería darle una sorpresa a Davinia y tenía que conseguir algo...

Hablé con la chica que estaba en ese momento, muy amable, por cierto, y tras ella transmitir al director mi petición, la respuesta fue sí, así que les informé de todo lo que quería y me dijeron que en una hora lo tendría, dejarían la llave sobre esa puerta que nos acogería durante veinticuatro horas.

Luego fui a la habitación de Alberto y Dalia para ponerlos al tanto, ya que ese día no lo pasaríamos con ellos, se emocionaron y todo al saber lo que había planeado. Yo sonreía fingiendo, no me quedaba otra. Cómo me gustaría en esos momentos poder hacer con ellos lo que tanto deseaba, pero todo tenía su tiempo y a ellos se les estaba agotando.

Entré a la habitación y ella seguía durmiendo, así que preparé una mochila con cosas mientras tomaba un café que me había preparado.

Davinia no tardó en volver a la vida, estirándose como un gatito, pidiéndome un café y yo, ¿qué hice? Preparárselo, por supuesto. Tenía clara una cosa, a ella sería capaz de ponerle en mundo en sus manos si me lo pidiera y de mí dependiera, pero empezar con un café, tampoco estaba mal.

Se levantó desnuda y vino a besarme, la abracé y quiso saber qué hacía ya vestido, le dije que hoy había sorpresa, que preparara en una mochila cosas para veinticuatro horas, me miró sorprendida porque sabía que del hotel no podíamos salir, no le contesté a nada, quería que todo le pillara por sorpresa.

—Una pista, al menos, jolín —me dijo frunciendo el ceño.

—No, no hay pistas. Si te dijera algo, ya no sería sorpresa.

—Pero...

—Sin peros, haz caso a tus mayores por una vez, mujer, que te va a gustar la sorpresa.

Se me quedó mirando con una cara entre la duda, el enfado y la risa por lo que le había dicho.

Claro, es que me acababa de llamar a mí mismo mayor en comparación con ella. ¡Coño, es que lo era!, pero no me veía para nada un tío tan viejo como para que no pudiera estar con una chica como ella.

—Te voy a hacer caso, no porque seas mayor, que sí, lo eres, y yo a tu lado soy un *Petit Suisse*. Sino porque veo que como siga insistiendo, no me vas a llevar a donde sea que has pensado —respondió encogiéndose de hombros.

—Chica lista, así me gusta.

La cargué en brazos, haciendo que me rodeara la cintura con ambas piernas y la besé como había querido desde que me desperté esa mañana.

Tuve que parar o acabaría haciéndole todo lo que deseaba ahí mismo, pero no, ahora tocaba tomarnos el café y salir para nuestra cita de veinticuatro horas.

Nos lo tomamos después de que se vistiera, cogimos las cosas y salimos hacia el lugar que nos esperaba con todo listo, había hecho unas cuantas peticiones y me las habían aceptado.

Cuando descubrió que íbamos a una de las dos cabañas exclusivas de las que disponía el hotel, que había frente al mar y que estaba acotada solo para los huéspedes que la habitaran, se puso las manos en la boca.

—¡No me lo creo! —gritó mirándome con un brillo en los ojos que me hizo sonreír.

Joder, pero qué bonita era. Estaba feliz y yo no cabía en mí de gozo.

Ante nosotros, una villa con piscina y jacuzzi privado, hamacas colgando de unas palmeras y unas camas balinesas, todo para nosotros en un espacio cerrado, mirando hacia el mar.

Sobre la mesa del porche nos esperaba un desayuno impresionante y dentro, otro jacuzzi a los pies de la cama además de una ducha gigante simulando una selva. Aquello la hizo llorar de la emoción y me abrazó incrédula.

—Todo esto... —Se secó las lágrimas antes de seguir hablando— ¿Todo esto lo has preparado para mí?

—Claro, ¿para quién sino? ¿Acaso ves a alguien más con nosotros? —Arqueé la ceja.

—No, pero... no sé, es todo tan...

—Es justo lo que quería, lo que te mereces. Un día completo en este lugar, aislada del mundo, de las noticias, sin teléfono móvil —dije sonriendo puesto que me había encargado de sacarlo de su mochila y dejarlo en la habitación, el mío no, ese no podía dejarlo—, tan solo tú y yo, disfrutando el uno del otro y de cuanto pase entre estas cuatro paredes. Bueno, y ahí fuera también —le guiñé un ojo y ella se sonrojó.

Dios mío, era tan adorable. Jamás había estado con alguien con su inocencia, esa que demostraba que un simple guiño de ojo, la llevara a pensar que habría algún que otro juego pervertido a lo largo de esas horas.

Nos sentamos a desayunar y ella no dejaba de sonreír, se acercaba a mi mejilla y me besaba emocionada, como una niña pequeña el Día de Reyes. Miraba al mar y decía que podía olerlo como si lo tuviera impregnado en su nariz, me encanta su forma de expresarse.

Aquello era como estar en el paraíso, así me sentía, como en aquella vieja película donde en la isla tan solo estaban el chico y la chica, y entre ellos acababa surgiendo un amor de lo más bonito.

Tras el desayuno le pedí que se pusiera el bikini y la llevé al disfrutar de un buen baño en el mar.

Allí nos dejamos llevar como niños pequeños, jugando a salpicarnos agua, corriendo y huyendo el uno del otro, haciéndonos ahogadillas, y compartiendo algún que otro beso.

Sí, eso no tenía nada de inocentes juegos de niños y bien que lo sabía yo, que, entre beso y beso, caricia aquí y allá, tenía una erección de tres pares de narices.

—Parce que el bombero tiene la manguera bien dispuesta otra vez —me dijo, sonriendo y ruborizada.

—¿La manguera? —pregunté y solté una carcajada, no pude evitarlo—. ¿De dónde sacaste tú eso?

—Carla, que es una mala influencia para mí —contestó apoyando su frente en mi hombro.

—Me encantas, pequeñaja, te juro que me encantas —le confesé.

—¿Por qué? —me preguntó mirándome fijamente a los ojos.

—Porque eres capaz de ponerme de cero a cien, en cuestión de segundos y de hacerme reír con tu forma de expresarte. Eres natural y me encantas.

Me acerqué a ella y la besé como si ese fuera el oxígeno que necesitaba para sobrevivir. Quería controlarme, claro que sí, pero en cuanto la escuché gemir, no pude controlarme y aparté la braguita del bikini a un lado, liberé mi erección y la penetré.

Otro gemido y me volvió loco. La sostenía por las nalgas subiéndola y bajándola mientras movía mis caderas a su encuentro, embestida tras embestida.

Dejó de besarme, se me abrazó al cuello entrelazando las manos en mi pelo y empezó a gritar

con cada sacudida que recibía por mi parte.

Yo ya estaba al límite, me excitaba cada vez más y sabía que esa vez iba a ser rápida. Aumenté el ritmo, hice que se corriera entre chillidos y salí de ella. Joder, solo me habría faltado liberarme dentro de ella. Ni que fuera un crío.

—Pues va a ser que sí, tenía la manguera dispuesta —dije, provocándole una carcajada.

Con ella en brazos salí del agua y fui hasta las hamacas que había en las palmeras. Por suerte para mí, cabíamos los dos juntos, así que allí nos tumbamos, abrazados, compartiendo besos y caricias inocentes.

Serví la comida que había pedido en la terraza, y es que me gustaba verla quedarse contemplando el mar fijamente, siempre como si fuera la primera vez que lo hacía.

Compartimos risas, miradas cómplices, caricias y veía en sus ojos ese brillo que seguro tenían los míos. A ella le gustaba estar conmigo tanto como a mí con ella.

Nos dimos un baño en la piscina y en esa ocasión fue ella quien me buscó. Era increíble el modo en que me excitaba verla provocándome de ese modo tan inocente. Me sentía el hombre más afortunado del mundo por tenerla conmigo.

No quería que fuera otro encuentro rápido, ella merecía dedicación, que la colmara de besos, caricias y mimos, pero cuando me pidió que me sentara en la escalera y la vi colocarse entre mis piernas, llevándose mi erección entre los labios. Supe que estaba jodido y mucho.

Dejé que jugueteara conmigo hasta que no pude más, la cogí para tumbarla en el borde de la piscina y fui yo quien, como el león a su presa, me la comí.

La hice gritar de placer cuando alcanzó el orgasmo y yo, que otra vez estaba ahí sin preservativos, tuve que descargar en mi mano.

Igual que un adolescente. Había que joderse...

—Date una ducha mientras pido la cena, que después entro yo —le dije y ella asintió.

Pedí la cena a la recepción del hotel y fui al cuarto de baño con ella. En esa ocasión quiso enjabonarme a mí primero, y me dejé.

Sentía esas manos pasando por mi cuerpo y me costaba controlarme para no acabar enterrado en ella otra vez.

Costó, y mucho, pero lo conseguí.

Salimos y después de vestirnos fuimos a la terraza donde ya nos habían servido la cena.

Davinia estaba de lo más feliz y sonriente con todo lo que se encontraba, y eso que aún quedaba el plato fuerte del día. El broche de oro a una noche que estaba siendo perfecta.

—Gracias —me dijo de repente.

—¿Por qué?

—Por esto. Por el día de hoy. Ha sido perfecto.

—Pues aún queda una última cosa. Ahora vengo.

Davinia me miró sorprendida, le guiñé el ojo y entré de nuevo a prepararlo todo. Quería que estuviera perfecto.

Tardé el tiempo justo y necesario, no podía esperar a tenerla dentro y que lo viera todo.

Dejé listo el móvil con la canción que quería que sonara, salí por ella y al verme sonrió de esa forma, que cualquier día conseguiría tenerme de rodillas y a sus pies.

—Ven, pero cierra los ojos —le pedí.

—¿Que cierre los ojos?

—Sí, venga, ciérralos.

Me obedeció y me coloqué a su espalda, sosteniéndola con una mano en el vientre y la otra

cubriéndole los ojos.

—Que no voy a mirar —protestó con una pequeña risa.

—Por si acaso.

Una vez dentro fui hasta la habitación, la dejé frente al jacuzzi, pero de espaldas para que no tuviera la tentación de mirar y me alejé para poner música.

La voz de Maluma llenó la estancia y ella, al reconocer la canción, vi que se llevaba ambas manos al rostro para taparse. Me situé frente a ella, entrelacé nuestros dedos y al mirarla comprobé que tenía lágrimas deslizándosele por las mejillas.

La abracé y no pude contenerme, necesitaba que supiera lo que sentía.

—Cuando nos falle la memoria y solo queden las fotografías, que se me olvide todo menos que tú eres mía —le susurré mientras Maluma cantaba.

Empecé a moverme despacio con ella entre mis brazos, bailando al compás de la música y ella, al fin abrió los ojos.

La habitación estaba iluminada tan solo por la tenue luz de las velas que había puesto alrededor del jacuzzi.

Me giré de modo que ella pudiera verlo y entre sonrisas y lágrimas se apoyó en mi pecho sin dejar de bailar conmigo.

La besé y fui desnudándola mientras nos dejábamos llevar por la música. Me despojé de mi ropa y con ella de la mano, entramos en el jacuzzi.

No hubo palabras, solo besos, caricias, gestos y miradas que hablaban por nosotros.

Bajo el agua la llevé al orgasmo jugueteando con su clítoris entre mis dedos, hundiéndolos en su interior y haciéndola enloquecer de placer, mientras ella me torturaba con su delicada mano subiendo y bajando por mi erección.

La cogí en brazos, salí del jacuzzi y subí directamente a la cama, mojados como estábamos, donde la recosté para deleitarme con todo su cuerpo.

Me coloqué entre sus piernas, subí cubriendo de besos su vientre hasta llegar a mi primer objetivo, su pecho derecho.

Jugué con él mientras pellizcaba el izquierdo, consiguiendo tenerla retorciéndose de placer pidiéndome que la penetrara ya.

Pero aún no, aún quedaba un poquito de tortura placentera para ella.

Volví a llevar la mano hasta su sexo, tocando ese pequeño punto de su cuerpo que le hacía gritar, una y otra vez, mi nombre. Eso me ponía a mil.

Bajé besándole todo el cuerpo y hundí el rostro entre sus piernas, dejando pasadas rápidas y largas alternativamente con mi lengua.

Entrelazó las manos en mi pelo y empezó a tirar de él cuando la azotó otro orgasmo.

Ahora sí, ahora iba a hacer lo que había estado pidiendo todo ese tiempo.

Me puse el preservativo y tras colocarme sobre ella con ambas manos a los lados de su cara, la penetré mirándola a los ojos.

Fui despacio, en ese momento no era solo sexo, en ese instante, mi cuerpo pedía entregarle todo el cariño que pudiera. Y si ella me lo hubiera pedido, en ese concreto minuto, le habría entregado mi alma como quien se la entrega al diablo.

Capítulo 13

No debían de ser ni las cinco de la mañana cuando me desvelé un poco y escuché desde afuera hablar a Daniel. No lograba entender realmente lo que decía más que palabras sueltas.

Algo de un cargamento de hachís, de las cabezas de Dalia y Alberto... ¡¿Dalia y Alberto?! ¡¡¡Ay!!! ¿Qué cojones estaba pasando aquí?

Decía que no iba a permitir que esos dos se rieran de él y les iba a hacer pagar todo, que el plan estaba cada vez más cerca de poder llevarse a cabo, que no había venido hasta la otra parte del mundo para que esos dos se fueran de rositas. Que, gracias a una huésped que se relacionaba muy bien con esos dos, que creía que él era bombero y estaba muy unido a ella, había conseguido acercarse sin que se dieran cuenta de sus verdaderas intenciones.

¡Había que joderse! Muy unido a mí, decía, el hijo de la gran...

Tenía que calmarme, porque capaz era de sacar a la bruja que seguro que llevaba dentro y liarme a escobazos con ese mentiroso.

¿No era bombero? Entonces...

¡Un narco! Caí en la cuenta, claro, un alijo... Las cabezas de los cubanos... Joder, joder, joder. Daniel, mi Dani, no era más que un narco mentiroso que me había utilizado a mí. ¡¡A mí!! Para ir en contra de ellos.

Seguro que Dalia y Alberto eran policías, de esos de narcóticos o de la DEA, como la serie esa del narco tan famoso. Joder, no me salía ni el nombre por los nervios.

No le escucha bien, pero vamos que me había quedado claro que ese maldito cabrón había jugado conmigo, acercándose a mí simple y llanamente para llegar hasta los cubanos.

Tenía que hacer algo, pero, ¿qué? Por el amor de Dios, que no era más que una simple empleada de agencia de viajes, no policía o del CSI.

Mierda... En menuda me había metido sin comerlo y sin beberlo.

Bueno, comerlo bien que nos habíamos comido los dos, pero, claro, lo de él no era más que una burda estrategia para tenerme de su lado, una jugarreta y de las malas.

Me estaba entrando hasta ansiedad, necesitaba respirar, tomar aire, o acabaría lanzándome a por él, para molerlo a palos.

Pero... ¡¿Qué hijo de puta!!

Tenía que tramar un plan y salir de ese bungaló, así que esperé a que se volviera a meter en la cama, me abrazó y unos minutos después me levanté con cuidado como si pensara que él dormía.

—Buenos días, princesa —princesa, su puta madre, con perdón, que seguro que no tenía culpa de nada.

—Buenos días, Dani, me encuentro fatal me voy a poner con el periodo y tengo todo en la habitación.

Se levantó corriendo mientras yo iba al baño.

—Pues si quieres nos vamos para allá, íbamos a desayunar aquí, pero pido que nos lo lleven a la habitación.

—Mejor, sí —me metí en el baño y lo peor es que yo no sabía disimular mi cara, menos mal que me había inventado lo de la regla y eso sería mi salvación para que tampoco me pusiera una mano encima...

Salí haciendo el papel de mi vida, recogimos todo y salimos hacia la habitación, era de noche

aún, faltaba un buen rato para que comenzara a amanecer.

Se le veía atento y preocupado, me llevaba por el hombro con mucho cuidado, haciéndome una ligera caricia sobre él, y yo lo único que quería era darle una hostia que retumbara en toda esa maldita isla en la que me encontraba atrapada.

Esperé un rato a que se despertaran los chicos, primero entré al baño e hice como si me fuera a poner un tampón, luego él hizo unos cafés y salimos a la terraza a tomarlo, yo no dejaba de fumar, estaba de lo más nerviosa y con un mal carácter que hasta él se dio cuenta.

—Se me olvidó cómo os poníais las mujeres con el periodo.

—¿Le pasaba también a tu ex? —pregunté con una sonrisa de lo más falsa.

—Sí, se ponía fatal y lo pagaba conmigo —sonrió mientras mentía como un bellaco.

—Yo lo pago con el mundo entero —volteé los ojos negando.

—Tranquila, tengo paciencia.

—Los bomberos la suelen tener, ¿no?

—Bueno, eso no va con la profesión —sonreía y a mí me daban ganas de verlo ardiendo en llamas. ¡Maldito cabrón!

Un café, dos cafés, armándome de paciencia...

Trajeron el desayuno y un poco después aparecieron por su terraza mis salvaciones.

—¡Hola! —sonreí con tal felicidad de verlos que hasta Dani me miró raro por mi cambio de actitud, pero joder es que en esos momentos vi a la Virgen María y al Señor, para mí eran mis salvadores, además tenía que ponerlos en aviso de todo, en el momento que pudiera.

Nos dijeron que se morían de hambre y les contesté que nos íbamos a desayunar, que nosotros lo haríamos de nuevo. La cara de Daniel era un poema, pero bueno que le dieran, ahora tocaba jugar al ratón y al gato.

Salimos con ellos hacia la cafetería, con Dalia tenía mucha complicidad y con las miradas casi nos entendíamos en muchas cosas y eso hice, hacerle gestos cuando Daniel no me miraba y ella me los devolvió como diciendo que ahora hablábamos.

En mitad del desayuno ella dijo que iba al servicio y le dije que la acompañaba así me cambiaba, esa era la mía, y, tal como entramos a él, me desahogue.

—¿Qué te pasa? —preguntó agarrando mis manos.

—Esta mañana estaba en la cama y lo escuché hablando por teléfono, descubrí algo aterrador.

—¿Sí?

—Decía algo de un alijo de drogas y que iba a por vosotros. ¡Te lo juro! —sonrió ampliamente.

—¿A por nosotros? ¿Estás segura?

—Dijo vuestros nombres y que a mí me estaba utilizando para llegar a vosotros. Dime la verdad, por favor. ¿Sois de la policía o algún cuerpo antidrogas?

—Sabes que no te lo podemos decir, pero créeme que está todo controlado —acaricié mi barbilla.

—¿Y por qué has dejado que me acostara con él?

—No nos dio tiempo a nada cuando ya estaba en tu habitación y os habíais liado, pero tranquila que no te pasará nada, tienes que fingir hasta que salgamos de esta isla.

—¿Me vas a proteger?

—Siempre, para mí ya eres como una hija —dijo abrazándome.

—Le he dicho que estoy con la regla, vamos me quité el día antes de acostarme con él, pero como él no lo sabía...

—Haces bien, pero no te preocupes que no va a pasar nada, él se cree listo, pero no sabe jugar —acarició mi barbilla y volvió a abrazarme.

—Tengo mucho miedo.

—No lo tengas, de verdad, él está aquí solo y atrapado, nosotros no estamos solos, los demás huéspedes que quedan son de los nuestros, solo estamos haciendo el papel.

—¿En serio?

—Totalmente —me besó la mejilla.

—No entiendo nada —puse cara de preocupación.

—Todo está controlado —dijo cogiendo con cariño mi barbilla—. No te preocupes por nada. ¿Me lo prometes?

—Estoy muy asustada...

—Escúchame atentamente, aquí no puede pasar nada y nadie está en peligro, ¿entendido? Y, es más, no puedo contarte nada, pero él no es malo, no es mala persona, no va a matar a nadie ni mucho menos. Es ambicioso en una cosa, pero no malo, aquí no podemos hablar, pero confía en que todo estará bien.

—¡¡¡Es narco!!! Y lo hice con él por primera vez. ¡Soy idiota!

—Te voy a decir algo y te lo metes en la cabeza bien. Va a por nosotros, pero no como piensas, no nos va a matar, ni puede, una cosa son sus objetivos y otra su corazón.

—Pero dijo que estaba conmigo por llegar a vosotros. ¡Me utilizó!

—Que diga eso para explicar algo, no significa que no tenga sentimientos por ti —no entendía que encima lo exculpara, bueno, es que no entendía nada.

—¡¡¡No me puedo creer que le entregué mi inocencia a un narco!!! ¡¡¡Un narco, por el amor de Dios!!! Mi madre estará renegando de mí desde la tumba.

—Escúchame, no te martirices más, por favor.

—Me pienso tirar con la regla de aquí hasta que me saquen de esta puta isla —dije cruzándome de brazos y viendo que le había causado una carcajada—. Voy a decir que tengo un desgarramiento “periodicial”.

Regresamos donde estaban ellos viendo con el móvil las noticias internacionales y disimulé con una sonrisa que no sé cómo conseguí sacar, me ponía mala solo mirarlo. ¡Me había utilizado!

—¿Periodicial?

—Sí, del periodo —nos echamos a reír las dos, a pesar de que a mí me temblaban hasta las piernas.

Me hizo prometerle que no les iba a poner difícil las cosas y que iba a disimular, lo hice, por supuesto. ¿Acaso me quedaba otra opción atrapada en medio del Mar Caribe?

Regresamos donde ellos y me prometí que hasta que consiguiera salir de aquella isla donde nada era lo que parecía, iba a seguir como hasta ahora, no me la iba a jugar y tenía que disimular para no hacer nada de lo que pudiera arrepentirme. Y es que después de haberme ido con la persona incorrecta, qué más daba seguir haciéndolo si ahora consistía en salvar mi culo.

Desde ese momento y durante los cuatro siguientes días estuvimos como si nada pasara, eso sí, el periodo seguía estando para no tener que entrar en relaciones sexuales con él, pero en el fondo lo deseaba, era la verdad, era un amor-odio muy fuerte el que sentía hacia ese traficante.

Dalia y Alberto eran unos fenómenos, esos ni se despeinaban, directamente se lo pasaban bomba y fingían como nadie el no saber la verdad de Daniel, ni este de ellos. Yo flipaba en colores, me sentía como en medio de una guerra que no me pertenecía.

Las noticias desde España eran desoladoras, los números de infectados y de muertos cada vez

eran más escalofriantes y se veía que el estado de alarma se iba a ir alargando bastante tiempo.

Por las noches cuando cerraba los ojos y lo tenía pegado a mí respirando en mi oreja, se me caían las lágrimas, fue todo demasiado bonito y por eso no era cierto, eso es lo que más me dolía de la situación.

Para colmo no podía contar nada a mi amiga cuando me hacía las videollamadas y fingía estar viviendo una historia de amor de esas de novela, encima sonriendo mientras él la saludaba feliz diciéndome que me estaba cuidando. Cuidando...

Fueron unos días en los que tuve que hacer de tripas corazón, pero bueno, como ya dije había momentos que me dejaba llevar por esos besos y los sentía como mi refugio de amor, así que iba a terminar loca con esos sentimientos tan opuestos.

Ese último día que se suponía que era de regla nos reímos mucho, estábamos de copas hasta la ceja y nos encantaba estar en esa piscina donde nos ponían todo por delante.

Y aquí estábamos, en el bar acuático de la piscina tomando unas copas con Dalia y Alberto.

Yo tenía que disimular que no sabía nada de lo que había hablado Dani con quien fuera que estuviera al otro lado del teléfono, pero es que me estaba costando la misma vida.

—Vamos *mija*, a bailar —Dalia me cogió de la mano y allí que fuimos las dos, a movernos en mitad de la piscina.

Mira que era complicado bailar ahí, pero bueno, lo dimos todo.

Daniel no dejaba de mirarme, dedicarme sonrisas y guiños que enamoraban y me hacía odiarle un poco más, a partes iguales.

¿Cómo podía ser tan mentiroso y estar tan tranquilo el tío?

—Davinia, no te atormentes, *mija* —me pidió Dalia, y la miré encogiéndome de hombros.

—Es que le veo ahí, tan tranquilo, como si no me llevara mintiendo desde el primer día que nos vimos y no me lo creo.

—Bueno, ya te dije que no es malo, pero el tiempo me dará la razón.

Volvimos a la barra donde nos recibieron nuestras respectivas parejas con un brazo alrededor de la cintura. Sentí un escalofrío y miré a Dani, sus ojos seguían pareciéndome tan sinceros como siempre, y me jodía saber que en realidad no era más que fachada.

—No te imaginas las ganas que tengo de volver a la habitación —me susurró para que nadie más lo escuchara.

—Pues no sé por qué. Sabes que no puedo hacer nada.

—Pequeñaja, que no todo en esta vida es acostarse con una persona sexualmente hablando. Sabes que me gusta mucho dormir contigo.

—Bueno, de todos modos... hoy ya es el último día —o le decía eso, o acabaría pillándome en la mentira.

Dalia me miraba y sonreía, por qué, no lo tenía claro. Que, si ella y Alberto eran policías, y estaban aquí como el resto de huéspedes para pillar a Dani, pues que tuviera esa sonrisa me dejaba descolocada.

—Dalia, ¿Alberto te mintió alguna vez? —pregunté, y el mencionado se atragantó con el trago que acababa de dar de su copa y acabó salpicando al camarero.

Ella arqueó una ceja como queriendo saber por qué preguntaba, pero vamos que con una simple mirada supo que lo hacía para ver si Dani soltaba algo por esa boquita.

—Pues, claro *mija* —respondió quitándole importancia con un gesto de mano—. Una vez me dijo que se iba a por pan y volvió sin él. Eso sí, con una peste a tabaco...

No quería, pero me acabé riendo porque esa mujer no tenía remedio.

Alberto sonrió al tiempo que negaba.

—Yo es que, odio que me mientan —dije, y noté que el brazo de Dani se tensaba alrededor de mi cintura— ¿Te pasa algo? —le pregunté girándome.

—No, no, ¿por qué?

—No sé, me has apretado muy fuerte, de repente.

—Estoy bien, de verdad —contestó inclinándose para darme un beso en los labios.

—Alguna mentira se dicen las parejas, *mija* —dijo Dalia—. Es algo que no puedes evitar. Imagina que quieres esconder un secreto...

Ahora la que se tensó fui yo, la miré con los ojos muy abiertos y creí que hasta me acabaría poniendo morada por contener la respiración.

—Una mentirilla piadosa dirías, ¿no?

—Depende del secreto. Ahora, imagina tú, que escuchas a Alberto hablando con... —Dani se tensó de nuevo, lo miré de reojo, sonrió y aflojó el brazo que tenía en mi cintura— con alguien, pero le notas como muy acaramelado, tú imaginas que al otro lado hay una mujer y te pones nerviosa. Él no te dice nada de esa conversación y tú sigues pensando en lo que él dijo. ¿Te gustaría saberlo o que siguiera sin decir una sola palabra? O, lo que es peor, que te mintiera.

—Pues no sé, porque nunca hubo situación así.

—Pero, imagina que la hay.

—Si tuviera que contarme algo, sé que lo haría.

Y con esa respuesta me dejó más descolocada todavía. Pues nada, que seguimos la noche bebiendo, bailando y yo fingiendo que todo estaba bien cuando no me lo parecía. Bueno, es que no lo estaba, ¡qué narices!

Me había mentido en mi cara, seguía haciéndolo y tenía el valor de besarme como si fuera la mujer a la que amaba de verdad.

Madre mía, qué lío en el que me había metido yo solita.

Entre miradas cómplices con Dalia y alguna que otra pregunta trampa que lancé al aire, fueron pasando las horas.

Y así me fue a mí, que me pasé con las copas y tenía ya un buen punto encima, pero no era la única, menos mal, porque Dalia iba todavía peor que yo, y eso ya era decir mucho.

Yo veía dos Albertos bailando con dos Dalias, y el camarero ya parecía que tenía otros dos hermanos gemelos. Eso debía ser por tanto agitar la coctelera, que hasta me mareaba de verlo.

Menuda noche la nuestra, los cuatro borrachines por el hotel de camino a las habitaciones, menos mal que no había ni un alma a esas horas tan intempestivas, porque estábamos bonitos de ver, ¡madre mía!

Mi madre, que si me viera ahora mismo... Me quitaba la casa que me había dejado en herencia.

En cuanto atravesamos la puerta de la habitación me quité la ropa como pude y me metí en la cama. Dani quería ir a la ducha, decía que así se nos pasaría un poco el efecto de las copas, pero es que yo no tenía fuerzas ni para pestañear.

Así que nada, me hice un ovillito agarrada a la sábana y cerré los ojos.

No tardó en abrazarme, noté que me daba un beso en la mejilla y después nada, todo tranquilo y a dormir.

Esa noche la última pregunta que me hizo al oído al dormir fue que, si ya se me había quitado del periodo, le dije que estaba en ello que en unas horitas estaría limpia del todo. ¡Para matarme!

Capítulo 14

—Buenos días, princesa —se pegó a mí y me echó la mano por la barriga.

—Buenos días, mi bombero favorito —giré mi cara hacia él y le sonreí...

—¿Bien ya?

—Ahí vamos... —solté riendo con ambigüedad.

—¿Me estás esquivando? —Me dio con su dedo en las costillas a modo de cosquillas.

—¡No! —grité riendo.

—Pues lo parece —reía sin dejar ese dedo de cosquillearme.

Me levanté corriendo, fui al baño y cerré el pestillo, sabía que iba a pasar algo y tenía que fingir que me quitaba el tampón o lo que fuera. ¡Madre mía!, de hoy no me libraba ni Dios y lo peor es que en el fondo, yo lo deseaba.

Dos golpes en la puerta y me reí.

—¿Alguien me puede abrir, por favor?

—Claro, cuando me haya duchado —dije en tono risueño.

—¡Ah no!, te vas a duchar conmigo, llevo muchos días de penitencia.

—Pues, por uno más no pasa nada.

—Abre o tiro la puerta abajo.

—¡Tírala! —me eché a reír.

—Como no me abras, cuando salgas te voy a atar una hora a la cama, tú sabrás.

—Eso suena muy interesante —solté en plan descarada.

—Voy preparando todo —gritó en tono simpático, como él era realmente, mejor dicho, quería aparentar ser.

Y me gustaba. Lo odiaba, lo amaba, lo quería matar, me lo quería comer y maldecía encontrarme en un lugar donde todo rondaba en torno a él. Aunque no lo quisiera reconocer quería que aquello durara más, en el fondo estaba atrapada por ese hombre y mis sentimientos no los podía obviar, los suyos no los creía, pero por otro lado veía en algunos momentos algo en su mirada que hasta me hacía dudar y pensar que algo sí sentía por mí.

Solo tenía algo claro y es que una vez que volviera a España, me alejaría de él como si fuera el mismísimo diablo. No quería tener con él ni contacto, no, no podía estar al lado de alguien que su vida iba por encima de la legalidad.

Me duché, me envolví en una toalla y comencé a reírme nerviosa por salir, sabía que me la había buscado por no abrirle.

—¡¡¡Júrame que, si salgo, no me harás nada!!! —grité tras la puerta con una carcajada nerviosa.

—Sal, bonita, sal —eso no sonó convincente.

—No, no, me tienes que jurar por tu honor de bombero que no me harás nada —aguanté la risa con lo de bombero y honor, este no sabía ni lo que era una cosa, ni la otra.

—Te lo puedo jurar por algo mucho más fuerte que lo de bombero, pero eso por ahora lo dejamos aparte —vamos, que me lo quería jugar como un narco, al final se estaba riendo él, pero este no me conocía. Era una santa, pero cuando me tocaban las narices...

—¿Más que bombero? ¡No lo creo! Me ponen mucho los bomberos.

—Abre anda —lo escuché reír y tonta de mí se me escapó una sonrisa de esas que no deberían

de salir. Lo amaba y era la verdad, aunque me partiera el corazón saber que esto tenía fecha de caducidad y que no era ese hombre noble que pensé.

—Como me hagas algo, te juro que no te hablo en una semana, y no me conoces cómo me pongo de insostenible —abrí y me puse delante de él cruzada de brazos.

—¿Del uno al diez en insostenible? —Me rodeó la cintura con sus manos y me miró con esa fijación que me ponía nerviosa.

—Mil, así que, piénsatelo.

—¿Pensabas que te iba a atar a la cama?

—Tú eres capaz, vamos que si lo tengo claro —lo miré riendo, lo tenía a centímetros.

—No haría algunas cosas que no quisieras.

—¿Algunas cosas?

—Atarte, taparte los ojos y jugar con todo tu cuerpo... —mordisqueó mi labio y tiró de mí. Se sentó al borde de la cama y me sentó de lado en sus piernas.

—¿Has hecho alguna vez esas cosas?

—Algo...

—¿Qué es algo?

—Algo es que sí, hice con alguna chica algún juego que otro.

—¿Qué tipo de juegos?

—Estás muy preguntona —besó mi mejilla mientras me rodeaba con sus brazos.

—¿Tienes miedo a que sepa cosas de ti? —pregunté con doblez mientras sonreía.

—En absoluto, aunque ahora mismo haya cosas que prefiera contarte en España, o en el avión de vuelta —mejor en el avión, en España iba a salir por patas y no me iba a ver más, por mucho que me doliera, pero vamos, no creía que fuera capaz de contarme la verdad.

—Qué misterio, hijo —volteé los ojos.

—Nada de misterio, en su momento lo entenderás —me dio un toque en la nariz.

En ese momento escuché cerrarse la puerta de los chicos y supe que iban a desayunar, aproveché para decir que me moría de hambre y que quería ir con ellos, así que, pese a su cara, nos fuimos corriendo a buscarlos, a toda mecha. Dani me miraba negando y yo pensé que había acabado de librarme de hacerlo de nuevo, aunque lo deseaba, pero mi parte que lo deseaba coger por el cuello, me hacía evitar todas esas cosas.

Nos fuimos a buscarlos y yo iba pensando que aquello no había sonado convincente y que podía estar dándose cuenta de que lo había esquivado, que así era, pero joder lo mío era tener que disimular, no ser tan descarada, pero bueno, ya luego con dos copas lo solucionaría.

Pasamos el día con los chicos, Dani estaba de lo más atento conmigo como siempre y lleno de miradas que parecían que querían romper a decirme todo aquello que callaba. ¿Sería capaz de hacerlo en algún momento?

Por la noche no pude, ni quise, evitarlo, pasó de nuevo y nuestros cuerpos se fundieron en uno solo y casi lloré de la felicidad y es que por mucho que su vida fuera una puta mentira, yo ya lo amaba.

Capítulo 15

—Buenos días —me dijo Dani cuando me desperté y lo encontré mirándome.

—Buenos días. ¿Qué hora es?

—Casi las seis.

—Voy a darme una ducha y salimos a la cafetería a desayunar —me dio un beso en los labios y se levantó, ni dos pasos había dado cuando se giró y volvió a hablar— ¿Me acompañas?

Sonreí, porque me encantaba cuando se ponía en ese plan pícaro y me incitaba a hacer travesuras en la ducha, pero es que ahora mismo le odiaba por haberme mentado.

—No, ve tú primero, después me ducho yo.

Cuando entró en el cuarto de baño aproveché para hablar con Carla. Me puse la ropa rápidamente y salí a la terraza para hacerle una videollamada.

—De verdad hija, ¿es que allí no dormís? —me preguntó con esa carita de adormilada todavía. Yo sabía que en cuanto le contara todo lo que me había pasado en esos días, se iba a espabilar, pero de golpe—. Davinia, que aquí son casi las doce de la mañana. Que yo te quiero mucho, pero no quieras que afloren mis instintos asesinos y quiera asfixiarte con una almohada.

—Lo siento, pero necesito hablar contigo. Es... es importante.

—¿Qué te pasa? Joder, tienes peor cara que yo, y ya es decir, que estoy todavía medio dormida.

—Deja que hable, ¿vale? Y, por favor, no me interrumpas. Bueno, no me interrumpas mucho porque sé que lo vas a hacer.

—Vale, pero me estás asustando.

—Más asustada estoy yo, Carla.

—¿Quieres hablar de una vez? —preguntó y se sentó en la cama con la espalda apoyada en el cabecero.

—Que tengo una suerte con los hombres... Para una vez que me enamoro, y es un narco.

—¿Qué?! —Mi amiga casi se come la pantalla del teléfono de todo lo que se acercó a ella.

—Lo que oyes, Dani es un narco, Carla. El otro día le escuché hablar, no entendí todo, pero vamos, que lo de un alijo de hachís me llegó alto y claro, y que iba detrás de Dalia y Alberto. Que creo que son policías, pero no estoy segura porque ellos no me pueden contar nada. Llevo unos días fatal de los nervios, de verdad. Dani quiere hacer algo o conseguir algo de ellos, no lo sé, pero me utilizó a mí para poder tenerlos cerca y vigilados.

—Me estás dejando muerta, de verdad. Lo que no nos pase a nosotras...

—Hablé con ellos, y me dijeron que disimulara, que fingiera para que él no supiera que le había escuchado y que me enteré de todo. Bueno, de todo no, pero vamos que con saber que me había mentado, que no está aquí por una falsa luna de miel y que no es bombero, ya es más que suficiente.

—¡Ay, cariño! Tú allí y yo aquí, acojonadita me dejas —me dijo con cara de preocupación.

—Pues imagínate yo, que soy la que está durmiendo con él. Por Dios, que perdí la virginidad con Dani, Carla —no pude evitarlo y empecé a llorar.

Escuchaba a mi amiga pedirme que me tranquilizara, que no llorara y que todo iría bien, que estaba segura de ello, pero le temblaba la voz al hablar así que sabía que ni ella misma se estaba creyendo todo aquello.

—Tengo miedo, Carla, no sé qué pasará, yo... Estoy enamorada de él como una idiota y le odio por mentirme, por utilizarme, pero es que, ¡joder, lo miro a los ojos y veo sinceridad en ellos!

—Desde luego que el angelito en pañales ha sido un poquito “hijo puti” contigo, ¿eh? Ya podía haber apuntado la flecha hacia otro, con la de hombres que hay en el mundo.

—Debe ser que estaba borracho el día que la lanzó, otra explicación no encuentro.

—¿Y los cubanos? ¿Han dicho algo?

—Nada, tan solo eso, que fingiera no saber. Vamos, que me hiciera la tonta, y creo que se me ha dado bien. Si hasta le dije que me había bajado la regla y así le mantuve lejos durante cuatro días, no quería que me tocara, Carla, pero le echado de menos.

—De verdad, esto es increíble. Parece el capítulo de alguna serie de policías, chica.

—Carla solo te voy a pedir una cosa, en cuanto pueda salir de aquí y regresar a España, por favor espérame en el aeropuerto, no quiero que Dani sepa dónde vivo, es que no puede saberlo, vamos.

—Sí, sí, claro, tranquila que el día que me digas yo estoy ahí para recogerte y te vienes a mi casa unos días si hace falta.

—De verdad que no sé ni cómo me controlo para no liarme a golpes con él.

—Calla, que me pones más nerviosa. Yo ya me quedo temblando, me vas a tener en un sin vivir hasta que me llames otra vez. Davinia, ¿y si te hace algo? ¡Ay, ay, que me muero! Ahora mismo llamo a mi padre para que mueva todos los hilos posibles y te saque de allí. No te puedes quedar ni un día más, no, no.

—Carla, no hagas nada. Vamos a esperar a ver cómo sale todo. Yo también estoy nerviosa, pero no quiero levantar sospechas.

—¿De verdad? Mira que con una llamada a mi padre ponemos solución, que ya está haciendo lo posible por traerte, pero si le cuento esto...

—No, de verdad —estaba convencida de que, si le dijera en ese momento que sí, me colgaría para llamar a su padre.

—Hija, para una vez que viajas al paraíso y encuentras un buen hombre allí en la Cochinchina, nos sale un dulce pelín amargo —puso hasta cara de asco y me reí nerviosa.

—Bueno, te dejo, que te he llamado cuando entró en el cuarto de baño para ducharse y me imagino que ya estará a punto de salir. No creo que quiera escaldarse bajo el agua.

—Ten mucho cuidado, ¿vale? Llámame más tarde, y mañana, y todos los días, ¿entendido? No me dejes sin noticias tuyas ni un solo día, que soy capaz de llamar a mi padre y que mande a los GEOS a buscarte.

—Vale. Y tú cuídate mucho, ¿sí?

—Lo hago, no te preocupes que ese virus no va a poder conmigo, que hay Carla para rato. Igual que Davinia, que a ti no te va a coger tampoco. Te quiero mucho, lo sabes, ¿verdad?

—Sí, pero no más que yo a ti. Adiós. Y gracias por escucharme a estas horas.

—Para eso están las amigas —me dijo con una amplia sonrisa—, para escucharse la una a la otra, sea la hora que sea. Adiós, cariño.

Corté la videollamada y me sequé las lágrimas, no quería que Dani me viera llorando y tener que mentirle, otra vez. Que él lo hubiera hecho, no era motivo para que yo volviera a hacerlo.

Me levanté de la silla, me giré y ahí estaba él, apoyado en la pared, con los brazos y los tobillos cruzados, mirándome fijamente.

—¿Cuánto tiempo llevas ahí? —pregunté, esperando que no me hubiera escuchado hablar con Carla, aunque en el fondo sabía que se había enterado de todo.

—Sabía que este momento llegaría —dijo con tristeza en los ojos—. Pequeñaja, es hora de que sepas toda la verdad. Vamos dentro, tenemos que hablar.

—No, no, dentro no. Vamos... vamos a la cafetería. Sí, eso, hablemos allí mejor —le pedí nerviosa.

Y es que no quería estar sola con él, me daba miedo que pudiera hacerme algo, aunque en el fondo, muy en el fondo, sabía que no sería capaz de hacerme daño. ¿Verdad?

—Está bien —contestó—, voy a la caja fuerte a por unas cosas, tú ve a la cafetería y espérame allí.

—Sí, vale.

Entré y al pasar por su lado me cogió la mano, haciendo que me parara de inmediato.

—Solo te pido que me escuches y que me perdones por lo que tuve que contarte. Cuando sepas las razones, lo entenderás.

No le miré, no podía hacerlo porque me perdería en esos ojos, lo sabía. Cuando se inclinó para besarme en la coronilla cerré los ojos aguantando las lágrimas. En cuanto me soltó, salí de allí corriendo y fui hacia la cafetería.

No me podía creer que me hubiera pillado, si es que era tonta. ¿Cómo se me había ocurrido llamar desde la terraza? Me podía haber ido a pasear por la puñetera playa para eso.

Me senté en una de las mesas a esperar, el camarero me preguntó que quería tomar y tan solo me pedí un café. No tenía cuerpo yo para comer nada, las cosas como eran.

No tardó apenas en aparecer, se sentó a mi lado y lo que puso sobre la mesa me dejó a cuadros.

Su carné de identidad junto a una placa de policía.

—Soy de la policía secreta, pequeñaja. Y no, no vine aquí para el viaje de una luna de miel que nunca se llevaría a cabo sino siguiendo a Alberto y Dalia.

Lo miré atónita. No podía hablar en serio. No podía ser que me estuviera diciendo aquello, de verdad que no.

—Mira.

Dani me mostró una foto en su teléfono móvil en la que se le veía a él junto a otros hombres, fue pasando las imágenes y me mostró algunas noticias de prensa en las que se le veía.

—Estuve destinado en Barcelona un tiempo, esa noticia es de uno de esos días en los que hay demasiado trabajo y mi deber es atrapar a los malos —me dijo con una sonrisa.

Cogí el teléfono de sus manos y leí la noticia por encima. Las lágrimas empezaron a deslizarse por mis mejillas, pero las sequé rápidamente y le devolví el teléfono. Fui a hablar, quería preguntarle, pero no me dejó.

—Llevo muchos años detrás de esos dos, te lo aseguro, porque, aunque los veas buena gente, no lo son, Davinia. Ellos son quienes meten droga en España, no yo. Mi padre fue policía durante muchos años, de pequeño esperaba en casa impaciente a que llegara para que me contara todo lo bueno que había hecho por proteger a los ciudadanos ese día. Era mi héroe, hoy en día lo sigue siendo y aunque me falte, y espero que sea dentro de mucho tiempo, lo seguirá siendo.

Había sinceridad en su voz, lo miré y sonrió con tristeza, llevando el pulgar a mi mejilla y retirando una lágrima que se me había escapado a traición.

—Hace seis años, cuando apenas era un chaval de treinta y uno, con toda la vida por delante, con ilusiones y un trabajo que me gustaba, perdí lo más importante para mí. Desde esa noche me siento la peor mierda del mundo. Iba con mi novia Selena en el coche, acabábamos de terminar de cenar y el destino quiso que me encontrara con Alberto y Dalia por allí. Les perseguí, no tendría que haberlo hecho, pero lo hice.

—No tienes que...

—Sí, tengo que contarte todo desde el principio. Solo escúchame, por favor, no te pido más que eso.

—Está bien —dije asintiendo.

—De la nada salieron varios coches para protegerles, se me iban echando encima y yo perdí el control del mío. Dimos algunas vueltas de campana y acabamos volcando. Como es lógico ninguno de ellos se paró para ver si estábamos bien. Yo lo estaba, me dolía todo el cuerpo y tuve algunas costillas rotas un tiempo, pero Selena, murió en el acto.

Solté un grito y me tapé la boca con ambas manos. Empecé a llorar, lo sentía mucho por él, porque me imaginaba a mí, perdiéndole de aquella manera y querría morir yo también.

Dani volvió a mostrarme unas imágenes en su teléfono y eran fotos del coche tras el accidente, completamente destrozado, noticias en los periódicos y algo sorprendente para mí, unas fotos en las que se veía a una chica que tenía un ligero parecido conmigo.

—Es Selena —me dijo sin que tuviera que preguntarle—. Me recuerdas mucho a ella. Eres igual de pizpireta, tímida y risueña.

—Por eso te fijaste en mí...

—No, me fijé en ti porque me gustaste, pero cuando te conocí vi que tenías mucho de lo que ella tenía.

—No me puedo creer que me esté pasando esto —empecé a llorar como una niña pequeña, Dani me abrazó y yo me dejé acunar—. El accidente fue fortuito, no debería haber pasado, es una lástima, lo siento mucho por ti y por ella. Puedo entender que me mintieras porque no podías contarme a qué te dedicabas y por qué estabas aquí, pero, ¿y Dalia y Alberto, por qué me mintieron? Me siento engañada por ellos —confesé llorando sin apartarme de su pecho—. Y me hablaban bien de ti, Dalia decía que eras un buen hombre. Nunca me dijeron nada de lo que había pasado, ¿acaso lo sabían siquiera? ¿Sabían que eras policía en aquel entonces? ¿Y ahora? Creí que ellos eran los policías, que estaban aquí para detenerte y por eso no podían contarme nada de sus vidas. Yo les he cogido mucho cariño. Esto es una locura.

Lloré aún más, no podía creerme que todo aquello me estuviera pasando a mí, es que era alucinante.

Daniel me acariciaba la espalda mientras me pedía que me calmara. ¡Que me calmara, por el amor de Dios! ¿Cómo iba a hacer eso? ¿Cómo pretendía que estuviera tranquila ante aquella bomba que me había soltado?

Que no era bombero, ni mucho menos narco, sino policía. ¡Policía como su padre! Y de la secreta nada menos, de esos que se veían en las noticias que hacían registros en casas de gente de lo más peligrosa.

Bueno, esto era lo que me faltaba para completar el capítulo de esa serie policíaca que me había dicho Carla poco antes.

Carla, otra que iba a alucinar cuando le contara la bomba que acababa de soltarme Daniel, mi Dani.

—Por favor, no llores más —me pidió en un susurro—. Necesito que estés tranquila y que sigas con ellos como hasta ahora, como si no supieras nada.

—¿Quieres que finja que no me has contado la verdad? —dije mirándole a los ojos y él me secó ambas mejillas con los pulgares.

—Eso es, pequeña. Necesito que estés conmigo en esto, porque te quiero a mi lado el resto de mi vida —se acercó y me dio un beso de esos llenos de amor y de promesas por cumplir.

No sabía qué pasaría a partir de ese momento, pero tenía claro que iba a intentar, al menos, aparentar una normalidad que, por mucho que ambos quisiéramos, sería imposible de llevar.

—Buenos días —escuché la voz de Dalia y al mirarla ahí estaban los dos, con muy mala cara.

—Buenos días —saludamos Dani y yo al mismo tiempo y con una sonrisa.

—Dejaros de sonrisas, que esto es serio —nos dijo ella sentándose, junto a Alberto, frente a nosotros.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Pasa, *mija*, que te escuchamos hablando con tu amiga. Salimos y vimos a Dani decirte que iba a contarte su verdad. Pues bien, aquí estamos para saberla también nosotros —respondió mirando a Dani.

—No tengo por qué contaros nada a vosotros.

—Claro que sí, *mijo*. Porque no vamos a permitir que pongas a Davinia en nuestra contra. Esta niña es muy especial para nosotros y no voy a dejar que le cuentes mentiras. Así que, habla.

—Como si no lo supierais ya, si habéis escuchado su conversación sabéis de sobra por qué estoy aquí.

—Te voy a decir una cosa, que te va a sorprender. Ni mi marido ni yo somos narcos.

—¡Oh, por favor! ¿Vamos a empezar a mentirnos los unos a los otros? Joder, que llevo años detrás de vosotros, no me vengas ahora con eso —protestó Dani.

—Te estás equivocando mucho con nosotros, muchacho —habló Alberto por primera vez señalándolo—, pero mucho. No somos lo que crees, jamás lo hemos sido. Para afirmar algo así debes tener pruebas. Dime, ¿las tienes? Porque estaré encantado de verlas.

—Claro que no tengo las putas pruebas, intenté ponerlos micros aquí y no pude. Y es imposible tenerlas cuando en España siempre teniais a otra gente de por medio que eran a quienes grabábamos. Desde luego, sabiais cómo cubriros las espaldas y no mancharos las manos.

—Dani, nos dedicamos a representar a famosos desde hace años, nunca tuvimos nada que ver con las drogas, te lo aseguro —dijo Dalia con el rostro serio—. Todo nuestro dinero es legal.

—¡Hombre, claro! Porque habéis sabido blanquearlo.

—Sigues equivocado, Daniel —Alberto negó mirando hacia la mesa.

—*Mijo*, tienes que saber algo. Aquel día, el del accidente...

—Ni se te ocurra hablar de ese día —Dani señaló a Dalia, mirándola con una cara de cabreo que me estaba empezando a dar hasta miedo.

Esto se ponía cada vez peor, yo estaba de los nervios, a Daniel parecía que en cualquier momento le fuera a salir humo por las orejas y ellos dos... No sabía ni qué pensar de ellos dos.

—La chica que murió en ese coche, era nuestra hija —Alberto habló sin tan siquiera mirarnos. Seguía cabizbajo, con las manos entrelazadas sobre la mesa.

Dalia se las cogió y él la miró, dedicándole la sonrisa más triste que le había visto a ese hombre hasta el momento.

—Lo que me faltaba por escuchar... —Dani se puso en pie, apoyando las manos en la mesa, y con tono de enfado dijo— No pienso consentir que manchéis el nombre de la mujer que amaba vertiendo mentiras. Me voy, ya se acabó el fingir para mí. ¿Vienes, Davinia?

Lo miré en cuanto me hizo esa pregunta. Quería ir con él, claro que sí, pero sabía que debíamos aclarar todo eso cuanto antes. Necesitaba saber cuál era la verdad, quién mentía y quién no lo hacía.

—Dani, siéntate y escucha lo que tengan que decirte, por favor —le pedí, llevando mi mano sobre la suya.

—Esto es increíble. No me has creído, ¿verdad? Te he contado todo, te he hablado del peor día de mi vida y, aun así, ¿no me crees? Perfecto, ¡simplemente perfecto!

—Muchacho, siéntate, no me hagas obligarte.

—Te recuerdo que hablas con un policía.

—Y yo que lo haces con un hombre que podría ser tu hermano mayor.

Apreté la mano de Dani, me miró, le pedí en silencio que, por favor, se quedara y tras respirar hondo volvió a sentarse.

No me permitió soltarle la mano ya que entrelazó la suya a la mía.

—Aún recuerdo el día que nació mi niña —Dalia empezó a hablar casi en susurros, con la voz cargada de tristeza—. Lloré tanto cuando la escuché a ella, la pusieron en mis brazos un momento y me enamoré de esa carita, nunca olvidaré sus ojos.

—Verdes —susurró Dani.

—Sí, como los de su madre —contestó Alberto.

—Se la llevaron para hacerle las pruebas, pero tardaban en traerla. Alberto me decía que no me preocupara, que todo estaría bien, pero algo me decía que no era así. Pasaba algo, lo intuía. Me quitaron a mi niña ese día. Se la llevaron del hospital para entregársela a un matrimonio de españoles.

No podía creer lo que Dalia acababa de contar. ¿Le habían quitado a su hija, así, sin más? Sentí las lágrimas deslizándose por mis mejillas, y es que no era capaz de imaginar el dolor tan grande que debió sentir ella en ese momento.

—Cuando lo descubrimos todo, ya era tarde, no podríamos recuperarla nunca. Hasta que supimos dónde estaba, muchos años después, tras una larga investigación. Por eso visitamos España en más de una ocasión, para verla, intentar acercarnos a ella, hablarle, decirle la verdad o al menos tener la oportunidad de hacerlo. Si en alguna de esas veces estuvimos con gente que traficaba con droga, nosotros nunca lo supimos —confesó Alberto—. No, hasta que a uno de nuestros amigos lo detuvieron y fue a la cárcel.

Noté que Dani se tensaba y traté de calmarlo, le apreté la mano y me miró. Había dolor y rabia en sus ojos, pero, sobre todo, incredulidad.

Se llevó mi mano a los labios y dejó un beso en ella mientras me miraba fijamente.

—*Mijo* —le llamó Dalia—, si tienes pruebas de todo lo que dices, por favor, deja que las veamos.

—No las tengo, qué más quisiera yo.

—En ese caso deja de jodernos —protestó Alberto—. Y nunca hemos mentado a Davinia, en nada.

—Eso es verdad, *mija* —me dijo Dalia—. A ella siempre le hablé bien de ti, siempre. Sabíamos que nos perseguías por algo y creíamos que era por la investigación que hicimos sobre nuestra hija. Jamás se nos pasó por la cabeza que fuera por un tema de drogas, de verdad.

Yo ya no sabía cómo afrontar todo eso. No dejaba de llorar, no podía con tanta información. Dani soltó mi mano y, tras apoyar los codos en la mesa, se pasó ambas por el pelo, desesperado. Estaba segura que se debatía entre creerles o no.

Por su parte, Dalia y Alberto seguían con esa cara de enfado que traían cuando llegaron.

—*Mijo*, tienes que ver esto —le dijo Dalia con su móvil en la mano.

Daniel la miró, lo cogió y me acerqué un poco para ver de qué se trataba. Era un certificado con unas pruebas de ADN que demostraban que Selena era su hija.

—Conseguimos, no sin esfuerzos, que nos permitieran abrir la tumba de nuestra niña y poder

hacer las pruebas de ADN que ves ahí. No te mentimos, muchacho —aseguró Alberto.

Me llevé ambas manos a los labios y empecé a llorar. Desde luego que el destino es caprichoso y juega sus cartas, conectando a las personas cuando menos lo esperan.

—Os vimos juntos varias veces, y sé que la amabas de verdad. Sé que eres un buen hombre —dijo Dalia, que también estaba llorando.

—Selena decía que siempre intuyó que sus padres no lo eran realmente, que la trataban mal. Yo quería llevarla conmigo, sabía que podía hacerla feliz —Dani hablaba más para sí que para nosotros, sin dejar de mirar el certificado que se veía en esa pantalla—. Murió por mi culpa, y nunca me lo he perdonado, ni me lo perdonaré.

—No fue culpa tuya, muchacho.

—Sí —Dani miró furioso a Alberto, cerró los ojos y cuando los abrió habló de nuevo, un poco más calmado—. Si no os hubiera seguido, o sin tan solo la hubiera dejado allí para que me esperara. Si ella no hubiera estado conmigo en ese coche, aún seguiría viva. Seguiría conmigo.

—Pero no habrías conocido a Davinia, la mujer de la que te has enamorado como un crío —le dijo Alberto.

Dani lo miró a él, y después a mí. Al verme el rostro cubierto de lágrimas, dejó el teléfono sobre la mesa y me abrazó, apoyando la barbilla en mi hombro.

—Pequeñaja, no llores, por favor —me pidió, pero yo no podía parar.

Me dolía tanto todo aquello. Dalia y Alberto habían perdido a su única hija dos veces y él, a la mujer que siempre había amado. ¿Hasta que llegué yo? No, sé bien que hay amores que no se olvidan, sobre todo el primero, ese que te llega con tal intensidad que te deja huella el resto de tu vida. Como le pasó a mi madre con el idiota de mi padre.

—*Mija*, quizás no nos creas, pero nosotros te queremos como a una hija —me dijo Dalia.

La miré y en ese momento recordé lo que me dijo el día que le conté lo de Dani, y tenía que preguntarle, debía saber si era cierto.

—Si vosotros no sois policías... ¿Qué significaba eso de que todos los huéspedes eran de los vuestros? —le pregunté.

—Nada, no significaba nada. Me lo inventé para que te tranquilizaras, estabas muy nerviosa. Algo tenía que hacer para calmarte.

—He vivido en una mentira desde el principio. Primero él, y después vosotros. Muy inocente debo pareceros, para que me hayáis utilizado todos a vuestro antojo —dije llorando.

Me puse en pie y salí corriendo, pero no llegué muy lejos. Dani me cogió en brazos pegándome a su pecho y traté de liberarme mientras intentaba apartarle las manos, pero tenía más fuerza que yo.

—Pequeñaja, no me dejes —me pidió, pero no quería escucharle.

—¡Suéltame! Deja que me vaya. Y tú, ya puedes pedir el cambio de vuelta a tu habitación. ¡No quiero estar contigo! —grité, golpeándole las manos, pero que no me soltaba.

—A ti sí que no puedo perderte, no lo voy a permitir.

—Pues ya me has perdido. Lo hiciste en el mismo momento en que escuché tu conversación y supe que me habías mentido. ¿Cómo pudiste? —pregunté gritando todo cuanto pude— ¡Dime! ¿Eh? ¿Cómo tuviste el valor de mentirme y después hacer que me enamorara de ti?

En cuanto me di cuenta de que había dicho eso en voz alta, cerré los ojos, dejé de luchar y me tapé la cara con ambas manos.

No podía dejar de llorar y me sentía tan mal, tan idiota y, sobre todo, inocente.

—¿Cómo podías dormir tranquilo sabiendo que te di sin pedir, y sin saber que tú me habías

mentido?

—Si te soy sincero, solo conciliaba el sueño porque estabas conmigo, aunque cada noche, cada puta mañana al despertar, me arrepentía de lo que te había hecho creer, pero no podía contarte la verdad, eso sería ponerte en peligro, pequeña.

—No me llames así, me pones mucho más difícil que te odie.

—Entonces no lo hagas, quíereme como yo a ti.

—No me quieres —sollocé.

—Más de lo que puedas imaginar.

Negué repetidamente con la cabeza. Yo le quería, me había enamorado de él, y sería una locura porque nos conocíamos desde hacía poco tiempo, pero era la puñetera verdad. Que quería a ese mentiroso y me había enamorado de él, como una tonta.

—Davinia, no entrabas en mis planes en este viaje, eso te lo aseguro, pero estás aquí y quiero que cuando podamos salir del país, lo hagamos juntos.

—No, no quieres. Solo... solo ha sido esto.

—Estás muy equivocada si crees que solo has sido unos cuantos polvos. Y estás loca si piensas que vas a apartarme de ti. De aquí salimos juntos.

Me giró, pero yo no quería mirarlo, así que evité sus ojos tanto como pude, hasta que él suspiró, me cogió la barbilla con dos dedos y me obligó a mirarle.

—No soy solo un amigo, soy de tu familia, ya te lo dije.

Y sin más, se inclinó para besarme. Me abrazó pegándome a él y yo no podía dejar de llorar. Le rodeé la cintura con los brazos y cuando rompió el beso sonrió mirándome fijamente.

—Yo también quiero un abrazo —escuché a Dalia que estaba detrás de Dani, llorando.

Tenía a Alberto al lado, que la mantenía pegada a su costado con un brazo alrededor de los hombros.

Miré a Dani que, sin necesidad de decirle nada, sonrió y asintió.

Extendí el brazo, Dalia se acercó sonriendo sin dejar de llorar y nos abrazamos allí, con nuestras parejas observando.

Aquella escena era digna de la famosa película *Sonrisas y lágrimas*, y es que era para vernos. Las dos llorando a mares, sollozando casi a gritos y sonriendo. Hasta que nos separamos y al vernos las caras empezamos a reír como dos tontas.

—¿Ahora se ríen? —escuché que le preguntaba Alberto a Dani.

—Eso parece.

—¿Tú sabes por qué?

—Ni puta idea —contestó, y fueron ellos quienes empezaron a reír.

—*Mija* —Alberto se acercó a nosotras y me dio un abrazo—, tenemos una casa en España, de cuando investigamos todo lo de Selena. En cuanto podamos salir de esta isla, nos mudamos allí y así te tenemos cerca. Podemos trabajar desde cualquier parte del mundo y qué mejor que allí por si alguna vez nos necesitáis vosotros —dijo mirando a Dani.

Tras eso decidimos ir a comer algo para después pasar un rato en las tumbonas.

Dani no me dejaba ni a sol ni a sombra, me cogió en brazos y me llevó con él a la suya. Me pasó el brazo por los hombros y empezó a acariciarme el brazo distraídamente mientras contemplábamos el mar.

Dalia y yo nos dimos un baño mientras ellos nos esperaban allí tumbados tomando una cerveza.

Podría parecer toda una locura, que después de las mentiras y de todo lo que había pasado estuviéramos ahora como si nada, pero entendía que esa conversación era necesaria para todos.

Pasamos el resto del día todos juntos, como siempre. Cenamos y después fuimos al bar acuático a tomarnos una copa.

Allí Dalia y Alberto, empezaron a hacer planes, ya estaban diciendo que iban a hablar con un amigo suyo que tenía una inmobiliaria para que se encargara de alquilar o vender la casa en la que vivían ahora y así poder trasladarse a la de España.

Me sentía bien porque al menos hubiéramos podido aclarar las cosas, pero seguíamos sin poder salir de la isla y regresar a casa.

Bailamos hasta el cansancio, tomamos algunas copas y nos marchamos a nuestras respectivas habitaciones.

Dalia y Alberto se despidieron de nosotros con un abrazo y quedamos en vernos al día siguiente.

Cuando entramos en la habitación, Dani me cogió en brazos, pegándome a la pared y empezó a besarme. Grité por la sorpresa y el arrebato que le había dado, pero sonreí feliz de no tener que seguir fingiendo que todo estaba bien porque ahora realmente lo estaba.

Me llevó hasta la habitación, dejándome de pie delante de la cama, y comenzó a desnudarme, poco a poco, mientras me besaba.

Se tomaba su tiempo, mirándome a los ojos con cada prenda que iba dejando caer al suelo.

Una vez me tuvo como quería, le tocó el turno a su propia ropa, que se quitó con la misma lentitud ante mi mirada.

Cuando vi su torso y la manera en que se movía cada uno de los músculos que tenía ahí y en los brazos, inconscientemente me mordí el labio.

Me acerqué a él, apoyé la mano en su hombro izquierdo y fui bajando despacio. Cuando llegué al lugar en el que estaba su corazón me detuve, mirándole a los ojos. Me cogió la mano y se inclinó para besarme.

Con la mano que tenía libre me rodeó por la cintura pegándome a él, compartiendo el calor que desprendían nuestros cuerpos.

Me levantó y caminó hasta la cama para recostarme, quedándose él de rodillas entre mis piernas.

Recorrió cada centímetro de mí con ambas manos haciendo que me estremeciera por ese suave y cálido contacto.

No dejaba de besarme, y no eran besos de esos cargados de pasión que buscan dejarte los labios rojos e hinchados, sino besos en los que el amor estaba implícito en cada uno de ellos.

Acarició mi sexo despacio, llevándome a ese punto en el que el deseo se mezcla con la angustia, y es que cuando él notaba que estaba a punto de alcanzar el orgasmo, paraba y me pasaba las yemas de los dedos por la parte interna del muslo.

Hasta que volvía de nuevo a torturarme como él sabía. No le permitiría que dejara de tocarme, negándome el placer de liberarme. Entrelacé los dedos en su pelo y tiré de él, al tiempo que le mordía el labio, supo exactamente lo que pretendía con eso y estallé en un orgasmo susurrando su nombre.

No tardó en penetrarme, despacio y sin prisa, queriendo alargar ese momento que compartíamos el máximo de tiempo posible.

En el silencio de esa noche, entre besos y caricias, susurrando nuestros nombres y diciéndonos tan solo con la mirada todo aquello que necesitábamos saber, nos entregamos en cuerpo, pero sobre todo en alma, el uno al otro.

Acabamos rendidos, con la respiración entrecortada y abrazados. Nos dimos un último beso,

fue al cuarto de baño y cuando regresó me abrazó como si tuviera miedo de perderme.

Pero yo también lo tenía, y es que me había enamorado de ese hombre que el confinamiento puso en mi camino.

Capítulo 16

Dos semanas habían pasado desde ese día en el que se descubrió que nada era lo que parecía y que todo se esclareció.

La cosa en España y el resto del mundo se estaba poniendo mucho peor, los casos de contagiados y muertos iban ascendiendo por días, el espacio aéreo apenas tenía tráfico y las repatriaciones se hacían a cuentagotas.

Todo estaba en el aire, España seguía con el estado de alarma impuesto sin poder salir más que a lo esencial, eso los adultos, los niños seguían sin pisar la calle.

Y nosotros permanecíamos confinados en el hotel.

Dani había enviado y presentado un expediente a sus compañeros en el que justificaba todo lo de Alberto y Dalia. Realmente el que estaba obsesionado con ellos era él, por lo que le pasó a su novia, así que por fin iban a zanjar esa investigación en contra de ellos.

Habíamos creado una unión muy bonita y fuerte desde ese día en el que todo fueron lágrimas y las cosas quedaron finalmente aclaradas.

Una semana atrás, el hotel nos propuso darnos una de las villas que había delante de la piscina con salón y dos dormitorios, por la terraza se salía directamente a las instalaciones, no teníamos ni que pasar por el edificio, esos que ya cerraron en el hotel por los pocos huéspedes que había para tenernos a todos juntos.

Ocho de los veinte huéspedes eran australianos y esos fueron los primeros en salir de la isla, su gobierno había puesto todo en marcha más rápido para su extradición, nosotros éramos conscientes de que aún íbamos a tardar en poder regresar a casa.

Así que aquel hotel había cercado solo la zona delantera para los pocos que quedábamos, aunque había muchos que ni salían de sus habitaciones aun sabiendo que la zona estaba libre de virus.

Teníamos para nosotros la zona de piscina, playa, restaurante y bar acuático, todo cerca uno de otro, así que ahí hacíamos vida, hasta habíamos pensado en robar una de las motos de agua, que teníamos para alquilar, para darnos una vueltecita durante un rato. Obviamente todo estaba parado, debido a la situación en la que nos encontrábamos, y cual fue nuestra sorpresa que las llaves no estaban... ¡obvio! Así que la jugada nos salió mal.

El chico de la piscina se llamaba Osvaldo, estaba todo el día en esa barra de bar esperando a atendernos y a escuchar nuestras locuras, se lo pasaba pipa, pero de verdad que tenía una santa paciencia con nosotros increíble.

Era un mes el que hacía que estábamos en esa situación y al final hasta nos acabamos acostumbrado, nos habíamos creado nuestra propia vida y dinámica y nos lo pasábamos genial.

Dalia y Alberto, pese a doblarme la edad, eran muy joviales y tenían unos físicos de personas de cuarenta años, estaban metidos en manteca como se decía en mi ciudad.

Esa mañana nos habían dado la noticia de que ya estaban cursando nuestra repatriación, pero al menos estaríamos dos semanas más en la isla, sin embargo, lo de Dalia y Alberto era inminente. Habían venido el día anterior a avisarles de que hoy mismo salían por la tarde hacia su ciudad, New York, así que yo estaba con una llorera de mil demonios y Dalia abrazada a mí de igual manera, hasta Osvaldo lloró con nosotros.

El momento de la despedida cuando ya se los llevaban, fue para mí como si me arrancaran el

corazón, y es que en tan poco tiempo habíamos vivido mucho juntos y ya eran parte de nuestras vidas.

Me quedé abrazada a Dani llorando mientras nos dirigíamos a la habitación, me daba una pena muy grande y me había sentido tan arropada por ellos, que aun sabiendo que me quedaba con el hombre que tanto deseaba, el vacío era notable.

Esa noche ni cené, estaba desgastada, me quedé abrazada a él, sobre la cama hasta quedar dormida.

Desperté entre sus brazos mientras me besaba la frente al tiempo que me colocaba el pelo detrás de la oreja.

—Buenos días, pequeña, ¿mejor?

—Buenos días —me pegué a él—. Sí, estoy algo mejor, pero me dio mucha tristeza que se fueran.

—Lo sé.

—Hemos vivido demasiado en tan poco tiempo y ahora como que se me hace raro.

—Ahora toca que disfrutemos juntos de los días que nos quedan aquí. ¿No crees?

—Por supuesto, pero eso no quita que los echaré mucho de menos.

—Claro —sonrió y comenzó a besarme.

Un rato después de perdernos entre las sábanas como tanto nos gustaba, fuimos a desayunar y tras pegarnos el atracón del siglo, nos metimos en el agua con gafas y tubos para ver todos los peces de colores y el fondo marino. Aquello era una pasada, además relajaba muchísimo haciéndote sentir fuera de todo aquello que sucedía en el mundo.

A partir de ese día cogimos esa rutina, desayunar, *snorkel*, luego piscina, comer, dormir la siesta, cenar, tomar algo y a dormir. No había mucho más que hacer aparte de comprar algún que otro libro *online*, ver noticias y charlar.

Dalia y Alberto nos llamaban varias veces al día por videollamada y le bromeaban a Daniel diciendo que no los había pillado, yo me reía un montón y él también, aquello había sido de traca.

Diez días después de que ellos se fueran nos avisaron de que al día siguiente nos íbamos, ya que salía de Santo Domingo un avión con los españoles que quedábamos en República Dominicana, así que hicimos las maletas en un, “pispas” y los nervios comenzaron a apoderarse de nosotros.

Y llegó el día de la vuelta, nos trasladaron hasta Santo Domingo, eso sí, mascarilla, guantes y recambio de todo, además unos botes de gel con hidro alcohol para que nos fuéramos desinfectándonos constantemente las manos, aquello comenzaba a asustar y mucho, estaba muy impresionada.

En España seguían en el estado de alarma y confinados, lo mismo que teníamos que hacer nosotros nada más llegar.

Tenía ganas de estar en mi país, pero me daba mucho miedo separarme de Dani, aunque él decía que no me iba a dejar escapar en la vida, pero bueno, los miedos estaban ahí.

En el aeropuerto no había un alma, nos metieron directamente a embarque y en el vuelo solo estaba la tripulación además de unas treinta personas, todos alejados los unos de los otros, por supuesto al ir con él nos pusieron juntos, al igual que a los demás pasajeros con sus familiares.

—Te juro que estoy cagada con todo —confesé.

—Impresiona mucho, pero bueno, pensemos que en nada estamos en mi casa y afrontaremos todo, poco a poco.

—¿Cómo que en tu casa? —reí.

—¿Piensas que voy a dejar que pases esto tú sola?

—¡Me estás asustando! —reí.

—Asústate todo lo que quieras, pero recuerda luego que los miedos están en tu cabeza, pero del aeropuerto nos vamos para mi casa, además, no le des vuelta a nada que ya sabes que eres la número uno para montarte una película —besó mi nariz y luego sonrió.

—Mira, mira, que tú me mentiste y encima te escucho hablando de drogas...

—Baja la voz —murmuró riendo.

—Pues eso, que poca película me hice para los buenos actores con los que me había topado, vamos, pero te digo algo, que yo ya me vi como la amante del narco, en fin, qué días de terror pasé y tú te ríes, tienes delito chaval —negué riendo—. Una cosa, eso de tu casa, ¿sin pasar por la mía?

—Para que cojas pijamas y ropa cómoda, imagino que al Caribe solo llevaste de verano, y nos vamos.

—¿En serio?

—Claro, no te voy a soltar jamás, ya te lo dije.

Y así fue, llegamos a España, cambiamos de avión, aterrizamos en Málaga, cogió su coche que lo tenía allí en el aparcamiento del aeropuerto y nos fuimos a mi casa a por mis cosas rápidamente. Cogí bastante ya que no se sabía cuándo podría regresar a por más, la cosa estaba muy mal en el país.

Daba tristeza ver las calles vacías, los negocios cerrados, parecía una película de terror, solo circulaban policía y ambulancias por todos lados.

Llegué a su casa con el corazón encogido, era preciosa, nada más entrar al salón vi una foto de la que supe que era Selenia, era guapísima y tenía una cara que transmitía que era muy buena persona.

Ahí comenzó nuestra vida en común desde ese momento, él por supuesto se iba cada día a trabajar y venía haciendo todo un protocolo de desinfección, la cosa estaba muy mal y eran momentos de mucha incertidumbre.

No fue hasta casi mitad de junio que comenzamos a salir con más libertad y fuimos terminando una serie de fases que nos daban un poco más de tregua para salir más libremente dentro de la nueva normalidad donde las mascarillas y el distanciamiento social iban a ser parte de nuestras vidas.

Comencé a trabajar telemáticamente desde nuestra casa, pero claro, los viajes habían caído en picado y la cosa se ponía muy fea. Eso sí, para ese verano todo fueron ventas de turismo nacional, hoteles y poco más.

Mi vida al lado de Dani era como un jardín lleno de flores, todo a color y me daba una paz que jamás había sentido desde que perdí a mi madre.

Todo comenzó a ir viento en popa en nuestra relación, vivida desde una nueva forma de vida en la que ya nada era igual debido al virus, pero entre nosotros fuimos estrechando unos lazos que nos llevarían a preparar con calma el día que más deseábamos de nuestras vidas y que, entre tanto, nos vendría una gran sorpresa...

Epílogo

Hacía ya poco más de dos años que conocí a Dani, ese hombre que siempre tuvo claro que había llegado a mi vida para quedarse.

Dos años desde que fuimos confinados por sorpresa al otro lado del mundo, en un *resort* de lujo donde disfruté de los mejores momentos de esa situación en la que el mundo se puso en alerta por una pandemia.

Pero también hubo momentos malos, y es que la nuestra no empezó siendo una relación corriente, ya que en lo único que no me mintió él, fue en su nombre, porque lo demás...

Bombero, me dijo. En una luna de miel que al final no iba a llevarse a cabo, me contó.

Desde luego que bien acertado es en este caso el refrán que dice que no todo es lo que parece, porque cuando escuchas una conversación, en la que oyes cosas como si estuvieras viendo las piezas de un puzle sobre una mesa y no sabes ni dónde, ni cómo encajarlas y te montas tú sola una historia, pues así pasa.

Los días siguientes fueron de traca, pero al final todo salió bien.

Y mejor que bien, porque de ese viaje no me vine solo con un hombre del que me había enamorado hasta las trancas, sino con unos padres postizos que, a día de hoy, son esenciales en mi vida y en la de Dani.

Dalia y Alberto llegaron con su salero cubano a poner nuestro viaje patas arriba.

Ese matrimonio con quienes nada más conocerlos congenié a la perfección, y que en esos días en los que yo estaba más nerviosa e histérica pensé que eran policías, para después saber por boca de Daniel que de policías naranjas de la china. Narcotraficantes, ahí es nada.

Pero tampoco, ni policías, ni jefes del narcotráfico, un matrimonio normal y corriente como ellos tanto defendieron.

La sorpresa fue cuando nos confesaron a Dani y a mí, que eran los padres biológicos de Selena, la ex pareja fallecida de él.

Mi amiga Carla, como no podía ser de otra manera, se quedó a cuadros cuando le conté esa bomba de relojería que, primero Dani y después Dalia y Alberto, me habían soltado aquella mañana en la que le confesé que sospechaba que me había enamorado de un narco.

Desde luego, que de ese viaje podían hacer perfectamente una serie policíaca, como ella decía, o, al menos, dedicar un capítulo a nuestras vivencias.

¿Y si alguien escribía una novela?

Eso sí que sería para que me diera un “ataquito”.

Dos años, cómo pasa el tiempo. Volando, que decía mi madre.

La pandemia seguía y la vacuna no había llegado, y había épocas en las que las cosas estaban mejor, otras, en cambio, teníamos que confinarnos durante dos semanas.

Al menos ahora podría decirse que todo estaba en calma, aunque una buena parte del mundo ya había sido contagiada.

Dalia y Alberto se mudaron a España el año pasado, justo cuando nació mi hija, Selena. Bueno, mía y de Dani, que yo sola no la hice.

Cuando me enteré que estaba embarazada, casi me desmayo.

Estaba comiendo con Carla, me empecé a encontrar mal y a sentir pinchazos en el vientre además de náuseas, un cuadro bonito el verme casi doblada caminando hasta el coche de mi amiga

y con la mano en la boca.

La verdad es que ahora nos reímos por la situación, pero Carla estaba acojonada, pues pensaba que me estaba muriendo. Bueno, y yo también, que esos dolores no eran normales.

Llegamos a urgencias del hospital y allí, que no aguanté más, cogí la primera papelera que vi para vomitar.

La cara de moribunda que debía de llevar seguro que era digna de cualquier zombi de esas pelis de terror, porque me metieron en una de las consultas antes que a nadie de los que esperaban.

Que, afortunadamente para mí, diré que solo eran dos personas. Carla y yo supusimos que ellos muy graves no estaban y a mí me debían de ver casi llamando a las puertas de San Pedro.

Una pastilla para las náuseas, unos análisis rápidos, una ecografía y...

No me desmayé porque me tenían tumbada en la camilla, porque si llego a estar de pie, me caigo al suelo.

Carla, emocionada, yo, llorando con una mezcla de alegría, miedo y angustia, que creía que me daba un ataque de ansiedad.

Esa noche se lo conté a Dani y me abrazó llorando de alegría.

Acabamos llorando los dos, qué estampa.

Llamó a su padre en cuanto se tranquilizó un poco, y mi suegro se emocionó tanto, que dijo que iba a ir al banco para abrir una cuenta.

Tuve que reírme porque ni siquiera sabíamos cómo iba a llamarse nuestro primer retoño.

Bueno, yo sí lo sabía, pero no se lo dije a nadie.

Daniel decía que no le importaba no saber el sexo del bebé hasta que naciera, pero yo sí. Y ahí estaba mi suerte, que mi bebé no dejó que viéramos en ninguna de las ecografías si iba a ser una guerrera o un guerrero.

Nos preguntaban por los nombres y Dani siempre tenía la misma respuesta: *Davinia elige, yo no.*

Caro que elegí y supe que había acertado en cuanto les dije el nombre de mi morenita a su padre y sus abuelos postizos.

Dalia lloró tanto, que pensé que se deshidrataría. Daniel me preguntó si estaba segura y tan solo sonreí.

Claro que lo estaba. Sabía que una vez amó a esa mujer más que a nada en el mundo, que siempre sintió por culpa por su muerte, pero también sabía que esa niña iba a ser su consentida.

Y no me equivoqué. En este primer año de vida de nuestra pequeña, esa morenita había aprendido bien cómo conseguir de su padre lo que quisiera. No tenía más que señalar algo, que ahí estaba Dani para dárselo.

Pero la adoraba, era por ella, y solo por ella, que había dejado el trabajo de campo y ahora estaba en un despacho.

Yo le preguntaba si echaba de menos salir con los demás, infiltrarse en esas misiones y recibir el reconocimiento por parte de sus jefazos de un trabajo bien hecho y él solía contestar lo mismo: *El mejor reconocimiento para mí, por un trabajo bien hecho, es el abrazo de mi hija cuando la hago reír.*

Sabía bien cómo sacarme las lágrimas el muy cabrito.

Me pidió que me casara con él unos meses después, cuando bautizamos a la niña. No sé quién lloró más cuando dije que sí, si yo por ser la afortunada, o Carla que estaba deseando ejercer de hada madrina conmigo. Vamos que, según ella, me iba a convertir en la nueva Cenicienta. ¿Qué hacía con ella?

—*Mija* —escuché a Dalia que me llamaba entrando en la habitación.

—Dime.

—Es hora de ir preparándote, ¿no crees? Si haces a ese hombre esperar mucho, es capaz de venir a buscarte.

—No te extrañe —respondí sonriendo.

Tenía todo listo, el vestido, la lencería, la liga y los zapatos.

Estábamos a finales de mayo y por suerte el tiempo nos acompañaba, hacía sol y las previsiones eran que sería así el resto del día.

Menos mal, porque no me hacía especial ilusión que acabara lloviendo y arrastrar la pequeña cola por mitad de los charcos, vamos que mi impecable vestido blanco acabaría como si hubiera caminado por una pocilga.

—Me alegra verte tan feliz —me dijo cogiéndome el rostro con ambas manos.

—Lo sé, siempre me lo dices.

—Es que es cierto. Tienes un brillo en los ojos que no se te va desde que conociste a Daniel.

—¿Dónde está Selena?

—Con el abuelo, *mija*. Esa niña adora a mi Alberto —contestó con una sonrisa.

—Sí, es predilección lo que tiene por él. Cuando están en la misma habitación, ya no existe nadie más.

—A él le encanta, ya sabes cómo la consiente.

—Pues igual que el padre de Dani. La lata que nos dio para abrirle la cuenta a la niña. Una en la que, por cierto, no sé por qué también metéis dinero vosotros. —me quejé.

—Pues para que cuando sea mayor vaya a una buena universidad, o se compre una casa, o ponga su propio negocio.

—Eso si no sigue los pasos de su padre, que de vez en cuando llega al salón gateando con la gorra que él conserva de su padre en la cabeza.

—¡Ay, *mija*, eso tengo que verlo! —pidió entusiasmada.

—Pues la próxima vez le hago una foto y te la mando.

—¡Ya llegó la mujer más importante de tu vida! —y ahí estaba Carla, haciendo su aparición estelar.

—No veas cómo has crecido, Selena, cariño —dije abriendo los ojos sorprendida y conteniendo la risa.

—He dicho mujer, no niña. Tu hija será la futura mujer más importante de tu vida, pero de momento es una niñita adorable, regordeta y de lo más achuchable, que se ríe con mis caras raras —contestó mi amiga.

—Para no hacerlo, *mija*, si pones cada mueca que es para troncharse.

—Dalia, ¿has encontrado al cubano que me quite a mí las penas? Porque mira que te quito a tu Alberto —preguntó Carla.

—Mi Alberto ya no es ningún jovencito, bastante tiene con tenerme a mí contenta. Contigo le puede dar un ataque.

—Pero eso sería porque me considere mucha mujer para él. ¿Tú has visto cómo está para su edad? De verdad, envidia tienen compañeras mías de tu edad que están casadas con señores calvos y con barriga.

—Eso es porque no quisieron cuidarse nunca —le dije yo.

—Calla, calla. Que me tienes contenta tú también. Ese hombre con el que te vas a casar, que, para estar con un pie en los cuarenta, no veas el tío. Dos años llevo esperando un hermano, un

primo o un amigo suyo, Dalia —comentó Carla mirándola— ¡Dos años! Y, todo para ella. Ten amigas...

—Si no he conocido a ninguno que me guste para ti, ¿qué quieres que haga? —protesté.

—Pero es que me tiene que gustar a mí.

—No te iban a gustar, que te conozco y prepararte una cita para que me digas “¡Ay, Davinia, que no me veo con él!”, pues me lo ahorro.

—¿Cuándo he dicho yo eso, si puede saberse? —preguntó, con los brazos en jarras.

—Cuando teníamos veinte años y te presenté a un compañero mío de la universidad.

—¡Coño, no ha pasado tiempo desde entonces! Chica, que tenía veinte años, ahora estoy en los veintiséis tan ricamente. He madurado, ¿sabes?

—Sí, sí, claro.

—¡Uy lo que ha dicho! Mira —se quedó con el brazo izquierdo en jarra, mientras el derecho lo levantaba flexionado con la mano delante de la cara y el índice ahí bien tiesecito—, no te dejo plantada ahora mismo y me voy a mi casa, porque tengo que maquillarte, peinarte y ayudarte a vestirte, que no quiero que se encargue Dalia sola de todo. Y porque me voy a quedar con mi sobrina todo el tiempo. Ella sí que me quiere, no como su madre. Qué valor, lo que me ha dicho. ¡Qué valor! —gritaba saliendo de mi habitación para ir a dejar su vestido en la habitación de Selena.

—Qué loca está nuestra Carlita —susurró Dalia.

—Pero la queremos mucho, ¿a que sí?

—Más de lo que cree ella, *mija*.

Carla volvió a la habitación, seguía murmurando y con el ceño fruncido, pero sabía que se le pasaría pronto.

Me hizo sentarme en la silla que había traído y comenzó a hacerme el peinado que iba a llevar.

Empezó a coger mechones para ir enrollado en la plancha y dejarlos caer en unos tirabuzones preciosos, pero claro, no me los dejó así, sino que me hizo un recogido en el que entrelazó las horquillas con flores que habíamos escogido para ello.

El resultado me encantó, no iba a mentir.

Siguió con el maquillaje. Una base del tono de mi piel, los pómulos con apenas unas pinceladas en un discreto color rosa, el mismo que utilizó para los labios, sombras de ojos de varios tonos de marrón destacando con el más oscuro el contorno entero y rímel.

Me veía preciosa, la verdad, yo que era de darme un maquillaje muy natural y discreto.

—Y, ahora, lo más importante. A vestirse, señorita —me ordenó Carla, haciendo gestos con las manos para que me levantara.

Entré al cuarto de baño para ponerme la braguita, que era lo único que iba a llevar de ropa interior, ya que con el vestido que había escogido lo de llevar sujetador era imposible. Menos mal que me había quedado una talla decente y bien puesta después de nacer Selena y de que le diera el pecho, que, si encima las tuviera un poco caídas, el vestido iba a lucirlo la de la revista, vamos.

Salí y allí estaban las dos esperándome, Carla con la liga en la mano y Dalia alisando el vestido que acababa de colgar en la puerta.

La verdad es que tuve suerte el día que fuimos las tres, y con mi niña, a buscar el traje de novia.

Fue el primero que vi, el que quise probarme antes de seguir mirando y con el que me vi llegando hasta Dani.

Y no fui la única, porque en cuanto salí con él puesto, Selena empezó a dar palmaditas y

sonreír, eso me bastó para saber que no iba a probarme ni un solo vestido más.

Carla protestó porque estaba acostumbrada a ver a las novias en los programas de televisión probarse uno tras otro mientras sus hermanas, madres, suegras, primas y amigas les decía si les quedaba bien o no.

Y ni corta ni perezosa, con mi hija en brazos, le dije que el día que se casara no iba a dejar que me llevara con ellas, que así podría probarse cientos de vestidos. Qué valor el suyo, de verdad.

El vestido era entallado, en corte sirena, con el cuello redondo, de tirante ancho, encaje en ambos costados y en la espalda. De la parte baja del culo la falda caía hasta acabar en una pequeña y discreta cola.

Tras vestirme y ponerme los zapatos, Carla me dio lo que debía llevar prestado y que no esperaba, la verdad.

—No, no puedo llevarlos —dije al ver los pendientes de su madre, esos que nos enseñó una vez hace años.

Eran largos, de perlas pequeñas y acababan en un corazón de nácar.

—Pues se va a enfadar la mujer, que me ha dicho que te los pongas igual que haré yo el día que me toque. Menuda fe la suya, vamos, yo casarme... Voy a ser la solterona de los gatos, ya verás.

—Carla, de verdad... no puedo.

—Pues espera, que la llamamos a ver qué dice ella —intenté evitarlo, pero la muy loca llamó a su madre, claro que la llamó y puso el manos libres en el teléfono—. Mamá, sí, a ver, la niña que dice que no se pone los pendientes.

—Pero, Davinia, ¿cómo dices eso, hija? Anda, no me hagas ir, ¿eh? Venga, ponte esos pendientes que mi marido también quiere ver cómo los luces —dijo ella.

—¿Tu padre también, Carla?

—¡Hombre, pues claro! Te quieren los dos como a una hija, así que, ya estás tardando en ponerte los “joyones” de la Loles —dijo, nombrando a su madre.

—Esa soy yo. ¿Cómo vais? ¿Necesitáis que vaya? —preguntó la madre de Carla.

—No, mamá, salvo por los pendientes, tenemos a la niña controlada entre Dalia y yo.

—Bien, pues nos vemos en un ratito en la iglesia, mis niñas. Un besito.

—Arreando, que la Loles ha hablado —soltó mi amiga moviendo la caja de los pendientes delante de mis narices, pero literalmente.

Así que ahí estaba yo, poniéndome los pendientes que Loles me había prestado. Y mientras me miraba en el espejo, vi las manos de Dalia colocándome una pulsera en la muñeca derecha.

—¿Qué haces?

—Ponerte algo viejo, *mija* —me respondió.

—Pero, bueno, ¿es que os habéis puesto las tres de acuerdo?

—Podría ser —contestó Carla—. Yo ni confirmo ni desmiento.

—Apaga y vámonos.

—¿Dónde vamos, muchacha? —preguntó Alberto, que entraba en la habitación con mi hija en brazos — Estás preciosa, una novia realmente preciosa —dijo al verme bien.

—Gracias, Alberto. Selena no te habrá manchado el traje, ¿verdad?

—No, tranquila, que mi nieta es muy buena. ¿A que sí, niñita?

Y mi hija, que parecía entendernos a todos, sonrió asintiendo.

Con solo un año las únicas palabras que decía eran mamá, papá, “abu”, que valía para los tres, tita, que así llamaba a Carla, y Nejito, que era como había bautizado al conejo blanco de peluche con el que dormía cada noche.

Me acerqué a ellos y Selena extendió sus bracitos para cogerme los mofletes, como yo le hacía a ella.

Le besé la frente y ella me regaló una de sus risas.

—Me visto en diez minutos y nos podemos ir —me dijo Carla, mientras recogía maquillajes y demás cosas que había traído consigo.

Dalia y Alberto fueron al salón con la niña y yo me quedé unos minutos a solas, pensando en el paso que estaba a punto de dar.

Mi madre siempre soñó con este día, con que llegara el momento en que su pequeña caminara al altar del brazo de un padre que la quisiera para ser recibida por un hombre que la amaría el resto de su vida.

Pero ella no encontró a la persona que pudiera ser mi padre, ni tampoco lo buscó. Amaba demasiado al hombre que la había abandonado, aun sabiendo que fue un cobarde por hacerlo.

Me crío sola, sin necesidad de ayuda de su familia, esa que, para colmo de males, le había dado la espalda cuando más los necesitaba.

Hizo lo imposible por sacarnos adelante a las dos. Trabajó como la que más en varios empleos para que nunca me faltara un plato de comida en la mesa.

Con ese mismo esfuerzo pagó, letra a letra, esa casa que aún sigue siendo mía y que, algún día, será de mi hija.

Allá donde esté sé que se sentirá orgullosa de mí, de que me convirtiera en una mujer de provecho como solía decirme, que acabara mis estudios, encontrara un buen trabajo y finalmente el amor llamara a puerta para quedarse conmigo.

Sabía que cuidaba de mí desde que me dejó, y que ahora también se encargaba de velar por los sueños de su nieta, esa que sonreía cada vez que le cantaba la nana que mi madre recitaba cada noche hasta que me dormía.

La extrañaba, me faltaba ella en este día tan especial e importante para mí, pero también estaba convencida de que fue ella quien quiso poner en mi vida a Dalia, una mujer a quien considero mi segunda madre.

Nadie puede suplir a quien te cuidó y consoló durante años, pero sí puede llenar ese espacio vacío que queda en el corazón cuando pierdes a alguien tan importante.

Eso eran Dalia y Alberto para mí, al igual que yo lo era para ellos, incluso mi hija lo era, pues en nosotros veían a la niña que les arrebataron una vez, y a la mujer en quien pudo haberse convertido.

—Davinia, cuando quieras podemos irnos —me giré y vi a mi amiga Carla en la puerta de mi habitación.

Asentí poniéndome en pie, fui hacia ella y al llegar la abracé. Carla me correspondió, sin decir nada, sin hacer preguntas, tan solo estando ahí para mí como tantas y tantas veces había estado. Igual que yo para ella.

—Gracias —le susurré.

—Las que tú tienes, loca —contestó—. Y ahora, más te vale que salgas y subas al coche de Alberto porque, como llegues un solo minuto tarde, tu futuro marido me arranca a mí la melena.

—Estaría feliz, ¿verdad? —pregunté.

—¿Tu madre? Más que el día que naciste, eso seguro. Eres una mujer de los pies a la cabeza, te hiciste un futuro y has formado una bonita familia. Estoy convencida de que, ahí arriba —dijo señalando hacia el cielo con el dedo—, nuestra querida Ana, está sonriendo al verte. Bueno, y ahora mismo secándose los lagrimones que le caerían por las mejillas, porque mira que estás

guapa, chica. Quién diría que has tenido una hija, estás igual que antes de quedarte preñada.

—Te quiero mucho, maestra —le aseguré, llamándola como sus alumnos solían hacerlo.

—Y yo a ti, *mija*, y yo a ti.

Carla no había tenido demasiada suerte en el amor, la verdad, y aunque ella bien sabía que no era bueno mezclar su trabajo con la vida personal, quedó varias veces con el padre de ese alumno que dos años atrás parecía querer algo con ella.

Pero la cosa quedó en agua de borrajas cuando de la noche a la mañana a él lo trasladaron por trabajo y mi amiga se quedó compuesta, con la ilusión de conocerle y sin ganas de buscar a alguien más.

Ella se quejaba y decía que acabaría por volver a ser virgen cualquier día y que al final, se le olvidaría hasta como estar con un hombre.

Exagerada me había salido un rato, la pobre.

Salimos de casa todos juntos, Carla y Dalia se fueron en el coche de mi amiga llevándose a Selena, y Alberto me llevó en el suyo hasta la iglesia.

Teníamos pocos invitados, compañeros y amigos de Dani, además de los poquitos que venían por mi parte.

En la puerta me esperaba mi suegro, que me recibió con un fuerte abrazo y me entregó un regalo.

—Es precioso, pero no tenías que haberme comprado nada —le dije al ver una gargantilla de oro blanco con un corazón en el centro.

—No lo he comprado, hija. Era de mi esposa. Sé que tanto ella, como Daniel, querrían que lo tuvieras.

—Muchas, gracias. ¿Me la pones? —le pregunté con las lágrimas a punto de salir de mis ojos, pero las controlé.

—Claro que sí —respondió, y eso hizo cuando me giré, colocarme esa preciosa gargantilla al cuello.

Cogí a Alberto del brazo, respiré hondo y entramos en la iglesia, haciendo ese camino por la alfombra roja que me llevaría hasta Daniel, el hombre que me había robado el corazón desde el primer momento y que ya me esperaba con una amplia sonrisa en los labios.

—Muchacho, cuida de esta mujer como si de un tesoro se tratara —le pidió Alberto, que antes de entregarme, me besó en la frente—. Que seas muy feliz, muchacha, hoy y siempre.

La ceremonia fue muy emotiva y es que sin yo saberlo Dalia subió para leer unos versos que ella misma había escrito.

Madre mía, no había llorado tanto ni el día que me contaron tantas verdades juntas estando en Samaná.

Carla resoplaba cada vez que me traía un pañuelo, y es que debía estar yo ya bonita con tantos chorretones.

—Menos mal que usé maquillaje *waterproof*, si no a estas alturas tendrías la misma pinta que una que se ha pasado la noche de fiesta y llega a casa borracha y despeinada. Qué paciencia contigo, chica —se quejó Carla, cuando me dio el último pañuelo.

Tras los correspondientes “sí, quiero”, nos hicimos varias fotos en la iglesia con los más allegados. En todas ellas salía nuestra hija, esa que era parte importante de nuestras vidas que, aunque había llegado por sorpresa, como nosotros a la vida del otro, no podíamos vivir sin ella.

Mi marido ya peinaba alguna que otra cana, la verdad es que le habían salido bastantes en estos dos años, pero, sobre todo, desde los últimos meses de embarazo, que coincidió con su cambio en

el trabajo, aunque seguía estando igual de atractivo que cuando le vi por primera vez, en aquella terraza del *resort* donde nos conocimos.

Fuimos al hotel en el que íbamos a celebrar el banquete y nada más salir a los jardines donde nos esperaban los invitados, nos recibieron con un fuerte aplauso.

Cenamos, reímos, brindamos y llegó el momento del baile.

Daniel me cogió de la mano, me llevó al centro de la pista que habían montado allí para nosotros y en cuanto me sostuvo con una mano por la cintura y con la otra entrelazada a la mía, empezó a sonar la que, sin duda alguna, a partir de ese mismo instante sería la canción de nuestra vida.

Bajo las luces de las bombillas que decoraban la pista, miré a los ojos a mi marido y escuché los primeros acordes de una guitarra seguidos de dos voces masculinas que no tardé en reconocer.

Luis Fonsi cantó la primera estrofa, seguido de Juan Luis Guerra.

—¿Qué canción es?

—Llegaste tú —me susurró Dani.

No pude evitar las lágrimas al escuchar esa letra que parecía que hubiera sido escrita para nosotros.

La letra de una canción que él había escogido para nuestro primer baile, para decirme, sin palabras, que era todo para él.

Dani me secaba las mejillas, pero yo no podía dejar de llorar, porque si, tal como decía la letra, él se sentía afortunado de tenerme, yo lo era mucho más por haberle encontrado en la otra parte del mundo en el momento en que debía hacerlo.

«Yo soy el hombre más afortunado. Me ha tocado ser el que conoce cada línea de tu mano. El que te cuida y camina a tu lado. Todo cambió por ti. Todo es amor por ti».

Y, como seguía tras esa estrofa, yo nunca jamás sentí una alegría así.

Tenía a mi lado al hombre que amaba, y nuestro amor había dado como resultado una hija a la que adorábamos.

Y pensar que todo esto surgió en un lugar del Caribe, tras ser confinados por sorpresa...